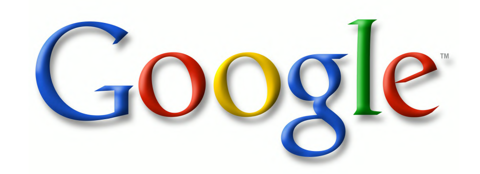


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

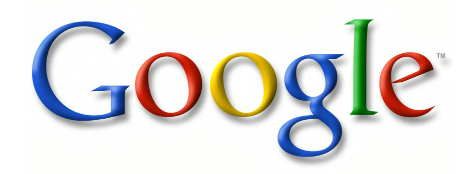
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



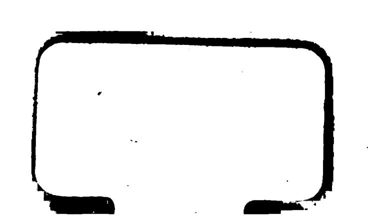
WIDENER
HN SVBY F

Oc 9558.228.20

HARVARD COLLEGE
LIBRARY



ANONYMOUS GIFT



Span 4977.37.5

CARLOS PEÑARANDA

POR LA PATRIA

COLECCION DE ARTICULOS

(Manila, 1895-1897)



MANILA

1897

Span 4477.51.3

CARLOS PEÑARANDA

POR LA PATRIA

COLECCION DE ARTICULOS

(Manila, 1895-1897)



MANILA

1897

Oc 9558.228.20
Span 9947.3.3
HARVARD COLLEGE
FEB 4 1918
LIBRARY
Anonymous gift

Tipo-Litografía de Chofré y Comp.

A su muy querido amigo
el Ilmo. Sr. D. César
de Guillorna, como recuerdo

Carlos Peñaranda.

POR LA PATRIA

Manila — Sept. 17/97.

Obras del mismo autor

Presentimientos, ensayos poéticos.
Notas de una lira, poesías.
Indecisiones, poesías y cantares.
Brisas de otoño, rimas.
Cantos del pueblo.
Odas, poesías varias.
El obrero de Maguncia, drama.
Cartas puertorriqueñas.
Nuevas poesías.
Artículos varios.
La conversión de un Zegrí, leyenda.
Prosa.
Poesías selectas.
Por la Pátria.

EN PRENSA

Más prosa.

TERMINADAS

El tirano de sí mismo, drama.
Memoria oficial de la provincia de Pangasinán (1891).

EN PREPARACIÓN

Filipinas por dentro.
Cuentos y artículos.
Cuentos y epigramas.

Al Excmo. é Iltmo.

Sr. D. PATRICIO MONTOJO,

Contraalmirante de la Armada;

como testimonio de acendrada amistad y admiración profunda al que es á un tiempo escritor insigne, dechado de valor y patriotismo, y orgullo y esperanza de la Marina española, dedica las humildes páginas que siguen,

Cárlos Peñaranda.

Manila 5 de Junio de 1897.

AL QUE LEYERE

Persuadido estoy, desde hace tiempo, de la profunda verdad que proclama aquella leyenda, "¿Quieres ser feliz? Oculta tu vida", escrita en la entrada de su casa por el príncipe poeta Bonaparte Wyse.

Antes de conocerla, había escrito el autor de este libro, al regresar á Puerto-Rico en 1885, *los versos siguientes:*

"¡Feliz, sí, lejos de engañoso ruido,
hallo, al abrigo de tus verdes frondas,
paz y silencio, soledad y olvido!"

Los cuales se citan aquí, no para señalar coincidencias honrosas, sino para dejar consignado que el autor de estos artículos, hace años, escribe contra su voluntad,—aunque parezca inverosímil,—y, contra su deseo, publica lo que escribe.

Si, esto es,—que bien pudiera serlo,—timidez ó vacilación de quien franquéa

los límites de la vejez y empieza á conocerse á sí mismo, no lo sé; y si es cansancio, confesado queda.

Ni en uno ni en otro caso, se encamina esta declaración á obtener la benevolencia de los lectores, dicho sea sin asomo de arrogancia, por que bien el libro los requiere indulgentes, y sí con el convencimiento de que todo el que para el público escribe ha tener el honrado valor de sus actos y aceptar, penosamente, la responsabilidad, en fondo y forma, de sus ideas.

Cuanto se va diciendo redúcese á una explicación de esta obra; del por qué se escribió; del por qué se publica, cuando es contraste evidente con el estado de espíritu del autor, ansioso de silencio y sediento de olvido.

Circunstancias especiales hicieron que el que traza estos renglones, tomára, desde Agosto de 1895, activa parte en la noble, pero ingratísima tarea de la prensa filipina, escribiendo, á partir de aquella fecha, los artículos de fondo de importante periódico: en esta no buscada, aunque honrosa situación militante, estallaron los tristes sucesos del año último, y á ellos se refieren casi todos los

trabajos,—porque algunos son anteriores,—que forman este volúmen.

Estos trabajos, pues, se deben á la Pátria; por ella se publicaron y en su holocausto se coleccionan: si de ellos se desprendiese alguna enseñanza; si pudieran contribuir al conocimiento y al estudio de esta rebelión tan insensata como salvaje; si alcanzasen la suerte de contener alguna indicación útil para los derroteros que á nuestra nación infortunada y heróica señalen en lo porvenir los anhelos de su engrandecimiento y su ventura; si presentasen el ejemplo de las energías inacabables desplegadas por una raza, cuya sangre pródiga y generosa es orgullo de nuestras venas; si ofreciesen la imagen y el trasunto de cómo un gran pueblo debe luchar, y sabe hacerlo hasta morir ó vencer, por creencias seculares, instituciones venerandas, honor nacional jamás mancillado y patria integridad nunca menguada mientras aliente un español sobre la tierra, por satisfecho se daría el autor de estas líneas, porque, entonces, habrían pasado alguna vez por ellas hálitos de grandeza, al describir las excelsitudes nacionales, ráfagas de vic-

toria, al reseñar los heróicos triunfos de nuestros soldados, y, al consignar hechos memorables, sacrificios sin cuento y abnegaciones sublimes, repercutirían y resplandecerían en estas páginas muertas y sin propio valor, destellos de inmortalidad y palpitaciones de gloria.

¿A qué más pudiera aspirar el que esto escribe, ni escritor alguno español, si no es á que esos rumores de grandeza, esos ecos de triunfo, y esas ráfagas de gloria revoloteen alrededor de su nombre y arrullen su sueño último, cuando, al caer en la tumba, concluida su breve jornada sobre la tierra, manos piadosas le amortajen envolviendo sus despojos en los santos pliegues de la gloriosa bandera oro y grana, y los abiertos brazos de cruz veneranda parezcan amparar su sepulcro como bendición que, á un tiempo, desciende en nombre de Dios y de la Pátria?

Después de esta aspiración, otras menos altas, y naturales temores, invaden el ánimo: ¡desdichado el libro que encuentra el escollo de la ignorancia, del error malsano, de la intención torcida, ó esas huecas montañas que hinchan intereses bastardos, en su difícil camino!

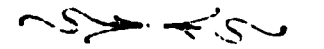
¡Venturoso el libro que, en vez de esos serios aunque miserables obstáculos, halla en su camino, á par que el elogio, las iras de la envidia y los enconos de la inquietud ajena, que son una forma del aplauso; porque yá lo expresó gran poeta en estos versos viriles:

"Quiero que aplausos me dén;
quiero escuchar en la lidia
los rugidos de la envidia,
que son aplausos también".

¡Afortunado, por último, el libro que, consagrado á intereses tan altos como esta obra modestísima, logre reflejar siquiera las glorias, las grandezas, las desventuras y—lo que es más fácil—el amor de la Pátria, fiel y hondamente interpretados y sentidos!

Cárlos Peñaranda.

INDICE





UN IDEAL

"Y juntos alzarán, cuando Dios quiera
poner fin á su mutua desventura,
una patria, una ley y una bandera."

NUÑEZ DE ARCE.—*Elegía á la memoria de Alejandro Herculano.*

NO existe la muerte para las grandes nacionalidades históricas: tales pueblos crecen, se dilatan, realizan extraordinarios hechos, se debilitan, se transforman, pero nunca mueren: Roma antigua resucita en la Italia moderna; Grecia se sobrevive á sí misma. Entre estas naciones de altísima jerarquía, la primera, así del mundo antiguo como del moderno, con primacía que reviste los caracteres de única, la hoy abatida pero siempre heróica España, ha bebido la copa de todas las glorias y ha apurado el cáliz de todas las amarguras; pero no se postra rendida ante los golpes de la suerte,

recibidos siempre en su pecho generoso y noble, sino que sale, resuelta y valerosa, al encuentro de sus infortunios, grandes, en verdad, mas nunca tan grandes como su incontrastable firmeza. Cansada, mas no aniquilada ni vencida, se reorganiza y se transforma con labor segura y lenta, no adivinada ni entrevista por los espíritus superficiales: no se agita; reposa: no se impacienta; espera; no sueña con delirios ambiciosos; la ambición es una montaña cercada de abismos: templa su espada, que ha estado siempre al servicio de la gloria, y apercibe su escudo, que basta á su defensa: no considera sus triunfos como fugitivos, ni sus desgracias como perdurables: conserva, roto, á sus piés, el cetro de la dominación universal, que ya no empuñarán otras manos, y contempla, serena y grave, el tumulto de las demás naciones, aún estimuladas y movidas por el ejemplo de sus virtudes, los rastros de su valor, el brillo de su gloria y los destellos de su genio.

Se equivocan, pues, los que la suponen degenerada ó caida, porque, por un fenómeno de óptica limitada y pesimista, toman la superficie por el fondo: el oro no está en las alturas, sino en las entra-

ñas de la tierra; por otra parte, las costumbres cambian y los pueblos se modifican, pero no se desarraigan ni desaparecen las virtudes y las cualidades esenciales de una gran raza como la española, ni dejan de existir, aunque "no se ponen de relieve, salientes personalidades", tal vez inadvertidas "en tiempos en que *la mesocracia de la inteligencia*, esas medianías, más ilustradas que en épocas anteriores, impotentes para sobresalir, se vengan de su limitación intelectual aspirando á nivelar todas las eminencias", porque, como dice el discretísimo autor de quien transcribo estas líneas, "el valer ajeno es una imposición con que no transigimos, pero al que nos agrada otorgar soberanamente nuestros favores; que el vulgo—ha afirmado alguien,—es un viejo Narciso, y gusta de verse retratado en una vulgaridad enaltecida." Son aquellos pesimistas, los amigos de Job, que surgen en todas las miserias y estrecheces humanas, olvidando ellos mismos que "no hay gloria en un país en que las virtudes públicas se desprecian y se proscribe la exaltación, y en el que todo está violento y como encadenado, hasta el inestimable presente de la admiración."

Aunque el entendimiento humano se acostumbra al absurdo corriente, como el paladar á los platos extravagantes, yo no he dudado jamás, yo no puedo dudar ¡oh Patria sagrada! de tus gloriosos destinos: mientras más amarga experiencia la vida deposita en mi alma, mientras más nieve arroja el tiempo sobre mi cabeza, con fé más firme te proclama mi esperanza, con mayor fuego mi corazón te ama y te busca, y con más energía espero y confío en tí; yo he recorrido, errante y desterrado de la fortuna, los abrasados mares americanos y las instables olas de los golfos asiáticos, y he cruzado territorios apartados é inmensos, y en todas partes he sentido palpitar tu alma heróica, y he visto la tierra empapada en tu sangre pródiga y valiente: depositaria del poder y del espíritu latino, resumen de las sublimes energías de la más grande de las razas históricas, baluarte de Europa, vencedora insigne de la pujante y muelle civilización islamita, descubridora de nuevos mundos, conquistadora de continentes, terror de la barbarie, omnipotente y magnánima, guerrera y cristiana; no hay hecho extraordinario, audaz navegación ni hazaña prodigiosa que no es-

tén trazados por tu genio, escritos con tu sangre y firmados por tu espada. No hay en el planeta aislado peñón sin huella de planta española, ni mares sin surco de nuestros bajeles, ni altura ni montaña en que no haya ondeado nuestra inmortal bandera, esa enseña amarilla y grana, terror de los fuertes, amparo de los débiles y oprimidos, que no entiende más lenguaje que el del heroismo, ni conoce otro camino que el de la gloria; esa enseña bendita, "cuyo oro simboliza el brillo de nuestros triunfos inmortales, y las dos rojas franjas, los torrentes de sangre que costaron."

Enarbolada por un puñado de héroes, despliégase ante el asombrado mundo americano; conducida por otro puñado de valientes, surge ante las sorprendidas tierras de Oceanía, donde se realizan imponderables hazañas; y á su sagrada sombra se agrupan redimidos pueblos, inmensas é innúmeras nacionalidades nacientes. "La Naturaleza—dice un eminente escritor americano—ansiaba; el hombre cavaba su tumba, mientras la Naturaleza cubría de musgo y flores esa tumba, y preparaba en ella una cuna ó un tálamo nupcial para el hombre que esperaba ó

presentía, capaz de comprenderla, de amarla y de hacerla madre." "Vosotros—añade—habéis sentido repercutir en vuestras almas emocionadas el débil cañonazo de la *Pinta*, el grito de *¡Tierra!...;* pero acaso no habéis oido, ni se ha interpretado aún, el grito colosal de ¡El hombre! lanzado por la gran Naturaleza americana." Hoy el gran continente, fecundado por el genio español, es vida de nuestra vida, continuación de nuestra historia y centro insigne de la cultura latina; y nos ensalza en nuestro propio y común idioma, en esta lengua inmortal que es arpa sagrada si á la divinidad se dirige; pavoroso trueno, si refleja la cólera del hombre; himno grave y sonoro, si la inspira el humano genio; blando arrullo de paloma, si ama; pincel vario y riquísimo, si describe y pinta. Y en los dinteles de ese mundo maravilloso, cual defendiendo su entrada por el inquieto y rumoroso Atlántico, se eleva nuestra enseña, como madre cuidadosa que vela el sueño y la seguridad de sus hijos.

¡Cien veces gloriosa y bendita bandera! ¡Enseña vencedora, que el sol constantemente iluminaba en toda la extensión de su carrera; que acariciaron todas las brisas,

que saludaron todos los mares! ¡Símbolo de heroismo, de libertad y de honor!... ¡Baldón para los hijos ingratos que te nieguen: infamia á los cobardes que intenten ultrajarte! ¡Enseña sagrada de mi Patria! Cuando niño, nunca pasaste delante de mí, al redoble marcial de los tambores, sin que los calofríos del entusiasmo me penetraran hasta los huesos, y sin que la sangre se precipitara inflamada por mis venas; hoy, ya hombre que se acerca á los límites cansados de la ancianidad, te amo con redoblado ardor, te venero y te admiro. A veces sueño con tu transformación más gloriosa, con esa transformación que parece adelantarse, bajo un rayo de sol resplandeciente, entre las lobregueces del porvenir.

Se realizan, al fin, deseados designios históricos, si hoy acariciados como ideal supremo, mañana fatal y necesariamente cumplidos, como unidad gloriosa de nacionalidad y raza, como símbolo de futura grandeza y de renovado poder. ¡No puede ser un sueño! Con la mirada del espíritu, que es á un tiempo deseo y profecía, yo veo esa inmortal y poderosa bandera que pregona la unidad española: alegórico estandarte, inscrito en su parte superior,

con sus tres colores azul, blanco y morado, cayendo en sentido perpendicular, representa el común origen y la unidad histórica de Portugal y de Castilla, y en el centro de la bandera, sobre el oro y entre las franjas de grana, los escudos de Portugal y España, á izquierda y derecha, respectivamente, y cobijados por una sola corona, simbolizan la feliz y poderosa unión política de ambos, hoy desgraciados, y entonces viriles y afortunados pueblos. ¡Nó, no es un sueño! Tal vez el tiempo, aún opuesto á nuestro bienestar y grandeza, guarde con usura en su seno tan precioso instante: si así fuere, sólo anhelo el honor de que los pliegues de tan gloriosa bandera me sirvan de mortaja.

Deseo sepultarme con mi sueño, y que tan grandioso ideal presida por siempre al de mi muerte.

Manila, 22 Noviembre 1894.





LOS MÁRTIRES DE LA PATRIA

Asombro debe ser, en estos momentos, de propios y de extraños, así en Europa como en América, el incomparable soldado español. Ejemplo de virtudes militares, de constancia y de bravura, con el mismo sufrimiento y con igual empuje combate en la inhospitalaria manigua cubana y en las inexploradas tierras de la hermosa y extensa isla de Mindanao, palmo á palmo y cotta por cotta, con tesón firmísimo defendidas y con heróico esfuerzo conquistadas, dando siempre gallarda muestra de su vigor que no amenguan los climas abrasadores y mortíferos, de su amor á la Patria, nunca ex-

tinguido en corazones españoles, de su indiferencia ante el peligro y de su desprecio de la vida.

Hoy, como en los siglos afortunados de nuestra grandeza nacional, cuando Carlos V regía con su cetro de hierro Aragón y Castilla, Nápoles, Granada y Navarra, y Flandes y Borgoña, el Milanesado y gran parte de la Toscana, extensas provincias de Africa y todo el continente de América, y ceñía á sus sienes la corona imperial, la juventud española, esperanza y orgullo de la Patria, acude presurosa, con la sonrisa en los labios, el valor magnánimo en el corazón y la idea del honor en su frente altiva, ansiosa de laureles, allí donde labios insensatos profieren ingrata injuria al nombre hispano, donde el sueño miserable de degenerados hijos de la Madre común, profanadores de la conciencia humana y de la causa eterna de la justicia, piensa ó considera posible mermar en una pulgada el nacional territorio, el suelo sagrado que regó cien veces la sangre generosa de nuestros mayores, donde reposan sus venerandas cenizas, y en que se alzan los templos poblados de recuerdos, los monumentos circundados de gloria, las ciudades llenas del espíritu in-

mortal de nuestra raza, reliquias imperecederas del genio latino y del valor español.

Hoy, como en los tiempos de mayor gloria, la ingratitud mezquina, que como puñal alevoso se clava en los nobles pechos; la suerte adversa, en que se forjan los grandes caracteres de los hombres y de los pueblos, desgarran el seno sagrado de la Patria; feroces hordas concitan las justas iras del pueblo español, y vése precisado á prodigar en Africa su sangre y su dinero; asoladoras tempestades arrasan sus campos; mares implacables tragan sus barcos mejores y centenares de sus hijos; hermanos desleales á traición la hieren, envilecidos en tratos espúrios y humillados á vergonzosas alianzas y protecciones inícuas y cobardes; pero nada triunfa de su constancia acrisolada ni de su incontrastable firmeza, y, como siempre, se alzará vencedora de sí misma y de sus inmerecidas adversidades.

Ya en el siglo décimo sexto las venció mayores: los turcos asolaban nuestras costas de Italia; los príncipes luteranos alemanes levantaban ejércitos para ayudar á los rebeldes de los Paises Bajos: agitábanse los moriscos de Andalucia; Inglaterra pro-

vocaba nuestras iras; Francia nos retaba, ganosa de completar su nacionalidad, y Europa entera se conjuraba contra el poder castellano: el canal de la Mancha tragábase escuadras enteras y sepultaba en sus ondas revueltas y profundas millares de españoles; los famosos soldados de los Tercios, ya movidos por el espíritu de conquista á que brindaba el continente descubierto por el gran genovés, ya atraidos por el renombre de las ciudades que gobernó con mano vigorosa el famoso duque de Alba, sucumbían extenuados en las pampas y sabanas de América y en las dunas de Flandes. Para mayor angustia, exhausto el Tesoro de Castilla, apenas podía hacer frente á una sola de tan tenaces guerras: "España—escribe lord Cecil—es una fuente de orgullo en un valle de miseria:" Forneron en nuestros tiempos, aún se permite echarnos en cara, como un delito, nuestra antigua pobreza. A todo esto responde, por nosotros, la victoria inseparable de nuestra heróica raza, que no podía ser ingrata con tales capitanes y soldados. El duque de Saboya, el vencedor de San Quintín, frente al enemigo, estuvo un mes sin quitarse la armadura; D. García de Toledo realizó, con

homéricas hazañas, la liberación de Malta, rechazando, con seiscientos españoles, ciento ochenta galeras mandadas por el vencedor de los Gelves y cien mil hombres al mando de Dragut: Alejandro Farnesio salta, en Lepanto, á una galera turca, y él solo arredra á la tripulación y toma la nave enemiga: "en la batalla—dice el gran duque de Alba—no miramos la sangre, sino el soldado que está más adelante;" en otra lucha homérica, de las que fué teatro Flandes, D. Juan de Aguilar grita á su mermada hueste: "¡Hombro con hombro, y adelante!" "Ninguno de mi raza ha huido,—decía el leal Almenara en Zaragoza,—y no seré yo el primero." A tan grandes capitanes, respondían soldados heróicos, de esos que jamás clavaron sus picas en la arena, y que, enardecidos por el entusiasmo y caldeados por el triunfo, entraban en las batallas buscando con los ojos el primer puesto, con la espada la mayor hazaña, con el corazón el mayor peligro, y en los labios el gesto de castellano orgullo y el famoso refrán de los Tercios: "¡La victoria nunca viene sola!"

Hoy, como ayer, el soldado español no desmiente su estirpe ni su sangre. Faltaba un florón á la corona de España en este

rico archipiélago; la dominación completa de Mindanao. Un General invicto, cuyo nombre ocupará largo y glorioso espacio en la historia contemporanea, el ilustre Marqués de Peña-Plata, medita un vasto y juicioso plán, el primero en orden á la realización decisiva y definitiva de aquel patriótico pensamiento: como al cuerpo la sombra, sigue al plan la realización afortunada: se interna nuestro bravo ejército en los espesos bosques, y de victoria en victoria llega á la laguna de Lanao: la extensa laguna es el corazón de la isla: sus límites se confunden á lo lejos con el espacio; en los días serenos, parecen limitarla indecisas montañas: llanuras feraces y vírgenes la rodean, como esperando, para que las fecunde, la mano inteligente del europeo; al suelo, maravilloso, únense variados prodigios de vejetación á modo de cabellera hirsuta, apretada y lujuriosa: aquella naturaleza gigantesca parece dormida aguardando al soñado esposo que debe hacerla madre.

En escenario tan hermoso, aguardan, sin embargo, nuevas pruebas al soldado español: la muerte le preparaba emboscadas; la ingrata perfidia y la traición astuta siguen sus pasos acechando ocasión de sorprenderlo: el enemigo menos temible es

el que alza bandera de guerra, prepara fosos y cottas en que guarecerse y se apresta á la defensa, dando así motivo á que se renueven los actos de valor heróico de nuestros soldados y se aumente, si esto es dable, el brillo de nuestras armas. Marahuit lo pregona: allí cayó, para no alzarse, la insolencia fanática del moro habitador de aquellos lugares, y allí cayeron también dos héroes, Allanegui y Aranda; y alzó en alto el primero, sobre el asaltado y roto muro, la gloriosa enseña de la Patria, el valerosísimo Eytier, honra del cuerpo de Artillería, y orgullo del ejército y de España.

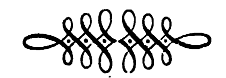
Allanegui y Aranda, Eytier y ahora el malogrado Briones, son testimonio glorioso, como en Cuba Bosch, Sandoval y Santocildes, de que aún circula por nuestras venas aquella vieja y generosa sangre española con que están escritas las acciones más heróicas y las epopeyas inmortales de nuestra raza. ¡Allanegui y Aranda! Sobre sus sepulturas, que guarda nuestro valiente ejército, como reliquias que custodian y defienden la piedad y el esfuerzo, descienden las lágrimas y las bendiciones de España entera; y asimismo caerán sobre la tumba del inolvidable Briones.

Cuando se analizan, con entusiasmo pátrio, estos actos de magnánimo heroismo: cuando nos representamos al bizarro Eytier, en lo alto del muro en la derruida cotta de Marahuit, aterrando á los irreconciliables enemigos con el mágico grito de ¡Viva España!: ¡cuando nos imaginamos al malogrado Bosch, y los valerosos Sandoval y Santocildes, cayendo como una tempestad sobre el rebelde campo cubano bajo los pliegues de la inmortal bandera de oro y grana, símbolo de sangre y de victoria; cuando nos figuramos al heróico Briones, gritando *¡todos quietos!* y lanzándose el primero al asalto de la cotta de Tugayang, sin contar el número de sus enemigos y vendiendo cara, aunque nunca en su altísimo valor, una vida preciosa para el ejército y para la Patria, con el corazón dilatado de orgullo y las lágrimas agolpadas á nuestros ojos, pensamos en aquella España en cuyos dominios no se ocultaba el sol, que empuñó el cetro de la Historia como espíritu y verbo del mundo latino; y, pese á los pesimismos y á la indiferencia de caracteres degenerados ó de inferiores inteligencias, nos eleva la convicción firmísima de que no sin ignoradas causas ni sin providenciales desig-

nios históricos guardamos para la civilización y para las futuras generaciones las entradas del mar Caribe y del seno de Méjico, nexo central y necesario entre el continente Occidental y Europa, y las posesiones de Africa, y estas hermosas tierras de Oceanía, donde el sol nace no cansado de alumbrar nuestra gloria y acaso destinado á derramar sus rayos sobre las grandes y venideras epopeyas de nuestro renacimiento nacional!

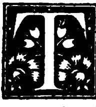
¡Loor, pues, á los mártires de la Patria y á los heróicos caudillos y soldados que van regando con su sangre y esclareciendo y marcando con su heroismo el glorioso camino recorrido, y señalando con su valor y su abnegación el que aún nos queda por recorrer! ¡Inmarcesible gloria al heróico oficial que acaba de sellar con su sangre los timbres del ejército, al malogrado Briones, á cuyo solo nombre se siente orgullo de ser español y envidia de ser soldado!

Agosto, 1895.





RECUERDOS HISTÓRICOS



ODAVÍA hay algo más vitupe-rable que la ingratitud individual, con serlo ésta en grado altísimo, y es la ingratitud de los pueblos: responde aquella solamente ante los dictados de la conciencia personal; la segunda es responsable ante los fallos de la Historia, y ante los juicios inapelables de la posteridad más remota: tradúcese esta ingratitud imperdonable en la ausencia de toda conmemoración gloriosa, que es el olvido histórico, y en la carencia de estátuas y monumentos, que es el silencio culpable de los pueblos; y son su natural consecuencia, en el transcurso del tiempo, la duda sobre

la realidad ó la magnitud de los hechos memorables, y el error acerca de las fechas en que acaecieron y de las circunstancias que los realzaron, confundiéndose entonces lo real con lo fabuloso, y quedando en pié sólo la verdad sospechosa de la leyenda.

Debemos confesar—porque la confesión de una culpa ennoblece—que algo nos alcanza de esa ingratitud nacional que censuramos: elegidos por la gloria durante el transcurso de varias centurias; favorecidos por la mudable suerte en las empresas más peregrinas y arriesgadas; avezados á las acciones heróicas por herencia de siglos y temperamentos de raza; obligados á olvidar la epopeya realizada, para emprender la que nuevamente se ofrecía á nuestro carácter indagador y aventurero, ningún pueblo menos á propósito que el español para el culto de los héroes y la memoria de los hechos. El espectáculo de los Alpes deja de ser extraordinario para el habitante de aquellas montañas que diariamente lo contempla, y así el esplendor de nuestra gloria llegó á sernos—y sigue siéndolo por desgracia—habitual é indiferente.

Colón presintió las palpitaciones de un

mundo al Occidente, tierra peregrina, tránsito á los fabulosos paises orientales; Magallanes completa su pensamiento, adivinando la existencia de la union de los dos mares Atlántico y Pacífico; y desde que en Agosto de 1520 se aventura en el desconocido estrecho que lleva su nombre; desde que alzando una cruz, toma posesión de la Isla de Mindanao á nombre de Carlos I, en 30 de Marzo de 1521, y poco más tarde, en 27 de Abril siguiente—aunque Buzeta fija la fecha de 26 de Agosto—cae mortalmente herido en defensa de los cebuanos y en combate con los isleños de Mactán, empieza el período glorioso que cierra con broche de oro en 1772 el insigne oidor de la Audiencia don Simón de Anda, una de las más grandes figuras históricas del Archipiélago.

Monumentos que perpetúen estos y otros muchos hechos heróicos, apenas existen en Filipinas: según el historiador Montero Vidal, en la isla de Mactán y en el sitio en que se supone que cayó muerto Magallanes, existía en 1877, aunque en estado ruinoso y revelando la mayor incuria, un monumento conmemorativo del infausto suceso; en Manila, aparte otros dos sencillos monumentos á la memoria de Maga-

llanes y Anda, nada hay que recuerde de manera gráfica y permanente á capitanes insignes como Salcedo y Goiti, ni á figuras tan grandes en la Historia como Legazpi y Urdaneta, hoy próximas á representarse en bronces y mármoles, esculpidos por manos de genial artista, merced á la iniciativa de un sevillano ilustre, que actualmente ocupa alto puesto en nuestra Administración, el Sr. Gutiérrez de la Vega.

Las fechas en que los más altos hechos se realizaron, si no pueden hoy ofrecer dudas al espíritu investigador, preciso es confesar que pueden suscitar alguna confusión, ya por no convenir de manera exacta en los curiosos pero incompletos libros escritos acerca de Filipinas, ya por no corresponder con precisión á ellas los días elegidos para conmemorar algunas, como el de San Andrés: en efecto, el 30 de Noviembre de 1574 se verificó el desembarco del general japonés Sioco al frente de 600 hombres de los que conducía la escuadra del pirata Li-Ma-Hong; pero el triunfo de los nuestros, la muerte de aquel feroz general, la derrota y huida definitiva de los chinos y, por lo tanto, la liberación de Manila, se obtuvieron el 2 de Diciembre siguiente, merced al auxi-

lio y al imponderable arrojo del heróico Juan de Salcedo.

La toma de posesión de la capital del Archipiélago, y, por lo tanto, la incorporación de estas islas á la corona de Castilla, la fija Buzeta el 15 de Mayo de 1571, repitiendo la misma fecha en varios lugares de su célebre Diccionario: esta fecha acepta Jiménez de la Romera, y se consigna, asimismo, en la reseña histórica contenida con otros documentos oficiales, en el catálogo de la Exposición general de Filipinas, no obstante haberse consultado para ello numerosas obras (1); pero, prescindiendo de la observación del anotador y comentarista de Morga, según el cual aquel año se verificó el día 20, porque "por haber venido los españoles siguiendo la dirección del sol, estaban, en cuestión de fechas, en un atraso de 16 horas con respecto á Europa; estado que duró hasta el 31 de Diciembre de 1844", puede afirmarse con Montero Vidal y Ca-

(1) Estas fueron: el *Informe sobre Filipinas* de D. Sinibaldo de Más; el *Diccionario* de Buzeta; *Compendio de la Historia de Filipinas* por Don Felipe Govantes; la *Memoria sobre Marianas* por D. Felipe de la Corte; *Joló*, por D. Pío Pazos; y *Versuch einer Ethnographie der Philippinen* por Blumentritt.

vada, que aquella toma de posesión se efectuó el 19 de Mayo, lo que nos parece indudable, porque por todos los historiadores y cronistas se expresa que fué el día de Santa Potenciana, que corresponde invariablemente á la fecha citada.

El 23 de Junio de 1569, según Cavada, recibió Legazpi despachos de Felipe II mandándole tomar posesión de las Islas Filipinas, lo que verificó solemnemente el 19 de Mayo de 1571: el 24 de Junio del mismo año organizó el Ayuntamiento de Manila, (Maynila según Morga y Montero: contracción de *Mairon* y *Nila*, según Buzeta, ó la probable *Maniola* de Ptolomeo); dió el título de insigne y siempre leal á la ciudad, y dispuso que fuera el punto de residencia del Gobierno general del Archipiélago en el orden civil, económico y eclesiástico. El Rey confirmó los expresados títulos en 21 de Junio de 1574, y el 19 de Noviembre de 1595 la declaró cabeza y ciudad de las Islas Filipinas, con las mismas preeminencias y prerrogativas que las demás de sus dominios.

El dato relativo á la fundación de Manila hállase también comprobado por la leyenda del mapa de Filipinas del P. Murillo Velarde, la cual copiamos de un cu-

rioso opúsculo publicado por el erudito filipinista Sr. D. Trinidad H. Pardo de Tavera; dice así: "Hernando de Magallanes fué el primero que descubrió estas Islas, llegó á zebú el año de 1521 y le mataron en Mactán, vino Miguel Lopez de Legazpi el año de 1565 y á 24 de Junio de 1571 se empezó la fundación de Manila, capital. de estas Islas Philipinas dichas asi por Phelipe II. Son muchas, y abundantes tienen oro, perlas," etc. Como se ve, resultan estos datos rigorosamerte exactos, y no solo la fecha del 24 de Junio conviene con la estampada por Cavada y otros autores, sino que es lógicamente correlativa á la del día en que, mediante la posesión por acto definitivo, quedaron estas islas incorporadas á la corona de España.

Creemos que con esto quedan desvanecidos algunos errores relativos á la repetida fecha de la incorporación de este territorio á la Corona de Castilla, pues aún en el supuesto de aceptarse como acto de la posesión el realizado por Magallanes en Mindanao, la fecha sería la de 30 de Marzo de 1521, y admitiendo, como es lógico, que el acto de la posesión fué consecuencia del mandato del

Monarca y que en uno mismo se efectuaron el de la posesión de Manila y de las islas Filipinas, según afirma Cavada, la fecha es entonces la ya citada como indudable, de 19 de Mayo de 1571.

Abundando en las ideas que hemos expuesto al comienzo de este trabajo, Montero Vidal expresa, á propósito del ilustre Adelantado Legazpi, que falleció en 20 de Agosto de 1572, la observación siguiente: "La memoria de este insigne patricio no ha sido honrada como se merece, pues ni un monumento existe que recuerde en Manila, á los que visiten aquella capital ó nazcan allí, los gloriosos hechos del ilustre primer Gobernador general de las islas. Tan sólo un pueblo de la provincia de Albay y una modesta calle de Manila llevan su nombre." Y respecto á uno de los monumentos existentes en la actualidad en Manila, otro distinguido escritor consigna las elocuentes líneas que siguen: "D. Simón de Anda tiene en el malecón del Sur, á orillas del río y frente á la fuerza de Santiago, un monumento de tan pequeñas proporciones, como grandes fueron los hechos del mantenedor de la nacionalidad española en Filipinas."

Bien merecen meditarse las anteriores

palabras: nuestros ascendientes, aquellos hombres heróicos á quienes no tributamos toda la glorificación que merecen, no sólo ensancharon la Pátria hasta límites increibles, sin ejemplo en la historia, sino que supieron—lo que es más difícil aún—trazar con su sangre y conservar con su espada, en la medida de lo humano ó un poco más allá todavía, los linderos casi planetarios de nuestra nacionalidad extensísima, aún hoy contenida en territorios dilatados por los que paseamos el recuerdo de nuestras glorias; somos grandes aún, pero lo somos, por así decirlo, porque nos hallamos subidos sobre los robustos hombros de nuestros antepasados; y entendemos,—y á esto van encaminadas nuestras modestas líneas, que hoy más que nunca parece conveniente levantar el espíritu público y despertar el sentimiento nacional, conmemorando aquellos hechos de nuestra historia colonial, indiferencia de propios y asombro de extraños, que como la incorporación de Filipinas á la corona de España el 19 de Mayo de 1571, engrandecen el concepto de nuestra nacionalidad, y sirven de ejemplo y de estímulo que nos recuerdan nuestro origen y nuestros deberes, tan sagrados y

tan altos como exige el pueblo inmortal que llevó la luz del Evangelio, la civilización y los más sabias y justas leyes á los más apartados extremos de Oriente y de Occidente; el primero que grabó sobre la frente de uno de sus más insignes navegantes y sobre la verde y robusta espalda de los mares, estas palabras imperecederas: *Hic primus circumdedit me.*

4 Noviembre 1895.





POR LA PATRIA

Si hace algún tiempo hemos censurado el indiferentismo que enerva y aniquila á las sociedades modernas, oponiéndole como reactivo enérgico el hecho sólo de descubrir y presentar, en toda su desnudez, tan repugnante llaga, nunca pudimos referirnos al amor sagrado de la Patria, que tiene altares en todo corazón español y que es la virtud ingénita y suprema de nuestra raza.

No puede ser, por el contrario, más hermoso el espectáculo que en estos momentos ofrece á Europa y al mundo el heróico y nunca abatido pueblo español: rebeldes razas de Mindanao pretenden des-

conocer el dominio sobre aquella feracísima isla de nuestra Nación civilizadora, y en un momento se pueblan de soldados aquellas selvas vírgenes y de lanchas cañoneras la Laguna de Lanao, después de someter á aquellas gentes, en brevísima campaña, compendio glorioso del empuje de nuestro ejército, escarmiento rápido y vigoroso del enemigo y motivo de legítimo orgullo y entusiasmo de nuestro Gobierno y de las Cortes: fanáticas hordas, que más entran en la clasificación del bandidaje que en las esferas de deplorables aberraciones políticas, infestan los campos de Cuba, siendo á un tiempo agentes miserables de la ruina de la hermosa Antilla, escándalo de la justicia y del derecho, afrenta de la civilización contemporánea y podridos miembros de nuestra noble raza, y con celeridad pasmosa se organizan miles y miles de soldados; abandonan los reclutas sus hogares, desprendiéndose de los brazos de ancianas madres, amantes esposas y adorados hijos, y, sin pena en el corazón que no acalle el patrio entusiasmo, truecan la paz de sus campos y la ventura de su casa y familia, por el estruendo de las batallas y el sacrificio en aras de la integridad de la Patria: pué-

blase la espesa manigua de heróicos pechos defensores del nombre español, cada acción es un triunfo, cada marcha una victoria, como la brillante y estratégica del insigne General en Jefe sobre Bayamo; y aún no terminan la abnegación y el esfuerzo; en pos de aquellos cuerpos de ejército van otros á publicar nuestra pujanza y á acelerar nuestra victoria decisiva: el pueblo de Bailén y del Dos de Mayo se aglomera en las estaciones ferroviarias y en los muelles de los puertos de embarque para vitorear frenéticos á nuestros bravos soldados expedicionarios, comunicar el común ardor y envidiar su suerte: es incalculable la cifra de los voluntarios, de los que apelan á sustituciones y permutas para ir al teatro de la guerra, teniéndose que apelar á sorteos que limiten el número de los aspirantes: la virtuosa y egregia dama que rige los destinos de España, la ilustre Regente, acude á despedir á las valientes tropas, que la aclaman con lágrimas delirantes en los ojos y relámpagos de bravura y explosiones de cariño en el corazón; un Gobierno viril—¡basta decir que español!—organiza sin tregua una flota que surque de nuevo victoriosa nuestros

mares tributarios, y ondee á todas horas ante las costas cubanas el pabellón de Castilla, completando el soberano pensamiento de que no haya un palmo de tierra ni una braza de mar en que no se eleve, como indudable y dominadora, la enseña oro y grana, símbolo de nuestras pasadas glorias y deslumbrante promesa de las futuras; y, por último, Europa nos contempla, más atenta que sorprendida, consagrando entusiastas manifestaciones á nuestra prevista reorganización nacional, á nuestro ostensible poder y á nuestra renovada grandeza, y proclamando las seguridades del éxito y la firmeza de nuestros pasos en América y en Oceanía.

Pero no se realizan tales esfuerzos sin supremos sacrificios y sin gastos extraordinarios que detienen, bien que accidentalmente, el desarrollo de la riqueza pública y alteran los recursos del Estado, normalizados á la sombra del orden y de la paz nacional: la construcción de la numerosa flota destinada á Cuba, y el sostenimiento del imponente ejército allí enviado, exigen ruinosos dispendios que dejarán larga huella en los Tesoros de la Península y de la Antilla. Tal vez necesite España del concurso de todos sus

hijos, y éstos no pueden olvidar, ni aún alejados de aquellos graves sucesos, que estos afectan á la Madre común, y que la contrariedad que la aflige, el golpe que la hiere, á todos por igual nos alcanzan: nuestra vida es tan suya como nuestra; suya es también nuestra sangre y suyos nuestros medios; nuestros son, asímismo, los sagrados intereses que allí defienden nuestros hermanos á costa de su sangre generosa. ¿Puede Filipinas permanecer indiferente?

Ni por un momento lo creemos; si fuese necesario acudir en ayuda de la Metrópoli para la terminación de aquella guerra, Filipinas sabría demostrar, una vez más, toda la abnegación y todos los sacrificios que caben en su patriotismo notorio y en su lealtad acrisolada, pues seguros estamos de que, llegado el momento de que se considerase útil el concurso de esta lejana pero española tierra, repetiríanse los hechos que son ya timbre honroso de su historia y rivalizarían en sentimiento patrio las Ordenes religiosas, el Ejército, la Marina, todo el elemento civil, el comercio, las corporaciones todas, el pueblo filipino, todos y cada uno poseídos del mismo santo amor á España,

todos y cada uno en la medida de sus fuerzas.

No porque ese momento aún parezca lejano hemos de permanecer en silencio ante los terribles infortunios amontonados sobre la Patria, ni debemos rehuir el dar anticipadas muestras de cómo entenderíamos entonces nuestra obligación sagrada y cómo sabríamos cumplir con tan altos deberes. Aún, por fortuna, bástase el Estado á sí mismo, aunque pueda necesitar mañana el expontáneo concurso de cuantos, congregados en la Metrópoli ó diseminados por lejanos paises, nos enorgullecemos con el dictado de españoles. Contrista el ánimo observar cómo se suceden las más espantosas catástrofes: á la pérdida del *Reina Regente* sigue la del *Sánchez Barcaiztegui* y aún no borrada de la mente la terrible impresión por esta desgracia producida, nos sorprende la noticia de otra no menos sensible, la del crucero *Cristóbal Colón;* pero eleva el espíritu la fortaleza con que sufre la Patria tan repetidos infortunios, superando con nuevas y mayores energías las energías malogradas y substituyendo con numerosos barcos de guerra los buques perdidos, ya que es imposible substituir á los valientes marinos que han

perecido en aquellos siniestros, ocasión de intenso luto y de amargura profunda para la combatida y heróica nación española.

Basta, por hoy, á nuestro propósito esta manifestación—en que nos hacemos eco de los sentimientos generales—de que la Patria, en cualquier hora y al primer llamamiento, nos hallará dispuestos á prestarle nuestro leal concurso, llegando hasta el sacrificio si necesario fuese; y que en toda ocasión procuraríamos ser dignos hijos de madre tan excelsa: esta expresión de nuestro amor pugnaba por salir de nuestro pecho buscando fórmula, que siempre resulta insuficiente en el lenguaje, porque no cabe en las palabras de ningún idioma, como no cabe la Patria misma en concepto humano que la defina y explique, y se siente sólo en el fondo del corazón, como se siente á Dios en las profundidades del alma.





DIGNO DE IMITARSE

NO es nueva la noticia, aunque sí de la mayor importancia: la numerosa colonia de españoles residentes en las repúblicas hispano-americanas han concebido el proyecto magno de construir y regalar á la Madre patria una escuadra de primer orden, compuesta de dos grandes acorazados y de veinte cruceros.

Ha iniciado el pensamiento y abierto la suscripción una junta constituida en San Luis de Potosí: calcúlase en dos millones el número de españoles que mediante un donativo de $ 0'75 mensuales, en el espacio de seis años, pueden reunir ciento

ocho millones de pesos que, deducidos gastos generales y de situación en España á tipo oro, arrojarían una suma de 53.750.000 pesos, estimándose el coste de la escuadra en 52.000.000: denominaríanse los dos grandes acorazados *España* y *América;* los veinte cruceros ostentarían el nombre de los antiguos reinos y principados españoles, y entre ellos, Cuba, Puerto-Rico y Filipinas tendrían gallarda representación en los mares.

Para realizar el pensamiento, se organizan juntas en todas las ciudades de América, y se proyecta que una central, para la que suenan los nombres queridos y respetados dentro de España y en el exterior, del marqués de Comillas, D. Emilio Castelar, D. José Echegaray, D. Segismundo Moret y D. Benito Pérez Galdós se encargue de llevar á término definitivo el grandioso proyecto.

Hasta aquí las noticias y la forma del patriótico pensamiento: aparte las contingencias que aporta lo imprevisto á todas las obras y cálculos humanos, nosotros no dudamos de su realización; es mucho lo que pueden el patriotismo y la perseverancia, cuando aquel adquiere el intenso grado del más grande de los ideales del

hombre y ésta se pone al servicio inteligente de planes hábiles y previsores, y lo que resultaría titánica empresa, insuperable al esfuerzo individual, es obra fácil y hacedera á los multiplicados medios de las colectividades asociadas.

Pero, aunque la realización del proyecto en toda su grandiosa extensión encontrase obstáculos insuperables, no por eso merecen menos de la Patria aquellos generosos españoles esparcidos por los numerosos pueblos del continente americano: ellos, tal vez, abandonaron el querido suelo natal vencidos sin clemencia en la inexorable lucha por la vida; probablemente, llevaron á América, con el contingente de su actividad, los inapreciables dones de la primera juventud, y allí han constituido hogar y familia y labrádose honrosa posición y fortuna holgada: expatriados muy lejos de la noble tierra que los vió nacer, no tienen hoy otros vínculos con España que el santo amor de hijos; no pisan territorio nacional cuya integridad deban defender, no tienen costas españolas que guardar, no velan por el honor de nuestra bandera que no ven izarse, como en tiempos mejores, en aquellos vastos dominios en que ondearon sus vivos colores; pero no re-

nuncian á su gloriosa nacionalidad, participan de nuestros sufrimientos y quieren compartir nuestros sacrificios, quizá soñando con el definitivo regreso al inolvidable suelo natal, sembrado de recuerdos de su niñez, dulces ó amargos, pero imborrables, y de afectos inextinguibles, y ambicionando que entonces les cobije, respetada, íntegra y victoriosa, la enseña de oro y grana, á cuya sombra reposen los días cansados de su vejez, y que, al morir, amparen su sepulcro el mismo cielo patrio y la misma cruz de piedra que cubren el sueño eterno de sus mayores.

Todo esto vale y todo esto significa la árdua empresa acometida por nuestros hermanos residentes en América, y, aunque en otras condiciones y circunstancias, igual patriotismo y desinterés representan los repetidos actos de abnegación ejecutados por los que llevan en sus venas nuestra misma sangre en la Península, Cuba y Puerto-Rico: á diario la prensa propaga la noticia de esos rasgos patrióticos; ya son capitalistas individuales que regalan un barco de guerra, ya determinadas corporaciones y colectividades que sufragan los gastos de centenares de soldados que marchan á combatir por la integridad del

territorio nacional, ya agrupaciones de damas, que, como en la hermosa ciudad de Ponce, en la pequeña Antilla, bordan la enseña de guerra que ostentará en su popa gallardo buque, producto, asimismo, del entusiasmo de aquellos habitantes. Nada despierta hoy tanto calor en el seno de la Patria como los sucesos que se desarrollan en los campos cubanos; y, lo confesamos con ingenuidad, entre el pueblo que se apasiona y se enloquece y lo mismo aplaude el éxito que silba injustamente el infortunio y el fracaso, y el pueblo que, alzando altares al inverosímil y suicida egoismo, se declara indiferente á los sucesos en que no vé, por torpe y fatal ceguera, que van envueltos sus futuros destinos, como va envuelto el inviolable porvenir nacional, preferimos mil veces el primero.

No pretendemos establecer comparaciones; los hechos se encargan de ello y hablan por nosotros: comentamos noticias que son del dominio público; rendimos el merecido honor á nuestros hermanos residentes en América: ahí está el ejemplo; imítelo el que quiera. Pero no podemos menos de lamentar que otra patriótica excitación nuestra, de fecha bastante ante-

rior, se perdiese en el peor de los desiertos, en el desierto moral y de indiferentismo absoluto en que vivimos, y de consignar con pena que en ese crucero de primer orden que llevará el nombre de Filipinas, si el pensamiento á que aludimos se realiza—ni en otro alguno que lleve para nosotros tan querido nombre—no habrá una pulgada de cubierta, que es gloriosa prolongación del territorio nacional, debida á nuestro esfuerzo, y que en la suma total de sacrificios impuestos por el deber al patriotismo en todas las regiones y hogares españoles, no haya un solo sumando nuestro.

No nos arredra el silencio ni nos desalienta la indiferencia, ni nos extrañarán ahora, como tampoco en la ocasión que citamos, porque nunca sorprenden las cosas esperadas; pero al repetir hoy lo que entonces digimos, nos queda al menos la interna satisfacción que acompaña siempre á la conciencia del deber cumplido. Entretanto, enviamos un aplauso ferviente y un saludo entusiasta á nuestros hermanos los nobles españoles residentes en las repúblicas latino-americanas, á los patriotas insignes de la Peninsula y de la gran Antilla, y á las distinguidas d mas de

Puerto-Rico, que así alimentan en su pecho el fuego sagrado y el amor inextinguible de la Patria; y al par que nos envanecemos llamándoles nuestros compatriotas, nosotros, que tenemos fé ciega en el porvenir de la grande é indivisible nación española, inquebrantable confianza en el heroismo de nuestro admirable ejército y nuestra valiente marina, y seguridad casi profética en nuestro triunfo y nuestros brillantes destinos en Occidente y Oriente, cuando pacificada Cuba, se restablezca la normalidad de la vida nacional, nos enorgulleceremos de que esos barcos, productos de esfuerzos individuales y colectivos, y la nueva y poderosa escuadra proyectada por los patriotas de América, si llega á término tan colosal proyecto, paseen por todos los mares y especialmente en los de este Archipiélago, la enseña castellana, cuya sombra tantas veces se proyectó sobre sus olas, siquiera al contemplar tan gloriosa resurrección de nuestro poderío naval, pensemos con envidiosa pena que es el resultado de lejanas y grandiosas iniciativas y ejemplo altísimo y muda y elocuente reconvención del patriotismo ajeno.

1896.



DIAS DE GLORIA



LEJOS de ser verdad que en los días amargos del infortunio nos atormente el recuerdo de las felices horas pasadas, como afirmó, en inmortal estrofa, el grande y sombrío poeta florentino, voz y conciencia de la Edad media, la memoria de épocas y sucesos gloriosos, aunque desaparecidos, al fin alcanzados, como favor excelso, de la difícil fortuna, constituyen, asi para los individuos como para los pueblos abatidos, motivo de orgullo legítimo y de esperanza consoladora, porque se entremezclan las dudas del presente con las certidumbres de lo pasado, las sombras del momento actual se ilu-

minan con el esplendor de las cosas que fueron, y el ánimo varonil sorprende en las palpitaciones de la Historia las supremas revelaciones de la vida, en la que no hay camino sin término, lid sin victoria, altura sin abismo que la rodée, ni abismo sin altura que lo limite; y así á las grandezas realizadas sigue la postración del esfuerzo empleado, como término necesario del esfuerzo mismo; al lado de toda elevación, y aun adelantándose á ella, ciérnese, como genio de tenebrosas alas, el anuncio de la veloz caida, antes hallada que prevista, y, como precediendo á todo abatimiento, parece que una mano invisible traza en el aire, con caracteres luminosos, la profética leyenda de la exaltación esperada.

No envuelve, pues, el porvenir, por impenetrable que sea y por lóbrego y contrario que se ofrezca, negación alguna para el hombre ni para los pueblos, y menos si referimos la duda á nación que, como la nuestra, ha realizado los más portentosos hechos humanos y los más altos designios históricos: á un tiempo vanguardia y valladar de Europa; depositaria y propagadora de la civilización del mundo; cerebro en que se forja, al contacto del

invasor romano, el concepto fundamental del moderno derecho, y al contrastado empuje de las hordas vigorosas del Norte, el de los principios individualistas, fecunda semilla y sangre vivificadora de las naciones de Occidente hasta nuestros dias, y el singular sistema de la más formidable organización militar de la Edad media, cuenta España sus días de gloria por los siglos transcurridos desde que surgió poderosa su nacionalidad al pié de los muros de Granada, hasta que cayó roto su poder, pero no vencido, en las funestas llanuras de Rocroy.

"Mientras se desarrollen en el porvenir los anales de la humanidad—dice un famoso historiador extranjero—será honor de los españoles haber conservado por espacio de diez siglos la misión de defender contra las razas inferiores la civilización europea"; pero no es éste el solo honor de la raza más heróica del mundo latino, aunque baste para escalar las alturas de la Historia y para merecer el respeto y la gratitud de la humanidad en todos los siglos. En efecto, fué salva Europa de la irrupción mahometana por el esfuerzo español, aniquilando para siempre y sepultando en las olas del his-

tórico mar Mediterráneo el poder, hasta entonces invencible, del islamismo, cimentado en una robusta civilización, en la que la del pueblo árabe se refundió en la de los turcos, siendo, como se ha dicho con frase felicísima, los últimos á los primeros, lo que en orden más alto, habían sido los romanos á los griegos.

Para realizar tal empresa requeríase una nación y una raza de excepcionales condiciones y virtudes, y una nación y una raza así formadas, no habían de quedar inactivas después de terminada aquella misión tan providencial: aún eran más grandes sus destinos; soñadores eternos de eternos ideales, amadores del riesgo y enamorados de lo imposible, aventureros en el alto concepto de maravilloso instinto histórico, perseguidores de lo extraordinario, unos cuantos puñados de españoles, producto de la plenitud vigorosa de nuestra vida nacional, bastaron á la realización de las más heróicas empresas, antes aún superadas que acometidas; así, á las luchas titánicas de la reconquista, sigue aquel triunfal paseo por Oriente en que tembló, sobrecogido de espanto, el carcomido pero aún poderoso imperio de Bizancio, en el que las pisadas de nues-

tros rudos y valientes almogávares despertaban por doquiera ecos temerosos, como si retumbasen bajo las holladas losas de sepulcros vacíos, y sigue también la empresa de las empresas, la hazaña de las hazañas, el descubrimiento de América, para el que se necesitaban un genio que fuese único en la humanidad y una nación que fuese única en la Historia; tan sobrehumano el primero, como elegido por el cielo, tan grande la segunda, como designada por la Providencia, que dudaríase de la realidad de una y otra y pareceríanos mito ó fábula maravillosa de los tiempos el hecho más grande y trascendental del mundo, hasta entonces incompleto, y de la humanidad hasta entonces separada y dispersa, si no fuesen indudables la existencia de la España de Isabel I y de Colón, y si en los lejanos y occidentales mares no se alzase un continente para testificarlo.

Desde entonces se transforma España, como más tarde ha de transformarse el mundo todo, y familiarizados con lo extraordinario, legislan nuestros monarcas sobre la navegación por mares aún no surcados y sobre descubrimientos y conquistas de tierras no conocidas, y es de

notarse cómo se revela de modo indudable la predestinación del pueblo elegido para verificarlos en el hecho repetido de acoger con el gran genovés la gloria y la responsabilidad histórica del descubrimiento de América, á que renunciaron incrédulas otras naciones de Europa, y con Magallanes, el más insigne navegante portugués, las del descubrimiento y población de Filipinas, con que cierra España el círculo de sus mas inmortales empresas, no ciertamente para sojuzgar razas inferiores y someter extensos dominios á su poder, sino para conducir á Oriente y Occidente la gran civilización de que es depositaria, para iluminar con los resplandores de la Cruz bendita, símbolo de la redención humana, la conciencia de pueblos sumidos en las lobregueces de la superstición y de la ignorancia embrutecedora, y para dignificarlos y ennoblecerlos

¡Siglos aquellos de gloria inmarcesible, y días memorables para el nombre español y para la solidaridad de la conciencia humana! Aquí, como en el extenso territorio de América, un puñado de héroes realiza la misma obra inmortal y civilizadora; pocos son y avanzan por mares desconocidos en busca de tierras

ignoradas; pero llevan la Providencia por guía, por bandera la enseña invencible del pueblo escogido, en el alma el temple del heroismo y el temple del valor en el acero de sus triunfadoras espadas: cada navegante vale un descubrimiento, cada soldado un ejército, cada sacerdote la conversión de un pueblo; les ampara el símbolo de redención, que al pisar tierra, clavarán en el lugar más alto; en su mente llevan el espíritu inmortal de la latina gente, y en las entrañas de sus naves descubridoras, el arca santa de la civilización, como sagrado depósito que Europa les confiara.

¡Fechas de purísima gloria y de eterna recordación para Filipinas y para España, que hacen palpitar de orgullo todo corazón español! Como hemos dicho en artículo reciente, para conmemorar tales páginas inmortales y hechos tan grandiosos de nuestra historia colonial, todo tributo nos parece pequeño, y todo olvido nos parece ingratitud imperdonable: la gloria es una letra á largo plazo que giran los pueblos heróicos á cargo de la posteridad; no satisfacer deuda tan sagrada es un delito ante la Historia y ante el sagrado concepto de la nacionalidad.

Pero entendemos también que la conmemoración de actos que afectan á una localidad ó á una región; que la celebración de los hechos históricos y de los acontecimientos de orden derivado y secundario, ceden ante aquéllos que se relacionan con la nacionalidad misma, ante los hechos fundamentales de los descubrimientos y conquistas, principal gloria y origen primero del engrandecimiento del nombre español. Ya hemos manifestado en el artículo á que antes hemos hecho referencia, que el 24 de Junio de 1571 instituyó Legazpi el Ayuntamiento de Manila. dando á la ciudad los títulos de insigne y siempre leal y disponiendo que fuera el punto de residencia del Gobierno general en la parte civil, económica y eclesiástica: por Real cédula de 21 de Junio de 1574, aprobó Felipe II los expresados títulos "para que la dicha ciudad fuese en mayor crecimiento, y de los servicios de los vecinos de ella hubiese perpetua memoria," dando á la isla de Luzón, como Legazpi propuso, el nombre de Nuevo Reino de Castilla, y por otra Real cédula de 19 de Noviembre de 1595, confirmando lo anticipadamente establecido por Legazpi y solicitado por la ciudad, la declaró

"cabeza y más principal ciudad de las dichas islas Filipinas," concediéndole "las preeminencias y prerrogativas que gozan las otras ciudades, cabezas de Reino... plazas y tierra firme del mar Océano." Ambas Reales cédulas están al alcance de cualquier persona estudiosa y son harto conocidas pues se incluyen en la *Legislación ultramarina* de Rodríguez San Pedro, tomo 3.°, página 164.

Aunque no desprovistos de importancia ambos documentos, ni los sucesos y resoluciones que los confirman, unos y otros quedan relegados á término secundario si se recuerdan los actos trascendentes y las fechas gloriosísimas á que debe el archipiélago su transformación y su cultura y su advenimiento á la vida universal de los pueblos organizados, para honor y engrandecimiento de España. Estas fechas no son otras que la del 30 de Marzo de 1521, según fijan los historiógrafos de Filipinas, ó la del 31 según con incontestables argumentos sostiene el infatigable y erudito filipinista señor Pardo de Tavera, tomando por base el relato del caballero Pigafetta, compañero de Magallanes, en cuyo día y no en la isla de Mindanao sino en la de Limasaua, clavó el gran nave-

gante la cruz en la cúspide de la más elevada montaña, tomando posesión del territorio en nombre de Carlos I: la del 19 de Mayo de 1571, en que cumpliendo Legazpi el mandato contenido en los despachos de Felipe II recibidos el 23 de Junio de 1569, tomó posesión de Manila y de las islas Filipinas, *incorporándolas á la corona de España;* y la de 30 de Noviembre—y aún más propiamente la de 2 de Diciembre—de 1574, en que quedó sellada con la sangre de Martín de Goiti y firmada con la espada heróica de Juan de Salcedo, la definitiva nacionalidad española de este vastísimo territorio, protegido por la sombra gloriosa de nuestra santa bandera.

Las tres fechas citadas, y la primera señaladamente, son dignas de conmemoración entusiasta, y, como para tal empresa es pequeño el esfuerzo individual, á la acción oficial confiamos el resultado de nuestra modesta excitación. Creemos convenientísimo, para elevados intereses de orden moral, que nuestra súplica fuese atendida, porque á más de la deuda de gratitud nacional, á cuyo pago acudiríamos con todas nuestras fuerzas, el momento elegido sería en alto grado oportuno, como

ejemplo de amor inextinguible á la Madre Patria, como despertar enérgico del espíritu público en estas regiones hermosas y leales, y como acto de gran resonancia y de viril reproche á los que en el propio suelo descubierto por Colón, regado con la sangre de nuestros héroes y emancipados de la barbarie por nuestro esfuerzo generoso y nuestras justas leyes, intentan desgarrar nuestra invencible bandera.

Somos entusiastas de nuestra regeneración nacional y creemos que para ser grande un pueblo le basta con quererlo ser: si es sueño, no renunciamos á soñar, y con la confianza y la fé más inquebrantables aguardamos aquel día en que, reconstituidos á beneficio de una política nacional, reconquistado nuestro antiguo rango entre las naciones de Europa, robustecidos por la paz permanente y renovada nuestra anterior grandeza, podamos al morir y legar á nuestros hijos tan sagrado depósito y tan altas responsabilidades, decirles con orgullo, repitiendo la frase de un gran pueblo: "¡Hemos cumplido nuestra misión de leales españoles; todo está terminado; descubrios y orad!"

1894



EL DOS DE MAYO ESPAÑOL

Tienen los pueblos, como los individuos, inmortales días, fechas memorables, que, por singulares coincidencias históricas, se repiten en la sucesión de los tiempos, como abriendo á la conciencia nacional, con fijación perpetua de periodos brillantes, los caminos triunfales de la gloria. Pruébalo el Dos de Mayo, que es una fecha española, la fecha del heroismo de nuestro gran pueblo,—si este puede caber en una fecha cuando los siglos le vienen estrechos,—pero la fecha, en fin, del heroismo mayor, del que apenas puede formarse idea cabal el entendimiento humano, porque

preciso fuera condensar en un valor solo todo el concepto supremo del valor; reunir en un solo esfuerzo todas las sumas del esfuerzo humano; los triunfos todos en un triunfo único, todos los himnos en un himno, los mil ecos de la fama en una sola voz de la inmortalidad, las glorias universales en una gloria sola... y ni aún así formaríamos juicio de los esfuerzos sobrehumanos, de los triunfos gloriosos, de las grandezas inconcebibles y únicas del Dos de Mayo español.

¡Fecha cien veces bendita y sagrada, página santa y sublime, escrita con sangre de héroes y de mártires, iluminada con divinos resplandores y siempre abierta por invisibles manos inmortales, ante los asombrados ojos de una y otra generación, para honra de la humanidad, gloria inmarcesible de la gente española, ejemplo á la loca ambición de los vencedores del mundo, y enseñanza perpetua á los pueblos libres y viriles! En esa fecha del año 1808, el heróico pueblo madrileño, opreso y á traición sometido por hordas ébrias y alevosas, como toda España, al duro poder del último coloso; sin príncipes, sin gobierno, sin generales, lánzase á las calles con la ira en el corazón y el

hierro en la mano, sacudiendo gallardamente el yugo ignominioso: no hay quien le contenga, ni quien le reduzca; ya sabe que desafía á un poder superior; no va á vencer, va á morir, que es el derecho último, la redención suprema de las almas varoniles: únense á los valientes patriotas algunos puñados de tropas, á cuyo frente se ponen tres intrépidos oficiales, Daoiz, Ruiz y Velarde: ensordece los aires la maldición al traidor extranjero y el ruido de las armas, que por igual empuñan hombres y mujeres; que no hay sexos para la libertad y el honor: ya trazó grande y malogrado poeta tan sublime cuadro, al que da valiente y sombría pincelada, cuando exclama enardecido

"y van roncas las mujeres
empujando los cañones".

Sucumbirán, si es sucumbir dar la vida por la inmortalidad y por la patria, y caerán asesinados muchos seres indefensos para saciar los instintos brutales de Murat: inflexible es su orden inhumana; todos los moradores de la corte que conserven un arma serán arcabuceados: todo grupo de ocho personas se dispersará á fusilazos: todo pueblo donde se mate un francés será incendiado, y los amos responderán

de sus criados, los prelados de sus religiosos, los padres de sus hijos.

No puede darse mayor rebuscamiento de iniquidad, ni mayores prendas de temerosa cobardía: las fúnebres detonaciones de aquellos fusilamientos en masa, de aquellos asesinatos miserables, despertaron ecos tremendos de indignación en todos los ámbitos de la Península; el fogonazo de las armas francesas prendió la chispa del fuego patrio, y las rojas llamas del formidable incendio alumbraron cien veces con resplandores siniestros la vergonzosa huida de las águilas imperiales y, por último, el derrumbamiento del coloso: villas, ciudades y aún escondidas aldeas, declararon la guerra al gigante del siglo: cada llanura tuvo un ejército, cada desfiladero una guerrilla, cada roca un combatiente, cada ciudad un Palafox, cada muro un héroe, cada cañón una Agustina Zaragoza: renováronse los tiempos de Numancia y Sagunto, ó, por decirlo mejor, se superaron· experimentáronse reveses, pero estas derrotas parciales suelen ser réditos sangrientos que anticipadamente cobran las grandes y definitivas victorias; cuando un cuerpo de ejército, de soldados bisoños y mal armados pai-

sanos sucumbía ante las aguerridas tropas francesas, como brotando de las vastas llanuras de Castilla y de las hendiduras de las escarpadas sierras catalanas y andaluzas, aparecía un nuevo ejército y otros millares de patriotas, para cerrar el paso al orgulloso invasor: imposible contener aquel enjambre de héroes, aquel número inacabable de combatientes que, como hormiguero inmenso, agitábase delirante desde Cádiz al Pirineo: no hay pueblo tan inmortal como el que se decide á morir; y así, se estrellaron en la hispana constancia el valor y la pericia de los más célebres generales del Imperio; Dupont rinde las armas y la gloria ante la espada de Bailén; muerde el polvo el extranjero en Arapiles y Albuera, y fué tan colosal el empuje y tan violenta la acometida, que rebasaron nuestros soldados la frontera y hollaron con sus plantas la enemiga tierra, rindiendo á Tolosa y derrotando en su propia patria al famoso Soult, que huyó avergonzado y deshecho.

El 2 de Mayo fué la página primera de la increible epopeya: escribiéronse después otras muchas gloriosas é inmortales, pero ninguna la obscurece; antes al contrario, por esas singulares coincidencias históricas, de-

que al principio hemos hablado, en ese día reverdécense los laureles de la Patria.

En igual fecha de 1866, se renuevan, en las ingratas aguas de América, las grandes hazañas de los pasados días: una escuadra compuesta casi en totalidad de barcos de madera se ve en el caso de recabar de varias repúblicas hispano-americanas, satisfacción de los agravios inferidos á nuestra bandera; castigado Chile con el bombardeo de Valparaiso, ponen rumbo las naves al Callao: tienen que luchar allí aquellas endebles embarcaciones con fortificaciones formidables; parapétase el enemigo en poderosas torres de hierro, por las que sólo asoman las negras masas de cañones colosales; numerosas baterías de la mejor artillería moderna en perfección y alcance, se disponen á lanzar á los aires los secos estampidos de la muerte por sus cien bocas de fuego, y red inmensa de torpedos, en las olas sepultados, aguardan para vomitar la horrenda catástrofe, que rocen las quillas españolas sus pérfidas mallas; mas no por eso titubea Méndez Núñez; los héroes no vacilan; y con la frase hermosa de *más quiere España honra sin barcos que barcos sin honra*, lanza los buques al combate: ningún espa-

ñol lo habrá olvidado: las fragatas aproximáronse á las baterías enemigas con increible audacia, y la poderosa *Numancia* arrolló con su hélice los alambres de los torpedos: la *Villa de Madrid* se retiró de la batalla, abierto uno de sus costados por una granada Armstrong; un colosal proyectil de Blakely abrió enorme brecha bajo el agua á la *Berenguela,* cuya tripulación, para salvarla, pasó á hombros los cañones á la banda opuesta; otro proyectil enemigo puso fuego al antepañol de pólvora de la *Almansa:* varias veces se avisó á su heróico comandante de la necesidad de inundar el pañol para evitar la inminente voladura del barco, pero en los días de combate no mojan la pólvora los marinos españoles; y siguieron los buques lanzado al enemigo, entre horroroso fuego, el hierro de sus incansables piezas de artillería, hasta que con fragorosa detonación rodó en el polvo una de sus orgullosas torres blindadas, y desmontados y sin defensores, enmudecieron los arrogantes cañones peruanos.

La fecha del 2 de Mayo es aún otra vez memorable, aunque, por desgracia, en lucha fratricida: en igual día del año 1874, el ejército libra á Bilbao de los horrores de un ase-

dio por las fuerzas carlistas, que al querer resucitar lo que fué, olvidaban que el pasado, cuando muere, nunca torna á levantarse, aunque se trate de un pasado glorioso,

"¡de ese pasado que encuentra
estrecha su sepultura!",

según la frase de un poeta.

¡Día el de mañana de repetidas glorias para la santa Patria, indivisible y una! Porque la España de hoy, á pesar de enemigos cobardes y de taciturnos despechos, es con pujanza igual y con inacabables bríos, la España de siempre, la España del 2 de Mayo de 1808 y del 2 de Mayo de 1866: sólo despreciativo desdén merecen los que aparentan dudarlo, ó sonríen al oirlo, porque la sonrisa ó es el arma que esgrimen los degenerados ó el baluarte único de los necios; que hay, en verdad, algo peor que ignorar las cosas, y es saberlas á medias. No son, nó, españoles prudentes los que ante insultos que carecen de valor y de altura, deliran con indisputados triunfos y fáciles conquistas; pero tampoco son españoles de la antigua y robusta cepa los que ante el anuncio de un riesgo, dejan subir á sus labios las desmayadas palabras de postración y abatimiento: no sintieron en su sangre gene-

rosa debilidad ni desaliento los hombres de 1808; no hablaban de decadencia los héroes del Callao, ni la sienten en sus venas los soldados admirables que honran en Cuba el pabellón español; piensan, por el contrario, en la renovación de nuestro poderío, en el engrandecimiento nacional, en lo que puede esperar España de su aumentada y poderosa escuadra, cosas que no ven aquéllos cuyos ojos cierran los dedos pálidos de la envidia ó las manos temblorosas del miedo: sueñan con la Patria que, con tres bajeles, surcó el Oceano inexplorado y no cejó en su derrota hasta que un continente le cerró el paso á las Indias Orientales; fuera el planeta mayor, otros continentes ocultaran las olas, y el genio nacional no hubiera retrocedido hasta arrancar al globo y á los mares su último secreto: sueñan con la Patria que, con otros tres bajeles, unió dos Océanos y abrió al mundo el estrecho de Magallanes, la primera que circunvaló el globo con Sebastián Elcano, la primera que dió asimismo la vuelta al mundo con la gallarda *Numancia*, cuando suponía Europa que era inútil empeño lanzar un buque blindado á navegaciones de altura: sueñan con la Patria señora del

orbe y dominadora de los mares, porque habrá otros pueblos marineros de reciente historia, pero ninguno ha descubierto un continente: sueñan con la Patria libre y próspera, fuerte y respetada á la sombra de la paz próxima que deberá, no á sus hijos descreidos y débiles, sino á sus hijos creyentes y á sus heróicos soldados; sueñan con la Patria grandiosa cuyos ilustres hechos no caben en los senos de la inmortalidad ni en los espacios de la gloria; sueñan, en fin, con la Patria del 2 de Mayo.

¡Inmarcesibles laureles á los generosos héroes y á los valientes mártires de la Patria!

¡Honor á nuestra gloriosísima bandera!

¡Viva España!

Manila 1.° de Mayo 1896.





LOS SUCESOS DE FILIPINAS

HONDA impresión é indignación profunda han causado en todos los pechos leales los actuales sucesos, á punto de parecer más bien producto de ingrata pesadilla, que realidad dolorosa; tan descabellado es el intento; tan criminal el propósito; tan loca la aventura.

De loca la calificamos, y tal apreciación bastaría si no se tratara de actos repugnantes y vandálicos que caen de lleno en las negruras de la traición y en las degradaciones de la infamia: solamente viviendo con las espaldas vueltas al sol esplendoroso de la verdad; sólo llegando

retrasados al campo de la razón y de la ciencia, y á la comunión de las nobles y elevadas ideas, no modernas, sino de siempre, puede explicarse la propaganda y la creencia en necias doctrinas, admisibles sólo por espíritus limitados é inteligencias embrionarias ó extraviadas que, al proclamar el exclusivismo contra la expansión, la diversidad contra la unidad indestructible y la solidaridad de los pueblos, cometen un delito de lesa humanidad, tal vez el más inícuo, tal vez el más grande que pudieran cometer esos ilusos y desgraciados, si no constituyese una desgracia infinitamente mayor y el más horrendo y bochornoso de los delitos, el de hacerse indignos de su excelso origen, y renegar ¡insensatos! de la mayor gloria histórica que deben á la grandeza y á la magnanimidad de la Patria, de la gloria, á ninguna comparable, del nombre de españoles.

Ni hay crimen colectivo mayor en este caso, que el de la ingratitud: porque no es aquí solamente la Patria, indivisible y una, la representación altísima de las más sublimes predestinaciones históricas, el ideal de la justicia, de las soberanías del valor de la firmeza del alma nacional, de los

descubrimientos asombrosos, de la supremacía de una raza y la bravura legendaria de sus soldados, sino la amorosa madre que imprimió en la frente de este pueblo, tan intensamente leal hasta ahora, el beso de la civilización, é iluminó su espíritu con la divina antorcha del Evangelio, y lo alzó, en estrecho abrazo, elevándolo hasta sí, á las alturas de la dignidad nacional y de la vida de la conciencia y del pensamiento humano.

No cabe esa ingratitud más que en contados y miserables pechos de malvados conscientes ó de extraviados ilusos, en cuyo seguimiento irán sin duda, constituyendo ese núcleo ya batido y disperso por nuestros valientes soldados, esa levadura de gentes de mal vivir que circundan las grandes poblaciones, viviendo con un pié dentro y otro fuera de la legalidad, fáciles á toda revuelta y contingente de todo desorden, en que quepan la licencia, el abuso y el pillaje; y ese otro sumando de inconscientes y desdichados, que en tales ocasiones reclutan la ignorancia y el miedo.

No tiene, pues, ese puñado de criminales y revoltosos el precio de una inquietud ni el valor de una seria alarma; no son rebeldes, sino merodeadores en su

mayor número, y la población de Manila que con tanta sensatez y cordura se ha conducido en las circunstancias actuales, dando inequívocas muestras de alentada confianza y de espíritu nacional, aparte del carácter moral y de la enseñanza que el hecho para el porvenir encierra, puede deponer todo temor y esperar tranquilamente de la acción de nuestra ilustre Autoridad superior, de sus acertadas medidas y precauciones adoptadas, y de la pericia del entendido y valeroso General Sr. Echaluce, encargado de reducir y vencer esos grupos de sediciosos y malhechores, la rápida terminación de tan lamentables sucesos y el restablecimiento del orden y de la paz pública.

De ello es segura garantía la publicación de la ley marcial, y aunque en ella, con enérgica concisión; se consigna el forzoso empleo del saludable rigor que la acción militar ha de desplegar en la represión y castigo de los delitos que afecten al orden público, los de traición, los que comprometan la paz é independencia del Estado ó se dirijan contra la forma de Gobierno, los de atentado y desacato y los comunes que se realicen con motivo de la insensata rebelión, dando una vez más

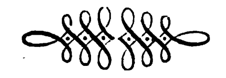
el alto ejemplo de los prudentes deberes del mando, y de la magnanimidad de la más elevada representación del poder supremo y de la nación en estas islas, se concede un plazo de 48 horas, con exención de pena por rebelión á los que, deponiendo las armas, se presenten á las autoridades, para volver al hogar que, en mal hora y por deplorable extravío, abandonaron.

Segura garantía es también la gallarda prueba de incondicional adhesión y el leal ofrecimiento de patrióticos servicios que representa la proyectada organización, á esas horas sancionada y publicada en la *Gaceta* por el ilustre caudillo que rige los destinos del Archipiélago, del cuerpo de voluntarios, que será en Filipinas, como lo ha sido en las Antillas, una columna firmísima y un nuevo é inexpugnable baluarte de la paz pública, de la integridad nacional y del honor de nuestra gloriosa bandera.

No se hará esperar—convencidos estamos—el restablecimiento del orden y el aniquilamiento total de esos grupos de revoltosos, que ya han recibido duro escarmiento; y por cuyo bien deseamos, siquiera esta esperanza se refiera solo al número

de engañados é ilusos, que depongan las parricidas armas, y acogiéndose al generoso y perentorio indulto, regresen al seno de sus hogares y familias; pero, por pronto que esta aspiración se realice, por poco que tarde esta leal ciudad en volver á su vida normal y en tornar la paz á los espíritus, ya los mártires del deber han sellado con noble y pródiga sangre su amor á la más santa de las causas, al más grande de los principios y á nuestra inmaculada bandera, haciendo tal circunstancia que cerremos estas líneas, á un tiempo con la confianza en el alma, la pena más amarga en el corazón, y el sollozo de una oración en los labios.

¡Honor á esos mártires de la Patria y á sus heróicos defensores; á los mártires y defensores de esta Patria que puede enorgullecerse de tener tales hijos; y que una pronta represión ahogue, hasta en su germen, los criminales intentos de semejantes perturbaciones criminales!





ORACION Y ENMIENDA

Al ilustre escritor D. Rafael Gomenge.

MALOS andan los tiempos para disquisiciones religiosas ó literarias cuando la agitación sustituye al recogimiento, reemplaza el fusil á la pluma, y habla el verbo sublime de la civilización y de los siglos por boca del pueblo más viril, de la tradición más alta y de la más grande nacionalidad histórica, depositaria de tan sagrados intereses inviolables, relampagueando la idea en los reflejos de la espada, y pronunciándose y escribiéndose con el fragor y el fuego de los cañones las triunfales palabras del pensamiento humano.

Y, sin embargo, hoy, como siempre, la

oración se impone; y si es á toda hora, para los séres elevados, necesidad suprema y alimento y confortación del espíritu, constituye en estos momentos signo diferencial, excepción honrosa, testimonio de conservada pureza é interrogación solemne, que no dejará el cielo sin contestar por medio de esas inspiraciones reveladoras que todo lo dicen sin palabras, y trazan, como con caracteres de fuego, en la conciencia nacional, que empieza en la individual y acaba en la colectiva, las líneas infranqueables del deber, los ásperos caminos del presente, y, con las intuiciones de la certidumbre, los senderos gloriosos del porvenir.

Habló, por fin, la muda esfinje y vomitó por su boca de piedra las voces inharmónicas y roncas de un fatalismo peor mil veces que el *Moira* pagano, porque es el fatalismo de la barbarie: hora es, por lo tanto, de que suba á los labios la plegaria noble y consciente del espíritu, que es un eco, aunque apagado y débil como humano, y una reminiscencia, de la palabra de Dios.

¡Dios! ¡Un Dios *creador, anterior y superior al mundo!* Siglos y siglos erró el mundo pagano presintiéndole, como divina

palpitación y excelsitudes de origen, en las profundidades del espíritu, sin que le fuese dado llegar á él ni en las resplandecencias de la verdad revelada, ni en la plenitud consciente de sus destinos, ni en las alas inmateriales y puras de la oración perfecta, que sólo puede dirigirse á ese Dios *creador, anterior y superior al mundo,* al Dios único y verdadero.

Así lo demuestran la Historia, el humano lenguaje, las teogonías y mitos y las formas mismas de la plegaria en los pueblos antiguos, teniendo en cuenta que la Historia es la conciencia de la humanidad, el lenguaje el verbo de la conciencia humana, y la plegaria el idioma universal y la comunión de las almas. Un poeta del Rig-Veda, eco remoto de los himnos arios repetidos por siglos en los valles de la Bactriana, exclamará "¡oh Dios, aguza mi entendimiento como el filo del hierro!" ó bien "meditemos sobre la luz del Creador divino", (tat, savitur varenyan bargo de vasya dhi mahi...); pediráse en un himno á Agni el *alejamiento de los enemigos;* en otro se dirá á la aurora, á Ushas, que *brilla semejante á una joven esposa,* ó se rogará á Varuna que retrase la entrada del que implora *en la casa de barro,* ó bien que

le libre *de la cuerda que le oprime por arriba, le deslíe la de enmedio y le quite la de abajo;* afirmará Firdusi que "la altura y la profundidad tienen su centro en Dios;" acertará Confucio al decir con inspiración verdadera "que la virtud nunca está sola," lo mismo que el incógnito brahman del Rig-Veda Sanhita, al prorrumpir "la palabra ha creado al mundo;" pero todas estas frases, himnos, fórmulas y plegarias sólo contienen indecisos reflejos y pálidas luces del gran resplandor de la verdad, como entre lobregueces inmensas pueden penetrar, sin iluminarlas, furtivos rayos del día; y son el balbucir de una filosofía, los pasos primeros de una moral y el vacilante silabeo de una oración.

En esas obscuras teogonías, en esos conceptos y aspiraciones supremas de las tres grandes agrupaciones histórico-religiosas del Asia, de Grecia y del Egipto, en que se divinizó todo lo humano y hubo de humanizarse todo lo divino, cabe de lleno la frase estampada por escritor insigne en que sintetiza que *todo era Dios, menos Dios mismo:* el dejo acre y materialista de aquellas creencias informes, en que de vez en cuando se eleva una idea con la majestuosa pesadumbre de una pirámide

en los lisos arenales egipcios, ó con la quietud contemplativa de la naturaleza que cubre las planicies y festonea las mesetas del Asia; ese sabor materialista y sensual sobrenada por cima de pensamientos y máximas, á las veces profundamente morales, y de los símbolos helenos, bien que recamados y cubiertos con los brillantes atavíos de la leyenda y de la fábula y coronados de nimbos luminosos por el poder del genio y la poesía: el concepto fundamental del Dios único fué para aquellos pueblos como una verdad entrevista y borrada, y un fantasma de la filosofía para los talentos superiores; la idea de la inmortalidad no tuvo, entre ellos, otro valor que el de un presentimiento confuso y una esperanza en el vacío.

De "Señor del universo, rey de dioses, y del cielo y de la tierra," apellida, por igual, el Veda á Indra y Agni, á Soma y á Varuna, y, consecuencia ó reforma el budhismo de la doctrina brahmánica, las representaciones simbólico-religiosas de Dyu y Prithivi, Vishnu y Varuna, Ushas y Kandra, sólo envuelven el concepto poli-panteista de la divinidad divisible, y el mismo símbolo y la propia teogonía el Zeus *hapantoon Kurios* de Píndaro, aquéllas con la

finalidad del *nirvana,* que es el nihilismo de la inmortalidad y del espíritu, con el pasional Olimpo la segunda, desde donde Febo,—á creer al buen Homero,—dispara las enherboladas flechas contra los infelices Aquivos; baja Minerva para asir, por encargo de Juno, á Aquiles de la rubia cabellera, á fin de calmar la tremenda cólera del héroe; ocupa Marte el agradable puesto de galanteador y guerrero; descienden los dioses todos para luchar al lado de los hombres, y *ellos* á realizar vivientes aventuras con ninfas y otras hermosas hembras terrenales, mientras *ellas* se solazan con mancebos gallardos, comunmente griegos;

"en la belleza sólo aventajados;"

y Juno pide su ceñidor á Venus, aquel ceñidor prodigioso formado por todos los encantos del amor, por la inquietud de los deseos, las ternuras de los amantes y la persuasión fácil y ciega, para así ataviada y en toda su triunfal hermosura, distraer largamente al viejo y enamoradizo Jove sobre las cumbres del Gárgaro, y ocultar á sus cansados ojos la victoria de los Argivos.

Más severa la teogonía del Egipto, el pais que es don del Nilo, según el histo-

riador de Halicarnaso, el pueblo misterioso simbolizado en la esfinge silenciosa y sepultado bajo sus templos, hipogéos y pirámides, ocultando durante siglos á las investigaciones de la ciencia, su vida y su historia en los soterrados papirus, en los relieves sepulcrales y en los geroglíficos solemnes, inspírase, asimismo, en los propios conceptos fundamentales que constituyen el sentido religioso de los remotos pueblos del Asia; aquella raza proto-semítica de espíritu melancólico y *tristeza instintiva,* dió forma á *Nou,* el Océano primordial, principio de las cosas; llamó *Ammon* al dios de las causas ocultas, *Imhotep* al centro de la inteligencia, *Phtah* al dios providente, *Osiris* al dispensador de beneficios, y todos ellos, combinados con el genérico *Ra,* se multiplicaron de manera y de tal suerte se trocaron sus cultos, que no logró el Egipto, como Grecia, un Olimpo nacional, y fueron tantos sus mitos y teogonías como el número de sus ciudades: divinizaron los astros como miradas de la divinidad; el sol fué el *usa,* ú ojo derecho, la luna el izquierdo; divinizaron el Nilo de polícromas aguas, materializando la idea é idealizando, como siempre, la naturaleza, y le llamaron *Seb,* dios

de los panes, y *Nepra,* que lleva en su vientre la ofrenda de los granos; y sólo en el *Libro de los muertos* pueden hallarse destellos de espiritualidad y resplandores de las grandes ideas de verdad, moral y justicia suprema, en las convencionales confesiones negativas en que afirma el que abandonó el mundo de los vivos, por la boca piadosa de éstos "¡Yo nunca maté! ¡yo no hice derramar lágrimas!"

Entre tantos dioses es inútil buscar á Dios; ni aquellos pueblos se encaminaban por el símbolo, á la unidad de la naturaleza divina, ni á la idea de la suprema unidad se llega por medio de la perífrasis gramatical de origen ario con que el pueblo heleno dió nombre á su divinidad mayor, tan diversa aquélla á la alteración interna de las raices monosilábicas que constituye la morfología de las lenguas semíticas: si *Diaus*, de la raiz *Dyu*, significa cielo, esplendor y día, fácil es remontarse á la formación y etimología de la palabra *Júpiter,* descomponiéndola en la propia raiz *diu*, igual á *iu* por la caida de la dental inicial, y en la palabra *piter,* debilitación de *pitar,* en sanscrito y *patar,* en la lengua madre del grupo ario, cuya primera sílaba *pa* envuelve la idea de pro-

tección y dominio, (de donde se derivan *pidar* en persa, *pater* en griego, *pater* en latin, *vater* en alemán, *vader* en holandés, *father* en inglés, *pére* en francés, y en italiano y en español *padre*). No llamamos nosotros á Dios *padre del dia,* sino Dios mismo, el Dios único, la causa primera, el supremo Sér, principio y fin de todas las cosas: si la expresión pierde en poesía y en imagen, gana, en cambio, en precisión, harmonía y homogeneidad esencial.

No es este Dios el dios símbolo, ni la divinidad mutilada y divisible de la leyenda y de la fábula: nó es parte ni suma de aquellos dioses que apostrofaba Catón, contradiciendo su injusto fallo con solemne y consciente protesta: no es ese dios moderno, determinista y ciego, que exige juramentos y pactos prestados en la sombra, y ata á sus adeptos con vínculos de sangre en templos de tinieblas, cuyos caminos de entrada son la abjuración de la voluntad y la anulación del libre albedrío, y cuyos tortuosos senderos de salida conducen al crimen, la deslealtad y la infamia: nó; es en vano pedir un Dios y una oración al mundo pagano, como es inútil pedir un Dios y una oración al pesimismo moderno; no está Dios

en el mundo del error; Dios no está en los antros, sino en los templos; el bien, la virtud y la justicia no están en las tinieblas, sino en la luz; y yo también, al sentir que involuntariamente sube á mis labios la plegaria, torno los ojos á mi primera edad y me siento transportado por dulces memorias y en las alas del espíritu bajo las altas bóvedas de piedra de la basílica sevillana; veo en sus luminosos altares, entre el brillo del oro amontonado por la piedad, y las espirales de humo del oloroso incienso quemado por la fé, la santa imagen de Cristo, del Ungido, clavado en la Cruz, muriendo por la redención del linaje humano, y ante ella caigo de rodillas exclamando desde el fondo del alma: ¡Oh Dios, á quien acaso olvidé, pero que nunca borré de mi corazón; en él vives y estás, y en Tí creo y espero y amo!

Ocasión es de orar, pero acaso no baste la plegaria: ocasión es de orar por la paz de la Patria y por el triunfo de las santas ideas y la salvación del espíritu humano, que marcha entre tinieblas; pero también es hora de redimirnos de nuestros pecados, tal vez perdonables, como inspirados en los fines generosos del progreso

y del bien: la oración purifica, pero aún más se fortalece el alma con actos de contrición sincera y propósito firme de la enmienda.





¡ADELANTE!



SÍ, de una parte, los reprobables sucesos de estos días han infiltrado hieles de pena y negruras de luto en todos los corazones; si un grito de condenación unánime y de indignación valiente se ha escapado de todos los pechos ante los miserables asesinatos perpetrados por una turba de cobardes y de salvajes, tan bien hallados con sus instintos de barbarie que en volver á ella, cifran su aspiración insensata, de otro lado ensánchase el alma con las plenitudes del entusiasmo ante el grandioso espectáculo de esta Patria sublime que, cercada de ingratitudes, que serán

un día baldón de este siglo y escándalo de las generaciones venideras, abrumada de infortunios inmerecidos, sumida en guerras costosas y lejanas, y coronada de dolores, con esa corona de espinas que cae tan bien en la frente de los pueblos redentores, despréndese de los brazos de hierro que pretenden ahogarla, revuélvese airada, aunque majestuosa y serena, contra peligros, traiciones y amenazas, contesta con robusto brazo en que la victoria relampaguea, á la agresión osada, mientras pisotea con sus plantas los asquerosos reptiles que arrastrándose sigilosos y ocultos intentan herirla, y extremeciendo con sus pasos el mundo y llenando el espacio con su nombre, abruma el americano continente con el número y el heroismo de sus soldados, los mares con el peso de sus potentes acorazados y cañones, y el universal asombro, con la suma de las mayores vitalidades y energías que vieron jamás los siglos ni soñó en registrar la Historia, ni contemplará la humanidad venidera, porque sólo España sabe convertir desdichas en grandezas, amarguras en entusiasmos, insultos en alabanzas, escaseces en abundancias, ciudadanos en soldados, lobregueces

en resplandecencias, mares contrarios en sendas de triunfo, y antros de rebelión en campos de gloria.

Y tan gran espectáculo, que para nosotros en fuerza de repetido deja de ser grande, contemplamos en estos momentos en Manila, y el mismo entusiasmo y el mismo ardor nos trasmite ese alambre que corre acostado sobre el fondo de los mares en las vibrantes palabras de sus sacudidas eléctricas: la Patria del heroismo y del valor,—no hacemos frases, nos las dan los hechos,—una vez más despierta y se apercibe á la ruda pelea; reposaba su espíritu en Filipinas sobre un lecho de rosas aderezado por la lealtad y oreado por brizas de secular confianza, pero deslizábase la serpiente entre las flores, y sonó la hora infausta de que la vigilia suceda al sueño, al reposo el acecho arma al brazo, y á la santa paz el ardoroso combate.

¿A dónde van esas turbas de insensatos y criminales? ¿de dónde nace tan inícua abominación? ¿qué esperan? ¿á qué aspiran? Márcanse con un hierro como las bestias; huyen de la luz y á espaldas de la ley y de los hombres honrados, congréganse en secretos conciliábulos como fo-

ragidos; protestan de lealtad sin el valor de una convicción y una idea, al par que realizan la traición nefanda; viven de la confianza y de los medios que les otorga la Administración ó se enorgullecen de los cargos públicos que el Gobierno les confiere, y desde sus cerradas viviendas hacen fuego contra nuestros valientes soldados; asesinan á mansalva, caen como salteadores sobre inermes mujeres y niños indefensos; profanan, sacrílegos la santidad de los templos; saquean como merodeadores en cuadrilla los conventos y haciendas, obligan á los débiles á seguirles, y huyen ante nuestras tropas y se esconden en los montes como pelotones de ciervos apiñados por el miedo; su compromiso es un juramento salvaje, su pacto es un pacto de sangre bárbaro y primitivo... ¿Qué son, pues, esas gentes? ¿Son séres humanos ó fieras que sienten la nostalgia de los montes y las guaridas? ¿Les ofende la luz de la civilización? ¿Son hombres de la edad de piedra en cuyos sentidos obtusos no hacen mella los dulces y divinos rayos de la santa religión del Crucificado? ¿Son séres refractarios al derecho?

Si asi fuera, trataríase del caso más

inopinado y peregrino de atavismo colonial; si les inducen inspiraciones extrañas, merecen, además del castigo, la execración universal; si les ha inducido lejano ejemplo, merecen dura represión y largo desprecio; en esta algarada absurda, quebrantada en horas por el valor de nuestras tropas y que muy pronto pertenecerá al número de esos recuerdos tristísimos que parecen reminiscencias de ingrata pesadilla, si existen jefes ó instigadores cobardes ocultan temerosos su miserable nombre: tal vez arrojaron al aire la criminal semilla escondiendo la temblorosa mano, y de todos modos no tienen en el corazón esa fibra valiente ni en el alma ese fondo donde yace, como en sagrado santuario, la idea del honor, que hacen al hombre sostener con energía sus creencias y presentar al peligro la cara.

Pero la civilización los condena, proscríbelos el derecho humano, los sentencian las leyes divinas, y el noble pueblo filipino, este pueblo secularmente español y profundamente religioso, los rechaza de su seno, como á hijos espurios y desleales: como en un alma sola, se ha erguido imponente la indignación en todas las almas como un pecho sólo, se han sentido he-

ridos, en sus más hondas fibras, todos los pechos; ser español, sin distinción alguna de nombre, posición ni origen, equivale en estos momentos á ser soldado, y los voluntarios de Manila semejan numeroso enjambre de combatientes, aún más fuertes que por su número, por el temple de sus almas; barrio por barrio y sección por sección, ellos son hoy auxiliares de nuestro ejército y garantía del orden público: nuestra ilustre autoridad Superior, secundada por generales y jefes también ilustres, multiplica su actividad, dicta las órdenes y regula los medios para el restablecimiento inmediato del perturbado sosiego: cada momento suena el nombre de un héroe, de un valiente ó de un mártir, ya el del valeroso General Echaluce, que, en un solo combate, desbarató las hordas amontonadas en San Juan del Monte, y del pundonoroso General Aguirre, ya el de los jefes Sres. Togores, Aguirre y Pintos que bizarramente combaten y vuelan de uno á otro peligro; ya el del animoso sargento Quiroga, el de nuestros hermanos de la cabecera de Nueva Ecija, salvados después de tenaz defensa, por la oportuna llegada de las fuerzas leales, el del infortunado Capitán municipal de San

Francisco de Malabón, víctima de su deber y de su acendrado amor á la Patria, el de los leales Valencia y Rosario, salvadores de nobles existencias comprometidas y el de los desgraciados oficiales asesinados villanamente en Imus, Naic y Noveleta, arrastrando en horrorosa catástrofe á sus desoladas familias; de uno á otro momento empezarán á arribar á estas playas—ya han llegado algunas—las importantes fuerzas hoy menos necesarias en Mindanao; y ya navegan con rumbo á estas islas, desplegando al aire la triunfal bandera oro y grana, nuevos y poderosos buques de guerra y brillantes batallones de nuestro admirable ejército; y como si aún esto fuera poco y en espera sólo de la señal de la marcha, más batallones todavía, rápidamente organizados por el insigne General Azcárraga, hijo preclaro de este suelo, y millares de voluntarios están dispuestos, si preciso fuese, á venir en ayuda de los leales, á aventar hasta las cenizas de todo gérmen traidor y á arrollar todo obstáculo con el no domado impulso del nacional coraje, y el incontrastable empuje del aliento español.

¡Honor y aplauso al insigne caudillo de Peña-Plata y á los esclarecidos generales

y jefes, al ejército entero, cuyos pechos y cuyas armas son el depósito y la salvaguardia del nombre nacional! ¡Honor y aplauso al Batallón de voluntarios, en cuyas almas palpitan el alma y el valor de España, y lágrimas y laureles á las víctimas del deber, y amparo y protección á sus más que infortunadas familias!

¡No haya más que una voz; España y adelante! ¡Que la nación que graba en su pecho, con indelebles caracteres, el amor á sus leales hijos, haga ver que también sabe escribir, en los giros del aire, las palabras sumisión y respeto, con el fuego de sus cañones! No es ésta sólo obligación ineludible que nos imponen nuestro nombre, nuestro deber y nuestra gloriosa tradición, ni á esto sólo responden los repetidos actos de abnegación y grandeza que, en estos momentos, prodiga nuestro pueblo: sabido es ya que nuestra carrera de triunfos es tal que la gloria es española.

Pero no es esto sólo: son el alma de Europa y el espíritu del derecho y de la gran civilización universal y cristiana, los que van delante de nosotros y nos señalan el camino, como pueblo elegido, mostrándonos, cual columna de fuego, nuestra enseña sagrada y victoriosa: no nos

contemplan, como á los ejércitos napoleónicos, cuarenta siglos desde lo alto de las pirámides de Egipto, que desmorona el tiempo, sino que el espíritu humano, todos los siglos que escondieron en su seno el desarrollo de la civilización y de la vida del planeta, el pasado, el presente y el porvenir, pronto á enjuiciarnos, nos contemplan desde las cumbres de la Historia.

No cabe, pues, más que un grito:

¡España y adelante!





IMPRESIONES



CON razón se ha dicho que el movimiento progresivo de la humanidad interrumpe su avance por retrocesos periódicos, aunque no se entorpece, por ello, su marcha definitiva: la vida universal tiene, como el mar y como el espacio, sus mareas, y estas son las que constituyen el flujo y reflujo, la acción y reacción que forman, con sus opuestos hilos, la urdimbre de la Historia y establecen las leyes fundamentales de las razas y de los pueblos.

Pero si el retroceso se explica como un punto forzoso de parada de un cuerpo ó de una masa puestos en movimiento y que repentinamente detienen su impulso,

no ofrece la Historia ejemplos de regreso al punto de partida, y menos cúando en éste sólo espera á la humanidad, inmóvil en los linderos del progreso, vencido por su propia inmovilidad é inercia, el error que ya ha sido objeto del repudio de la ciencia, de la condenación expresa de la verdad y la razón, y de reprobación unánime, de la suprema reprobación de la conciencia universal y del entendimiento colectivo.

Y en este caso se hallan los muertos principios del abate de Pradt, y las desacreditadas doctrinas de la secta de los *Kanownothings,* que desaparecieron hace más de treinta años y que han pretendido resucitarse en nuestros dias por el mismo pueblo norte-americano á propósito de la rebelión cubana, en la que no habrán influido poco las flamantes teorías lanzadas á la insaciable voracidad intelectual de ambiciosos y descontentadizos, ilustrados á medias, con el pomposo título de *derecho colonial,* y de sistema moderno de jurisprudencia, por Burlamaqui, Bentham y Bluntschli, jefes de una escuela que nace en el absurdo y en el absurdo se ahoga, falta en su gérmen lógico del aire respirable de las ideas, pues no se con-

cibe cómo la razón, siquiera sea en limitadas agrupaciones modernas, ni en términos de alucinación y extravío, ha podido por un momento admitir que sean las fuentes del derecho, es decir, de los principios más sagrados é inviolables, no la verdad, la bondad y la justicia, sino la voluntad y la utilidad individual, la felicidad del hombre, entendiendo por esta felicidad el mayor número de sensaciones gratas, ó lo que es lo mismo, el concepto más brutal, materialista y grosero de la ventura humana.

Cómo se han abierto camino esos principios, no hay que preguntarlo; como se lo abren siempre las ideas falsas vestidas con el trage deslumbrador de la satisfacción de los apetitos, entre las masas esclavas del instinto y los ambiciosos semicultos apoderados del error como de arma formidable: hay entendimientos que se inclinan ante el absurdo porque no tienen álas para remontarse hasta la verdad, y en este caso se hallan los pueblos y las colonias que no han llegado á la plenitud de la civilización.

Pero, necesario es decirlo, á la faz de este siglo que espira deshonrado en los brazos espantables de rebeliones salvajes

y criminales guerras; el derecho no separa sino que une á los hombres en la totalidad de los fines sociales; la verdadera libertad no desata, sino que ata los sagrados vínculos de la familia humana; es atentatoria á la razón, al derecho, á la moral, al progreso, á la dignidad de la inteligencia y á los grandes destinos y al bienestar de los pueblos, toda teoría que diversifique y disgregue, en vez de agrupar y unificar; es atentatorio á la justicia, á la moral y al derecho todo regionalismo que no tienda los brazos á la gran idea de la patria, una, total é íntegra, primero, y á la alta idea de la humanidad y de la solidaridad de los pueblos, después: la unidad y el amor podrán acercarnos, en lo posible, á ese ideal supremo que consiste en la conquista del bien, la paz y el progreso, señalados por Dios al hombre como término de su peregrinación por la tierra; los exclusivismos ruines, los errores utilitarios, las ambiciones tapadas con el manto de libertad y filantropía, los errores difrazados de santa verdad expuestos al fervor inconsciente de ignorantes masas ó agrupaciones criminales, la desunión, la discordia y la insensata rebeldía, ahuyentarán cada vez más, cubriéndolo

de negros y dolientes crespones, el perseguido fantasma de la fraternidad humana.

Estas tristes consideraciones nos sugieren, y estas amargas impresiones nos causan los lamentables acontecimientos que nos rodean y que serán á estas horas escándalo de Europa y del mundo civilizado, y oportuno parece consignarlas porque las armas se rechazan con las armas, pero las ideas se rechazan con las ideas: no ama á la humanidad el que no empieza por amar á la patria; no ama á los pueblos el que no empieza por someterse á las leyes; no ama á Dios el que empieza por violar el derecho; y Dios, la patria y las leyes son el fundamento histórico, el inmutable principio racional que dan origen á la suprema aspiración de los pueblos, que es el sentimiento de la unidad colectiva.

Y estas ideas y estos principios, que no pueden morir, representa Europa en sus expansiones históricas coloniales, é impulsan á la indestructible nacionalidad española en su misión providencial y en los altísimos deberes humanos que no ciertamente para bien suyo, sino para bien de estos pueblos, cumple en América y en Oceanía: el negarlo sólo es testimonio de perversión y ceguedad; atentar á ellos es

evidente prueba de increíble ignorancia ó de demencia suicida: y de todas suertes, la noble Patria que aquí trajo el sagrado depósito de la fe divina y de los conocimientos humanos para derramarlo como bálsamo de vida en los negros senos de la barbarie, marchando entre desconocidos campos con la Cruz y la espada en sus vencedoras manos y en su frente la luz de las grandes ideas, avanzará sin detenerse, aunque bordée abismos de deslealtad, la envuelvan sombras de traición, y huelle sendas de ingratitud: no es un pueblo, no es una nación conquistadora, no es la fuerza, los que avanzan, aquí como en todos los confines del planeta en que hay que alzar una ley, cultivar un suelo y redimir una raza; es el espíritu inmortal del linaje del hombre, son los inmortales reflejos del pensamiento universal, es, en fin, en toda su plenitud y grandeza, el supremo ideal de la civilización humana.

Nunca ha marchado la civilización por senda de flores, pero el insensato obstáculo es sobrado impotente para detener su paso, y las zarzas del camino servirán sólo para causar ligeros rasguños en las plantas del coloso.



NO HAY MAL

QUE POR BIEN NO VENGA.

LOS acontecimientos actuales han sido para todos, leales hijos del país y peninsulares de más ó menos larga residencia en él, una dolorosa sorpresa y una verdadera revelación: nadie podía presumirlos; persona alguna pudo lógicamente preverlos. Desde el descubrimiento de estas tierras, España atendió solícita á la evangelización y á la educación moral é intelectual del indígena, dotó al archipiélago de una organización prudente y de una Administración adecuada, y dictó sábias leyes, que han imitado para sus colonias otras naciones: pasados aquellos tiempos y señaladamente

desde hace veinte años, los poderes supremos se creyeron en el caso de adoptar para estas islas, leyes ámplias y asimiladoras por nadie reclamadas ni por la cultura de este pueblo exigidas, tales como el Código civil, alguno de cuyos títulos hubo de quedar, por fortuna, en suspenso; el Código penal, en que, de soslayo, quedan consignados los derechos más importantes que contiene la Constitución del Estado, aquí no vigente, como la inviolabilidad del domicilio, las querellas contra la autoridad civil y otros de la misma índole; la institución de los jueces de paz, funesta para los mismos pueblos y para el ordenado funcionamiento del poder judicial, porque ha sembrado en aquellos ambiciones y discordias, creando un puesto codiciado y en ocasiones peligroso para el mecanismo gubernamental y un prestigio más en clases que no gozan de la preparación ni de la capacidad necesarias para ejercerlo; y, por último, la reorganización municipal de 1893, precipitada consecuencia del Real decreto de 12 de Noviembre de 1889, y que si ha venido á crear un grupo de doctrina local, que antes no existía, lo ha verificado rompiendo los vínculos de la unidad legal, emancipando á los

tribunales municipales de la saludable tutela moral del Párroco y de la eficaz dirección de los Jefes provinciales, con tan contraproducente sentido de independencia económica y efectiva autonomía, que sólo podían producir el amargo fruto y los deplorables resultados que todos conocemos, utilizándose aquella independencia por inteligencias mal educadas incapaces de penetrar los altos fines de la ley, en organizar insensatas rebeldías contra la integridad de la Patria, en allanarla á sugestiones perversas de agentes cobardes y mediadores desleales, y en convertir el local mismo que debía ser el sagrado de los intereses comunales y el antemural de los intereses del Estado, en antro de asquerosas juntas ilícitas y en negro conciliábulo de traiciones nefandas, tatuages groseros y pactos infames y sangrientos.

Esta ingratitud increíble ha obtenido la Patria generosa que con una anticipación precipitada pero disculpable por lo magnánima, dictó semejantes leyes pretendiendo elevar estas islas al rango de los más civilizados pueblos; esa recompensa ha logrado la Nación que con amor ilimitado sólo ha propendido al bien de Filipinas,

al desarrollo desinteresado de su riqueza por medio de leyes sobre la propiedad, de Exposiciones en la metrópoli, de Exposiciones regionales, de leyes sobre enseñanza primaria, de segunda enseñanza y de facultades universitarias; ese pago ha alcanzado la Patria que no ha dejado jamás sin larga recompensa cualquier mérito naciente, ni la menor significación social, colmando á los hijos de este suelo, como á predilectos hijos, de los más altos puestos de confianza y de honor, prodigándoles siempre sus más ambicionadas dignidades.

Y no se nos diga que la probada lealtad de la mayor parte del pueblo filipino quita eficacia á nuestras palabras, que están de sobra justificadas por la extensión del mal y las ramificaciones del alevoso complot que, aún descubierto á tiempo, deja huellas imborrables de sangre generosa: no se nos diga que el insensato movimiento tenía limitados fines, porque es falso y porque no caben tales limitaciones entre españoles, y allá donde esté un sacerdote de nuestras Ordenes, allí está España y la representación completa de nuestra fe, de nuestras creencias, de nuestra civilización absolutamente cristiana y de los sagrados intereses nacio-

nales: conviene consignar esto muy alto, y desenmascarar el grosero fraude, para conocimiento de los tibios ó los incautos.

Los pueblos que se hallan distantes de una cultura general, no pueden responder á la altura y amplitud de ciertas leyes, y necesitan otras que se adapten á su limitación y á su inferior estado, y ésta, para honra suya, es la opinión de toda la prensa del archipiélago: esos pueblos no se reforman por disposiciones de sentido liberal, ni ván donde debieran ir, sino á donde los llevan; y forzoso es á toda conciencia española confesar, en presencia de los sucesos actuales, que, si no lo es, á lo menos parece aterradora verdad que han pasado tres siglos de civilización sin dejar huella de su paso, tres siglos de predicación evangélica sin penetrar en ciertos corazones que resultan de piedra, tres siglos, en fin, en que no ha logrado abrirse paso el glorioso idioma castellano, pero si se han abierto camino en pocos años el masonismo absurdo, las reuniones secretas, las ingratitudes inícuas, las ambiciones mezquinas, las predicaciones criminales, y los pactos de sangre y rebeldía.

El momento, es, por lo tanto, decisivo; y ojalá Dios ilumine á nuestra Nación y

á los Poderes supremos en la acertada elección de los medios, y en la supresión de tantas cosas inútiles y de tantas leyes perjudiciales; el despertar ha sido terrible, gravísima la revelación, costosa la enseñanza, tan costosa como que está sellada con sangre inocente y heróica de indefensas víctimas, de sacerdotes venerables, de valientes oficiales y soldados de nuestro ejército, y sólo este mal irremediable puede convertirse en el bien del porvenir, si la lección se aprovecha en lo sucesivo como el patriotismo, la previsión y la prudencia aconsejan, y, á nuestro entender, en la forma que dejamos consignada.

Con esta opinión nuestra parece que coincide el vigoroso despertar de la Patria, que, aún afligida por la costosa guerra de Cuba, renueva su vitalidad y revela sus inagotables energías, poniendo en rápida movilización esos miles de soldados que navegan para estas playas y que dentro de breves días compartirán con el bizarro ejército del archipiélago, así peninsular como indígena, las satisfacciones del cumplimiento del deber, los triunfos del valor y las glorias de la lealtad.

Ya lo hemos dicho antes de ahora: el archipiélago debe reorganizarse sobre la

base de una robusta constitución militar y un vigoroso poderío marítimo; más poder efectivo y menos leyes reformistas; más religión y menos masonería; más bayonetas y menos imprudentes libertades.





LAS ULTIMAS NOTICIAS

A nadie que se precie de previsor pueden haber sorprendido las noticias últimamente recibidas acerca del acuerdo del Senado norte-americano, favorable al reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos de Cuba, ni el suceso, con ser poco grato para nuestro espíritu nacional, reviste la importancia que le atribuyen, tal vez, los que se dejan llevar de las primeras impresiones ó caen, por contrariedades que eran de presumir, en pesimismos irreflexivos.

Falta á aquel voto del Senado, la sanción presidencial, que pudiera convertirse en veto absoluto; pero, aunque así no

sucediera y no hay todavía motivo para admitir esta hipótesis, el reconocimiento de beligerancia de que se trata, si no es propicio á España, menos favorece á la nación que lo adopta, y, en forma alguna modifica esencialmente el estado actual de las cosas, si es que no se trata, con insensato é inutil orgullo, de atentar á los principios elementales del derecho internacional.

Cierto que la declaración de beligerancia cabe sólo en contiendas entre Estados soberanos é independientes, ó cuando, dentro de un mismo Estado, en lucha civil y fratricida, las fuerzas se equiparan, y la razón y el derecho y hasta la seguridad exterior de otras naciones reclaman que la balanza se incline en determinado sentido: cierto que pugna con la justicia, con la Historia y hasta con la conciencia universal, un reconocimiento de beligerancia hecho ó intentado á favor de hordas criminales de incendiarios y asesinos vulgares, fuera del derecho de gentes y consagrados sólo á huir á la vista de nuestras bizarras tropas: cierto que el hecho, si á realizarse llega, resulta ridículo si se le considera á través de la impotente y abatida insurrección cubana; parece producto

de pueril alarde ó de lastimosa decadencia moral, si se le compara con los gloriosos timbres y la positiva grandeza del pueblo norte-americano; visos tiene de inexcusables olvidos, de inconsecuencias inexplicables y hasta de ingratitud nacional, si se recuerdan amistades juradas, ofrecidos concursos, y protestas recientes; y constituye, por último,ináudito atentado histórico contra el generoso y gran pueblo latino, que con su espada victoriosa, su fe sublime, su ardiente génio y su pródiga sangre descubrió, el primero, el ignorado continente y sus abyectas y salvajes razas, restituyéndolos á la civilización y á la humanidad, y escribiendo con caracteres inmortales, las sobrehumanas palabras de Dios, regeneración, dignidad humana, conciencia y libertad, ante la faz de los asombrados pueblos y de los venideros siglos, sobre las ásperas cumbres y la virgen corteza del hasta entonces irredento suelo americano.

Pero por estas causas, y por otras de larga enumeración, que no escaparán á la perspicacia de nuestros lectores, el acuerdo del Senado americano, es, sobre injusto, contraproducente, como lo demuestra la explosión de simpatías que noticia tan es-

tupenda ha producido en toda Europa en favor de nuestra querida y heróica Patria; y el sólo anuncio de la aspiración de aquella Cámara, ha despertado aún más, si cabe, las energías del pueblo español y las previsiones del Gobierno Supremo, en la forma que revela la poderosa escuadra que, en breve plazo, marchará á situarse en el canal de Bahama.

Y debe tenerse presente que el objeto del envío de esa potente escuadra no puede ser otro que el completo bloqueo de las costas de Cuba, ni olvidarse debe que la declaración de beligerancia que motiva estas líneas, no releva á la gran república norte-americana de sus sagrados é inviolables deberes internacionales, y antes al contrario, define de manera clarísima su obligada neutralidad, y despeja, de una vez, la situación de España frente al conflicto cubano y á sus antes encubiertos amparadores. Como es sabido, el Estado neutral tiene forzosamente que abstenerse de todo acto que revista el menor carácter de apoyo á uno, cualquiera, de los beligerantes, y no sólo ha de retraerse de todo auxilio directo ó indirecto, sino que debe prohibir y evitar todo acto de esa naturaleza que tenga el carácter colectivo de

expedición de gente y de embarque de armas y municiones de guerra, á no ser que la violación de la neutralidad obedezca á comprobadas causas de impotencia ó imposibilidad absoluta; pero para evitarlo se establece el bloqueo, al que no se exige más que la condición de ser efectivo; y establecido ese bloqueo, sábese ya que el contrabando de guerra empieza en el momento en que un buque se hace á la mar conduciendo carga ilícita, y que el barco que vióle la linea de aquél, puede ser perseguido aún en alta mar: y, repetimos, que aún reconocida la beligerancia por los Estados-Unidos, tiene el deber la gran república de no tomar parte directa ni indirecta en las hostilidades, ni realizar acto alguno que ejerza la menor influencia sobre la rebelión.

La famosa doctrina de Monroe, que fué en su tiempo, formulada contra el principio de intervención proclamado por la Santa Alianza, desnaturalizada hoy por interpretaciones egoistas, entra, como se ve, en el camino del descrédito, y otra gran república, Francia, como toda la poderosa Europa, la repudia y la rechaza: las consecuencias, pues, de los sucesos anunciados en los últimos telegramas aún

necesitan confirmarse; sólo pueden envolver, en el orden probable de las cosas, que no contamos con apoyo alguno, ni acción, ni amistad por parte de Norte-América, y poco importan, ni los necesitamos, ni los pedimos, seguros de que en camino de obstáculos, más grandes serán nuestro triunfo y nuestra gloria.

Conforta nuestro espíritu la contemplación de las viriles energías del pueblo español; poco le parece el torrente, ya derramado, de su sangre y su dinero; considera como escaso esfuerzo haber enviado á los campos de Cuba ciento cincuenta mil combatientes, que son otros tantos héroes y otros tantos firmísimos baluartes de la honra patria y de la integridad del territorio, pues para ello les basta con ser soldados españoles; no cree bastante el fabuloso número de barcos construidos y en construcción, que representan una gran parte de la fortuna nacional; y lejos de ser necesario excitarle para despertar su viril patriotismo, hay precisión de calmarle, para que no estalle el volcán que arde en cada pecho: nuevos miles y miles de soldados irán á la gran Antilla, si fuere preciso á su pacificación y á su defensa, y si hiciese falta mayor escuadra y bar-

cos auxiliares de guerra, cada provincia española armará un buque en corso y se llenarán los mares de América con nuestros hechos, con nuestro heroismo y nuestro nombre; y si llegare el caso—que aún no podemos suponer—de ocurrir el conflicto, firme en su derecho, amparada en la justicia de su causa, y fuerte en su inacabable energía y en su insuperable valor, con la conciencia en Dios, el alma en las alturas del deber, el corazón á la altura del heroismo, y la mirada en la Historia, España,—y apenas cabe en la expresión toda la grandeza española,—España, repetimos, todavía una vez más sería digna de sí misma.

Hay pueblos donde todo bajo instinto y toda mezquina ambición tienen su asiento; y hay pueblos inmortales, designados por Dios para las justicias de la Historia y el triunfo inviolable del derecho; y en verdad que hoy más que nunca, no ya tenemos á orgullo, sino que consideramos como insigne honra ser españoles; y al comulgar en espíritu y en unión inquebrantable con nuestros heróicos hermanos, al devorar nuestra impaciencia en espera de nuevas noticias, deseamos que sea aún más elocuente que lo que decimos lo que

callamos; y proscribiendo de nuestra pluma todo juicio prematuro y todo alarde innecesario y estéril, nos inspiramos, y así lo aconsejamos á nuestros lectores, en la mayor prudencia y templanza, que son también virtudes que, más que vanas palabras, responden á la verdadera grandeza de los pueblos.

4 Marzo 1896.





ACTO GRANDIOSO

DE tal debe calificarse el de bendición y entrega de la bandera del Batallón de Leales Voluntarios de Manila y del estandarte del Escuadrón de caballería, ayer realizado con la mayor pompa y solemnidad en la Santa Iglesia Catedral ante numerosa y escogida concurrencia; acto realzado por la presencia del ilustre caudillo de Peña-Plata, de los veteranos generales Echaluce, Rizzo, Martínez Garde y Aguirre, de las autoridades civiles y del Ayuntamiento bajo mazas, y el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo; y para que nada faltase en él, embellecido por muchas y distinguidas damas de nuestra

sociedad más selecta, doblemente hermosas por el noble sentimiento de la Patria en sus semblantes reflejado, y por el castizo atavío de la airosa mantilla española, y el lazo, al pecho prendido, con los vivos colores nacionales.

Nunca ha visto Manila, jamás hemos presenciado nosotros acto más imponente ni espectáculo más conmovedor: aquellas nutridas y marciales compañías de improvisados pero bizarros soldados de la Patria, extendidas bajo las anchas naves del templo, aún así incapaces de contenerlas, y humilladas ante el Dios Todopoderoso para que bendiga sus empresas y santifique su valor, como es santificada la noble causa para cuya defensa han ofrecido su sangre y sus vidas: aquellas vibrantes voces del órgano repercutiendo por los cerrados ámbitos como buscando salidas por donde subir al cielo en sonora plegaria; el recogimiento silencioso y la fervorosa piedad con que fué oido el santo sacrificio de la misa; los acordes de la marcha real española con que fué saludada, al alzarse, la Sagrada forma; el entusiasmo que á todos como corriente eléctrica, nos sacudía, más impetuoso y mayor cuanto más contenido; todo contribuía

á imprimir desusada solemnidad al acto, que será memorable en los fastos de Filipinas; y no hubo allí un solo español,—seguros estamos,—que no sintiese crecimientos en el corazón y engrandecida el alma, y que no jurase ante las aras del Dios único, firme amparo siempre y segura guía de nuestros ejércitos triunfadores y ofendido por las salvajes y descreidas hordas rebeldes, ante la imágen de la Patria, cobarde y alevosamente herida, y ante el altar de la propia conciencia, justamente indignada, verter hasta la última gota de su sangre y morir, si preciso fuere, bajo los pliegues de nuestra inmortal bandera.

Terminada la ceremonia y bendecidas y entregadas á cada cuerpo las hermosas enseñas, nuestro venerable y querido Prelado, con voz velada por la emoción, pero con palabra elocuentísima y serena, dirigió á los voluntarios una sentida y patriótica alocución en que el pensamiento religioso y cristiano no fué obstáculo á las resplandecencias del santo amor nacional que le inflama y que supo comunicar á sus electrizados oyentes.

De ese hermoso discurso recordamos estos dos párrafos, que algo se asemejan á los que salieron de boca del Sr. Arzobispo.

"Ya habeis demostrado que no fué entusiasmo del momento vuestro alistamiento en las filas, nó: fué más que eso, fué la llama del amor patrio que ardió en vuestro corazón de españoles; fué la decisión que siempre muestra la hidalga raza castellana para defender su Patria y su Religión, para vengar los ultrajes á ellas inferidos por malvados que sólo alientan las más ruines pasiones; fué que vísteis maltratados á inocentes niños, mancillado el honor de nobles matronas españolas, asesinados cobarde é insensatamente valientes soldados y dignísimos ministros del Señor; fué todo eso, y, al sentir el ultraje, al conocer la ofensa, quisísteis demostrar que no es España quien aguanta ultrajes ni ofensas, y habeis formado en esas filas cuando las circunstancias eran más críticas para defender la honra de la Patria y morir por ella si necesario fuera."

"Ya está escrito el prólogo, nobles voluntarios, ya habeis escrito el prólogo: España espera que con vuestros actos, con la conducta que lleveis, con los brillantes servicios que estais prestando y que os sentís llamados á llevar á cabo, España espera de vosotros que lleneis una página de la historia, y la llenais ya, y las lle-

nareis porque lo están diciendo vuestros semblantes y porque sois españoles."

El desfile, que se verificó ante el átrio del templo, desde el cual le presenciaron el Excmo. Sr. Capitán general, Ayuntamiento y autoridades, fué magnífico; los movimientos del brillante batallón de voluntarios, formado en columna de honor, admirables y precisos y lo mismo los del Escuadrón que manda el Sr. Bores Romero cuerpo de gran lucimiento, excedido sólo por los importantes servicios prestados desde el primer día en que estallaron los reprobables sucesos actuales.

Al ver aquel núcleo numerosísimo, aquellas escogidas fuerzas de entusiastas españoles, que, más que voluntarios de ayer, parecen aguerridos veteranos: al contemplar en sus rostros serenos y graves, en su marcial continente y en su arrogante marcha, huellas de contenida indignación, miradas en que relampaguean decisiones y energías antes dormidas y hoy de pronto reveladas; y en todo el gallardo conjunto ese sello especial del nativo valor heróico, que sólo espera ocasión generosa y noble empleo, no puede menos de sentirse orgullo de nuestra excelsa nacionalidad, reconociendo, con entusiasmo, que en todo

español, aún bajo el traje civil y la honrosa toga late el admirable soldado, y que es inmortal, indestructible y sagrada la Patria que tiene tales hijos.

Concluido el desfile, que resultó brillantísimo, el Sr. Hévia dirigió á los voluntarios la sentida arenga que previene la ordenanza, en estos términos:

"Señores: Todos los oficiales y soldados que tenemos la honra de estar alistados bajo estas reales banderas que Dios Nuestro Señor se ha dignado bendecir para protegernos en todas nuestras adversidades, y auxiliarnos particularmente contra los enemigos del rey y de su real corona, estamos obligados á conservarlas y defenderlas hasta perder nuestras vidas porque se interesa el servicio de Dios, la gloria del rey, el crédito del batallón y nuestro propio honor; y en fé y señal de que así lo prometemos *Batallón: preparen las armas apunten; ¡fuego!*"

Luego el batallón de voluntarios hizo las descargas de honor en la plaza de Moriones y rompió filas, y el escuadrón fué espléndidamente obsequiado, en el edificio que le han cedido los Padres Agustinos, con un abundante *lunch*.

Más diríamos sobre el grandioso acto,

pero nada puede agregarse á la elocuente y conmovedora alocución que ha dirijido á los voluntarios el insigne general Blanco, en hoja impresa que se ha repartido con profusión: con ella, como con broche de oro, cerramos estas líneas. Dice así tan notable documento:

EJÉRCITO Y CAPITANÍA GENERAL

DE FILIPINAS.

Voluntarios:

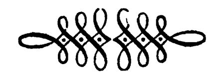
Acabáis de realizar el acto más grande y más trascendental de cuantos puede llevar á cabo un ciudadano armado: el juramento de su bandera; juramento sagrado y solemne que imprime sobre el alma del que lo presta una huella que jamás se borra.

Cierto que todo español amante de su Patria está obligado á defender la bandera nacional y que siente latir involuntariamente su pecho al contemplarla; pero esa noble sensación se extrema y sube de punto cuando esa bandera es la propia, la que jurada después de bendecida se convierte en enseña venerada del cuerpo á que colectivamente pertenece, en el que instantáneamente se despierta hácia ella el amor más vehemente, que lleva hasta

el sacrificio á los que bajo sus pliegues se cobijan y convierte en héroes hasta morir en su defensa á quienes fueron momentos antes tranquilos y pacíficos ciudadanos.

Seguro estoy de que todos, presa todavía de emoción tan noble, os sentís llenos de entusiasmo hácia vuestra preciosa enseña y que deseais en el fondo de vuestros pechos ocasiones en que combatir y vencer para coronarla con el laurel de la victoria, que no dudo obtendréis si llegara el caso de poner á prueba vuestro valor y vuestra firmeza, contando siempre para defender esa bandera y ese estandarte y morir, antes que por nadie sean hollados, con un voluntario más en vuestro General en jefe.—*Ramón Blanco.*

Manila, 26 de Septiembre de 1896.»





SALUDO

MUY en breve entrará en puerto el vapor *Cataluña,* que conduce á estas playas el primer batallón de las fuerzas españolas que vienen á aumentar nuestro bizarro ejército, no para colocar más alto, porque esto no cabe, el heroismo de nuestros soldados, sino para confirmarlo con esos repetidos actos de valor y de abnegación que son hoy, como en anteriores siglos, el asombro de las naciones.

Innecesario parece que formulemos la menor excitación acerca del recibimiento entusiasta que debemos hacer, que sin duda haremos, á esos valientes hermanos que han cruzado los mares á impulsos del deber y en alas del patriotismo más ardiente,

y que al sumar sus incontrastables alientos con el esfuerzo de los soldados que hoy defienden en esta prolongación de la Patria el honor nacional, harán irresistible el empuje de nuestras armas.

Por muy entusiasta que sea el recibimiento á nuestros hermanos, nunca será lo bastante; nuestro entusiasmo dará la medida de nuestras energías, de nuestra perfecta unión y de nuestra vitalidad, y demostrará, á la vez, que no se ha entibiado en nosotros, por la distancia y por la ausencia, el santo amor de la Patria, que por ellos sentido con igual ardor, les conduce hasta aquí. Los que, en presencia de los actuales acontecimientos, han sabido unirse, como un hombre sólo, en una sola y suprema aspiración; los valerosos soldados que comprobando una vez más sus sentimientos de honor y firmeza, han batido y dispersado, en repetidos combates, á esas hordas salvajes que son á un tiempo afrenta de la civilización y escándalo del leal pueblo filipino; los bravos marinos que han hecho tantas veces morder el polvo á esas turbas desenfrenadas de incendiarios y asesinos, con el hierro de sus cañones formidables; los pundonorosos voluntarios que han compartido durante un mes

con las sufridas tropas los más penosos y arriesgados servicios, ofreciendo bizarramente en aras de la Patria su sangre generosa y su vida; la adicta población de Manila, todos concurrirán al acto, ninguno faltará á la solemne cita.

¡Cómo se ensanchará, ante tan grandioso espectáculo, todo corazón español! Esos héroes que llegan son los herederos legítimos, los guardadores fieles de aquel gran espíritu nacional que animaba á los viejos y famosos tercios de Flandes, aquella irresistible infantería española que jamás clavó sus picas en la arena ni se volvió, sin la victoria: los hijos son de aquellos capitanes que allanaban ciudades poderosas, abatían enemigos heróicos y cautivaban reyes: son los descendientes de aquellos soldados legendarios que en Bailén y Ocaña deshicieron los ejércitos más aguerridos de Europa, humillando en el polvo las orgullosas águilas del último César; los mismos son que en Coliseo y Cáscarajícara, en Siguanéa y Peralejo asombran hoy al mundo con el alto ejemplo de las más nobles virtudes militares, del arrojo inconcebible, del ardor patrio, de la incomparable constancia, y del tesón y la firmeza española.

¡Venid, llegad, apresuraos, que son muchos y brillantes los triunfos que os esperan! ¡Numerosos y envidiables los días de gloria que os aguardan! ¡Llegad y que os veamos, con orgulloso júbilo, unidos en fraternal abrazo con este ejército valiente, con estos bizarros voluntarios, que escasos por el número, pero muchos por el corazón, han sido inexpugnable baluarte del honor nacional! Cierto que no venís á combatir con extrañas legiones de militar prestigio que dan altísimo precio á la victòria, ni con invasor ejército que huella el nacional territorio en guerra que no excluye el respeto al ciudadano ni al derecho de gentes; cierto, asimismo, que no venís á luchar con tenaz ènemigo que defiende un propósito descabellado y absurdo, como sucede en los rebeldes campos cubanos, porque aquella insurrección, acaso muy en breve vencida, obedece á una idea criminal é insensata, y ni esta triste calificación merece la rebeldia que presenciamos y que os sólo un crimen sin idea; pero no por eso vuestra gloria será menor: venís á abatir la barbarie más asombrosa que registran los fastos de la Historia, y la ingratitud más infame que registran los fastos de la humanidad; venís

á humillar una bandera satánica, que, en su ciega soberbia, ha pretendido alzarse frente á la cruz del Crucificado y frente á la invicta enseña de oro y grana; venís, por último, á combatir por el honor nacional que es el mismo, y uno, indivisible y sagrado en todas partes.

¡Venid, pues, y llegad á estas tierras que os colmarán de bendiciones, como vuestros hechos os colmarán de gloria: un caudillo ilustre agobiado de laureles, y generales valerosos os llevarán á seguras y sucesivas victorias! ¡Y vosotros, soldados de este bizarro ejército, valientes marinos, decididos voluntarios, leal pueblo de Manila, alfombrad de flores el camino que han de recorrer los héroes que llegan, y ensordeced el espacio con vuestros vivas de entusiasmo!

Flores, colgaduras, coronas, y vítores por muchos que fueren, serán débil y mezquino anticipo á cuenta de los que esos soldados sabrán conquistarse: si hoy les cubrís de flores, sus hechos los cubrirán de inmortalidad; su valor, de triunfos; su heroismo, de laureles.

¡Honor y gloria á los valientes que llegan!



LA INFANTERÍA ESPAÑOLA

NO caben sus glorias, ni aún reducidas á somera descripción, en volúmenes enteros, ni el más hábil resumen evitaría la magnitud de la empresa; deber nuestro es, por lo tanto, reconocer nuestras escasas fuerzas, y declararlo así al comienzo de estas líneas que dicta el entusiasmo.

La Infantería española, reconocida por todos los historiadores como la primera del mundo, y en igual forma ensalzada por los escritores militares de autoridad mayor, nace en los famosos tercios formados durante las guerras de Italia, y en nación alguna tuvo, como en España, el carácter de una institución secular, de

tal modo respetada y selecta y con tal organización permanente, que esto hubiera bastado para constituir el secreto de su superioridad, si ya no fuera bastante la sobriedad, que "viene á ser en el soldado español, —como afirma escritor extraño,— una cualidad que admira á los capitanes extranjeros", ó lo que estampa el capitán Barahona en carta dirigida al Rey, en 1562, esto es, el ser los españoles "de su natura la gente más robusta, más belicosa y más codiciosa de honra de todos."

"La plaza de soldado,—dice el mismo historiador extranjero,—era una propiedad, de que no se podía desposeer sino por condena: no había licenciamiento ni retiro: el soldado sentía el mismo pundonor é inspiraba el respeto mismo que el oficial: muchos soldados eran antiguos oficiales; veíanse en las filas ora capitanes reformados, ora maestres de campo caidos en desgracia, bien caballeros de órdenes militares. La profesión parecía bastante honrosa por sí misma para que no fuera necesario desear grados y distinciones. De aquí aquella solidez, y podría decirse también, delicadeza del tercio español: era un sér robusto que se conducía por el amor propio y se satisfacía con la gloria."

Así era, en efecto: Alonso de Céspedes, héroe de romances, fué soldado, y el invicto emperador Cárlos V se inscribió, como soldado raso, en la compañía de su capitán Antonio de Leyva: pueblo que así entendía y practicaba las virtudes militares, había de ser invencible; ni podía ser de otra suerte la nación que, apenas constituida en verdadera nacionalidad por la reunión de los antiguos reinos iba, á realizar tales hechos que mereciesen de la posteridad este juicio aún más glorioso por único y con ningún pueblo compartido: "mientras se desarrollen en el porvenir los anales de la humanidad, será honor de los españoles haber conservado, por el espacio de diez siglos, la misión de defender contra las razas inferiores la civilización europea."

Menester era, para empresas tales, un pueblo de singular vitalidad y energía, y un ejército de organización incomparable, cuyo principal nervio fuese la infantería más poderosa; es decir, hombres de acero, y un estado permanente de fuerza que asegurase la supremacia militar: sólo así se comprenden las epopeyas sublimes de Granada y de Oriente, el vencimiento de los moriscos y los triunfos en Italia y

Flandes, el descubrimiento y conquista de un continente, las expansiones nacionales en esta región oceánica, y la perpetuidad de una época heróica que no se ha cerrado todavía.

Y tantos son como aquellos triunfos, las glorias inmarcesibles de la Infantería española; así es como un puñado de catalanes y aragoneses subyuga el imperio de Bizancio, cruza la Grecia en triunfal paseo y lleva sus atrevidas plantas al Asia: así doscientos infantes contienen y humillan en Mers-el-kebir el empuje de un ejército de veinticuatro mil hombres; así en Maestricht el gran Alba, no ya derrota, aniquila con escasas tropas, un ejército de treinta mil alemanes; así Alejandro Farnesio en Gembloux, con unos cuantos tercios españoles embiste al ejército de los estados flamencos, mata, como el rayo, seis mil enemigos cogiéndoles banderas y artillería, con pérdida de siete soldados; así, con parecida pérdida en las llanuras de Doullens, Fuentes destroza las huestes de Turena, "sin que quedara un soldado enemigo para llevar la noticia;" y en todas estas y otras mil gloriosas batallas, luchan los tercios invencibles dominados por la santa idea militar de que *la vic-*

toria nunca viene sola; nadie mira *el soldado que cae, sino el que está más adelante,* y en la certidumbre de la fuerza propia, en la confianza inalterable del empuje del infante español, en la embriaguez del triunfo continuado, la voz de los capitanes heróicos sólo sabia decir "¡hombro con hombro y adelante!" y al que vacilaba un momento, cualquier valeroso compañero le gritaba con el ardor del entusiasmo y el entusiasmo de la fé castellana, "que no cortase el hilo de la victoria."

Digna ha sido la Infantería española, en los modernos tiempos, de tan gloriosas tradiciones, y su egregia continuadora: sin ejércitos y sin caudillos sorprendieron á España, á principios del siglo presente, las tropas de Austerlitz y Jena; pero improvisáronse legiones, las abruptas sierras vomitaban guerrilleros, y soldados las llanuras inmensas de Castilla: midiéronse en un principio las contrarias fuerzas con fortuna vária, hasta que rehecho y aguerrido el infante español, realizó la nueva y grandiosa epopeya que empieza en los campos de Bailén, prosigue en los llanos castellanos, y termina más allá del Garona, á donde llegó destrozando á Soult, en To-

losa, la gente española, como ola incontrastable y desbordada.

Cercanos están los hechos de nuestra última guerra nacional, la de 1859 en Africa, en que se hicieron famosas las cargas á la bayoneta de nuestra admirable infantería, que, como ejemplo quedaron de irresistible empuje militar, para noble imitación de otros ejércitos: en el ataque á la bayoneta se contrasta el vigor físico, el empuje impetuoso y el valor personal del soldado; así en la batalla de Wad-Rás hízose memorable la brillante carga de los cazadores de Cataluña y de Madrid, ante la que huyó espantada la morisma, como la no menos vigorosa del batallón de Ciudad-Rodrigo, en el mismo hecho de armas, cuando le cercaban hormigueros de tropas marroquíes; de igual gloria se cubrieron los cazadores de Arapiles frente á Sierra-Bullones, los de Barbastro, en el Serrallo, y los batallones de Arapiles y Llerena, Toledo y Castilla, resultando en varias acciones, según el insigne Alarcón y el voto de los oficiales extranjeros que iban con nuestras tropas, que la infantería española "había eclipsado á todas las del mundo, por el orden, brío, ligereza y marcialidad del ataque".

Cuánto podemos esperar de infantería tan brava, lo demostrarán dos hechos con que terminaremos estas líneas, que no pueden aspirar á conclusión más elocuente: el 30 de Diciembre, mientras se trabajaba en *el camino de Tetuan*, el enemigo, que nunca se hacía esperar, ataca tenazmente al batallón de Ciudad-Rodrigo, el cual se defiende hasta que se le acaban las municiones; recibe, entrada la noche, las municiones necesarias... pero son de diferente calibre: *¡No entran! ¡No entran!* gritan con desesperación los soldados. *¡No importa!*—claman los jefes—*¡Nos sobran armas! ¡A la bayoneta!* Y como una avalancha cae el batallón arrollando á los moros.

Cerca de Tetuán, en acción reñidísima, el general O'Donnell, el caudillo de valor más frío, impasible y sereno, presencia un impetuoso y brillantísimo ataque á la bayoneta, de los batallones heróicos de Simancas, Toledo y la Princesa, Saboya y Chiclana; y ante el espectáculo grandioso, se desborda en su alma el entusiasmo, espoléa su caballo y *bajo un diluvio de balas,* métese por entre las tropas gritando: "¡Viva la Infantería española".



NUEVA EXPEDICIÓN

NO cumpliría el más grato de mis deberes, ni obedeciera á los impulsos más altos é imperiosos de todo corazón español si hoy no dirigiese entusiasta saludo de bienvenida á los dos brillantes Batallones de Cazadores que, conducidos á estas playas por el trasatlántico *Isla de Luzón,* hemos visto desfilar hoy gallardamente por las calles de esta leal ciudad, entre vítores inacabables y no contenido y patriótico entusiasmo, y bajo triunfales arcos y espesa lluvia de flores.

Sean bienvenidos estos nuevos y valientes hermanos, á cuyo empuje varonil,

á cuya asombrosa constancia y virtudes militares, que hacen del soldado español el más admirable y el primero de los soldados, confía nuestra nación heróica la pronta represión y castigo de estos crímenes insensatos de ingratitud y rebeldía, el honor inmaculado de nuestras armas, la integridad sagrada del territorio, y la inmediata pacificación de este pedazo de tierra española: ellos, sumados al leal y valeroso ejército indígena y á los bizarros batallones anteriormente llegados á estas islas, bien alto pregonan que sólo requieren la ocasión y necesitan sólo el tiempo indispensable para convertir esa esperanza en cumplida y espléndida realidad.

Días son estos, como el de hoy, de gala para españoles pechos, aunque las causas que ponen en movimiento tan repetidos millares de bravas tropas, la penosa lucha que las espera con el triunfo cierto y brillante, y el espectáculo, aún en pié, de esa insolente rebeldía sin ejemplo en la Historia, sin precedente en los tiempos, y sin justicia ni motivo, aparente siquiera, con que pueda arrostrar el fallo de la conciencia universal, ni ofrecerse al juicio de los pueblos civilizados, cubran aún de luto, por las inmerecidas amarguras de la Pa-

tria, nuestro corazón de hijos amantes y leales.

No hace aún dos años consagrábase España, al amparo de una paz lograda con sacrificios costosos, al restablecimiento de su Hacienda y al desarrollo de su prosperidad, afirmando cada vez más y sobre indestructibles bases, el imperio de la justicia y de las leyes, no sólo en la metrópoli sino que en toda la extensión de sus territorios coloniales; nadie habrá olvidado la aspiración que entonces hubo de dibujarse en los horizontes de la política en el ideal tan generoso como utópico del *presupuesto de la paz,* soñado por estadista eminente, pero bien pronto los sucesos de Melilla y el grito de rebelión lanzado en Cuba disiparon el utópico sueño y nadie habrá olvidado lo ocurrido desde entonces; el apoyo dado á aquel crimen de lesa humanidad, de lesa civilización y de lesa Historia, por un pueblo que se llamaba amigo y que se considera grande, y la serie de infortunios sin tregua sufridos y heróicamente soportados por la nación, infortunios y conflictos que tienen epílogo miserable en los tristes sucesos que nos rodean.

Grande fué la sorpresa: ¿nos supusie-

ron postrados? Doscientos mil hombres, el más poderoso ejército colonial, puesto jamás en movimiento por nación alguna de Europa, respondieron á la insidiosa duda, ocupando los campos cubanos, y asombrando al mundo con su número, su organización y su valor; ¿trataron de intimidarnos con ajeno poderío marítimo? Escuadras de primer orden, numerosas y potentes, aparecieron como por arte mágica sobre los mares azules, como creadas por un soplo de la voluntad nacional; ¿nos creyeron empobrecidos? El oro español á torrentes vertido les contesta; ¿con tales y tan gigantes esfuerzos nos supusieron agotados los que han urdido la inícua rebelión que presenciamos? Pues esos bravos batallones, esos millares de hombres que desembarcan sin tregua apenas, llenos de esfuerzo vigoroso y delirantes de entusiasmo; los que ya navegan ardorosos para esta tierra, española pese á quién pese, y que se disponen á cruzar los mares al llamamiento de la Patria, llevarán al ánimo de los ilusos y los rebeldes, con el más triste desengaño, la confusión y el miedo, haciéndoles comprender que hay un altar á España en cada corazón español, y en cada español un soldado; que en nuestro

pueblo es igual el número de los soldados al de los héroes, y que vivirá la Patria respetada de sus cobardes enemigos en tanto que sobre la haz de la tierra aliente un solo español.

Los que, en cumplimiento de los deberes sagrados, entre los cuales vuestro patriotismo ocupa el primer lugar, habeis abandonado Patria, hogar y familia, dejad puesto á las más grandes esperanzas en vuestro corazón, porque el llanto de vuestros padres, de vuestras esposas y vuestros hijos se convertirá en breve en cánticos de gloria, y soñad sólo en el amor delirante de la Patria cuando os torne á ver vencedores, y en el abrazo sacrosanto, y en las lágrimas de júbilo de esas hoy dolientes madres y esposas, cuando, enagenadas de alegría y de orgullo, os estrechen de nuevo entre sus convulsos brazos; hoy les basta saber que venís á defender la tierra que pisarán sin rubor vuestros hijos, y el honor que hace tan sufridas como heróicas y únicas sucesoras de las espartanas á las damas españolas.

Soñad también en que, por vuestro esfuerzo, la vieja y heróica nación que nos dió la vida, saldrá de esta prueba convertida en potencia militar y en potencia ma-

rítima de todos respetada y tal vez designada por providenciales fines á grandiosos destinos.

Dispuestos á la paz, nos han compelido á la guerra y á la lucha torpemente, porque la guerra ha sido siempre para España el principio de su grandeza, y para el pueblo español sólo es la lucha el principio de la victoria.





LA ARTILLERÍA ESPAÑOLA



A en cercana fecha, cuando se hallaba próximo á pisar estas playas el brillante Batallón de Infantería de Marina que á ellas condujo el trasatlántico *Cataluña,* dirigió á tan bizarras tropas entusiasta saludo en bien pensado y erudito artículo el Sr. Leygonier, en el que se trazaba rápidamente la historia de aquel instituto militar, historia heróica eslabonada de triunfos que son otras tantas glorias españolas.

Pero, inspirándose en las necesidades del país, revelando una vez más esa pasmosa vitalidad que no reconoce límites, esas energías que nunca se agotan, ese

ideal caballeresco y legendario del honor, que son, á estas horas, asombro del mundo entero y atónita sorpresa de nuestros cobardes enemigos, la Patria nos envía, en continuos y vigorosos refuerzos, nuevos soldados que sofoquen este cráter de supina barbarie que ha estallado bajo nuestras plantas, nueva y generosa sávia, nueva, valiente y nutrida juventud española, en tan repetido número, que no parece sino que sierras y llanuras, desde la risueña Cádiz hasta los abruptos Pirineos, en sus cimientos conmovidas, otra misión no alcanzan que arrojar de su seno millares y millares de defensores de la integridad nacional, y que es España entera hormiguero inmenso de ejércitos y soldados: y al contemplar hoy, con los ojos arrasados en lágrimas de alegría y el corazón acelerado por oleadas de gloria y latidos de delirante entusiasmo, ese bravo Batallón de Infantería de Marina, que ha desfilado por nuestras calles, entre vítores ensordecedores, y bajo espesa lluvia de flores y laureles; al ver en sus rostros el congénito enardecimiento, en sus tostadas frentes los fruncimientos de la ira, y en sus ojos relámpagos de valor próximo á herir como el rayo y anticipadas promesas

de victoria, no podemos menos de saludar por segunda vez en tan bizarros soldados, á los herederos legítimos y á los continuadores en Filipinas de las gloriosas tradiciones de S. Marcial y Espinosa, Galdame y las Muñecas, Montejurra y Viana.

Hoy debemos, sin embargo, especial saludo de bienvenida al pelotón de valientes artilleros, primeros de cuerpo tan escogido que pisa esta tierra hasta ahora tan leal, desde que empezaron los actuales y tristes sucesos, pléyade nobilísima y jirón glorioso de la historia patria que mereciera excepción laudatoria, si cupiesen diferencias en un ejército como el nuestro, en que son realidad asombrosa, por manera tal que parecieran tocar los linderos de la leyenda ó de la fábula, sin la repetición constante y la continuidad no interrumpida, la unión firmísima en el deber, el culto inmortal de la gloria, la hermandad en el sacrificio, y la comunidad del valor.

Es, pues, la historia de ese brillante Cuerpo, que mereció el dictado de Real, la historia incomparable del español ejército de todos los siglos, y empieza en Coin y Loja, Zagra y Baños, Bentome y Málaga, para continuar en Gerona y Za-

ragoza, Consuegra y Tarragona, Alcañiz y Talavera; detiénese con orgullo en las avenidas del parque de Madrid, para recoger los ilustres nombres de Daoiz y Velarde y escribir la más brillante página de heroismo que registra el mundo y grabar la más grande de las fechas en los fastos militares, la del eterno 2 de Mayo de 1808, honra y júbilo é ira y pena de todo corazón español; y resurge en Africa salvando brazo á brazo y al filo del machete los cañones que vomitaban la muerte sobre la feroz é inmensa morisma, continuando otra serie de hermosas páginas aún abiertas al heroismo y á la gloria.

Orgullo de ese Cuerpo son los nombres de Ramírez de Madrid, el que rindió á Málaga; Pedro Navarro, asombro de Italia, que comparte los laureles con el Gran Capitán; Cristóbal Lechuga, terror de Flandes; Fuentes, el triunfador del arrogante francés Villars; Belidor y Bayarte, soldados é inventores, iniciador el último de los cañones reducidos, en cuya teoría palpitaba el gérmen de la artillería moderna; Pezuela, el vencedor de Viluma, y otros mil de veneranda memoria.

Como todas las armas é institutos mili-

tares en España, la Artillería tiene por historia la historia de las guerras nacionales, por timbre, los timbres de la Patria y por fama, la resonancia de los siglos, llegando su nombre á tal altura que un siglo inmortal, el XVI, el de nuestros mayores triunfos en Francia, Italia y Flandes, está lleno con el prestigio y los hechos de los artilleros españoles.

Por eso, al ver deshojar á las damas de Manila flores y laureles al paso de los herederos de tanta gloriosa tradición, hoy columna firmísima, con la brava infantería, del honor sagrado y de la inviolable integridad nacional, hemos recordado las grandezas pasadas, las memorias añejas, los triunfos heróicos de la Artillería española, que son garantía sobrada de los triunfos presentes, del renovado heroismo y de las grandezas venideras del cuerpo, honor y orgullo de nuestro ejército.

Flores y laureles de primaveras infinitas nunca serán bastantes para coronar una fecha grandiosa, el Dos de Mayo de 1808, en que dos artilleros y un puñado de valientes salvaron con su imitado ejemplo á España y á Europa del yugo extranjero, é hicieron ellos solos que la gloria tomase, para los venideros siglos,

carta de naturaleza española: las aguerridas columnas de Napoleón, cayeron deshechas ante el fuego de aquellos cañones, sagrados para la Patria, y batallones enteros del invasor enemigo rindiéronse prisioneros á un grupo invencible de sesenta hombres, estrellándose los vencedores del mundo contra aquellos pechos de acero, y sin que nada pudiese en las numerosas huestes francesas la embriaguez del contínuo triunfo contra aquella embriaguez del honor.

Desde entonces, por Decreto de 7 de Julio de 1812, ó mejor dicho, por traducción en hecho felicísimo de la aspiración nacional, y reflejo de la arrogancia española, los nombres ilustres de Daoiz y Velarde figuran como vivos, ¡y vivos están!, en las revistas de nuestro glorioso ejército, y al ser nombrados, el jefe de mayor autoridad contesta: "¡Como presentes, y muertos gloriosamente por la libertad de la Patria, el 2 de Mayo de 1808!"

¡Honor al cuerpo de Artillería que tiene tales tradiciones! Laureles y coronas aguardan á los héroes: la gloria espera nuevos nombres para darlos como presentes á los venideros siglos en la conciencia nacional y en los anales del heróico ejército español.

———=———



EXPEDICIONARIOS

MUY entusiasta y cariñosa la tributamos al bizarro Batallón de Cazadores, á la aguerrida Artillería y al brillante Escuadrón de Caballería que, conducidos desde la Madre Patria por el trasatlántico *Colón,* hoy han desembarcado en estas playas; á esos valientes hermanos que llenos de patrio ardor y del arrojo incomparable de la raza española, vienen á hacer patente, una vez más, á los leales hijos de este Archipiélago la solicitud y el amor de la nación gloriosa que los cobija bajo su bandera, y á hacer sentir á los desleales y traidores todo el peso de la indignación y de las energías nacionales.

Bien habrán conocido esos bravos soldados, al contemplar el recibimiento entusiasta que les ha hecho Manila entera; al pasar bajo los triunfales arcos que particulares, gremios, corporaciones é institutos militares han alzado en su honor; al sentir la lluvia de flores á su paso arrojadas, y al oir las interminab'es aclamaciones y los delirantes vivas de que han sido objeto, todo lo que de su esfuerzo se espera, y que esta leal población, en que les saludan sus hermanos, vé en ellos los héroes del inmediato día y los vencedores indiscutibles de mañana; bien habrán conocido, al sentir en sus frentes el beso de despedida y el maternal y doliente abrazo de la Madre Patria, la pena con que los ha visto alejarse de su seno amoroso, y cuanto no vale y significa el honor nacional cuando á tal sacrificio se sobrepone; bien habrán comprendido, al descubrir la manifiesta espectación de Europa, que el mundo entero los contempla con renaciente admiración y renovado asombro, y hay que hacer ver al mundo todo que en el asombro y en la admiración quédase siempre corto cuando se trata de soldados españoles; y bien medirán lo que reclama esa bendita ban-

dera roja y gualda en que campean castillos y leones, esa enseña que la Patria confía á su indomable esfuerzo, y en que el soldado mira el dorado brillo de los hechos inmortales, el sacrificio heróico de la sangre propia y el símbolo del combate, en que todo español debe ser fortaleza en el resistir y león en la acometida.

No hemos de repetir ahora—aunque son tantas que es difícil empresa enumerarlas y aún más difícil incurrir en repeticiones—las glorias tradicionales del cuerpo á que pertenecieron Daoiz y Velarde, ni los innumerables laureles de la invencible infantería española; ya en reciente ocasión, al saludar á anteriores tropas expedicionarias, hemos recordado el esplendor de pasados días por hechos heróicos de aquellas armas: hoy, por vez primera, pisa tierra filipina la Caballería española, y en verdad que también ella, para responder á su historia, á su prestigio y á su nombre, para alzar, una línea sola, sus timbres, ha de excederse á sí misma.

Hechos inmortales tiene ante sí, que le sirvan de ejemplo y guía: obra suya fué uno de los más grandes triunfos que registra la Historia, la batalla de S. Quintín, en que siete mil ginetes españoles, á

las órdenes de Manrique, destrozan las huestes de Montmorency y hácenle, con seis mil soldados más, prisionero; mátanle en la gloriosa jornada otros seis mil hombres y les toman cincuenta banderas: llenas están de iguales historias las páginas de las guerras de Francia y Flandes; famosa es la carga de nuestra Caballería en Gravelinas, en que quedó deshecho el ejército del mariscal Termes; y la de Gembloux, en que Alejandro Farnesio aniquila el ejército de Goignies: un hecho insigne señala, en nuestra guerra de la Independencia, la cumbre más alta del heroismo, á que no ha llegado nación alguna; el denodado general de Caballería D. Martín de la Carrera concibe el temerario proyecto de sorprender al general Soult en la florida Murcia, ocupada por numerosas tropas francesas; fáltanle algunas tropas á esa cita de la muerte, pero no se arredra, y penetrando con cien caballos por las calles de la ciudad, sucumbe heróicamente, cansado el brazo de matar enemigos.

¿Ni quién ha olvidado los hechos gloriosísimos de nuestra caballería en la difícil campaña de Africa? ¿Quién habrá olvidado la brillante carga del escuadrón

de Albuera, en el combate reñidísimo de Samsa, la terrible del mismo escuadrón en la batalla de Vad-Rás, la de los Húsares de la Princesa en la batalla de los Castillejos, en que rebasan los ocultos fosos, penetran como irresistible avalancha en el resguardado campamento moro, hieren, matan, aniquilan, y tornan, según la frase sublime de Alarcón, con la palma del martirio en una mano, y en la otra la palma de la victoria, y en las manos del heróico Pedro Mur el disputado estandarte arrancado á la morisma? ¿Quién ha olvidado la carga de Villaviciosa en Cabo Negro, la de los Lanceros en Guad-el-Jelú, en que se arrebata con la victoria á la caballería marroquí otra bandera mahometana, y la de los escuadrones de la Reina y Príncipe en el Reducto de la Estrella, cuando cayeron como un huracán sobre la famosa Guardia Negra, deshaciéndola cual si fuese un montón de pavesas hacinadas?

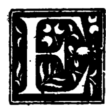
Pues éstos son los hechos y éstas las glorias de que ha de ser, el escuadrón que llega, con el que aquí existe, continuador en Filipinas, hechos y glorias que por igual enaltecen á todos los soldados españoles, á los *soldados rojos,* como los lla-

maron en Flandes cuando, rompiendo las líneas flamencas y dejando tendidos mil doscientos enemigos en el campo de batalla, salieron en Flesinga cien combatientes desplegada la triunfal bandera y bañados en la ajena sangre y en la propia.

¡Honor eterno á la gloriosa nación española! ¡Bien venidos sean sus hijos valerosos! Y al saludarlos hoy desde el fondo del alma, séanos permitido consagrar un recuerdo á tantas nobles madres y esposas españolas que, con el corazón deshecho, los han visto alejarse de sus hogares; séanos permitido hacer votos fervientes por la pronta terminación de las dos inicuas guerras de Cuba y Filipinas, y por la paz permanente y duradera,—pero después de un triunfo tal que la eleve al rango de potencia de primer orden,—de esta infortunada, hidalga y generosa España, que altiva, fuerte, inagotable y bendita, contesta á la traición con innumerables ejércitos y con gigante heroismo á tanta infamia.



LA LEALTAD



ES una de las grandes virtudes españolas, y los hechos que ha inspirado, desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, pueden contarse en la historia patria por el número de los actos de heroismo y especialmente por aquellos que, aún siendo frecuentes, ostentan el sello de lo extraordinario. Ni es la lealtad legendaria y caballeresca del pueblo español una de esas cualidades que caracterizan aisladamente y sin conexión con otras propiedades é ideas á una raza, porque no existe la lealtad sin el concepto del honor, en tan alto grado concebido por la inteligencia, que lo convierte en la

limpidez y pureza del alma; y naciendo de este ideal individual el ideal que se traduce en el sentimiento colectivo, es fuente de las nacionalidades históricas, porque éstas no aparecieron por la determinación sola de las agrupaciones geográficas ni por los dictados efímeros de la conquista y de la fuerza, sino por la solidaridad y los vínculos morales de las razas, por la comunidad de origen, la unidad de pensamiento, la comunión de principios fundamentales, la igualdad de los medios para la realización de los fines sociales y la identidad en sus finales destinos.

Pero el fin supremo de las nacionalidades no es sólo la conservación y la defensa de la vida social, y menos en aquellos pueblos elegidos por providenciales designios para la custodia y la difusión de los eternos principios en que se desenvuelve la vida humana; á tales pueblos corresponden los maravillosos descubrimientos geográficos, las sublimes epopeyas históricas, el triunfo de las creencias religiosas y la conquista moral de los espíritus, el imperio del derecho y la difusión, por todo el mundo conocido, de la civilización, que es lo que da origen justo,

providencial y legítimo á las expansiones coloniales; porque los pueblos más apartados y desconocidos, más atrasados y embrionarios, por un derecho superior á todos los derechos, que es el supremo derecho humano, forzoso es que entren en la corriente de la vida universal y de la común cultura, y no pueden ser, ante la indiferencia, que sería criminal, de las naciones más adelantadas, patrimonio de la barbarie.

Para tales empresas requiérense grandes nacionalidades, y éstas no existen sin extraordinarios hechos históricos, ni estos hechos se realizan sin grandes ideas y virtudes eminentes; por eso, sin duda, arraigaron una y otras—no lo decimos nosotros, la Historia lo proclama—en la sobre todas grande, sobre todas gloriosa, nación española; y de ahí el ideal caballeresco, la notoria hidalguía castellana que ocupan las mejores páginas de la literatura universal; de ahí el pueblo varonil en que un vasallo animoso, Rodrigo Díaz del Vivar, toma juramento á su rey Alfonso VI de ser inocente de la muerte de Sancho II el Fuerte, monarca tan ambicioso como infortunado; de ahí el gran pueblo en que otro caudillo, Guzman, arroja

el cuchillo con que ha de ser inmolado á su lealtad su hijo propio, objeto de todas sus esperanzas y de su amor; de ahí el heróico pueblo que ofrece á la admiración del mundo la lealtad legendaria de un Arias Gonzalo; de ahí, en fin, el pueblo glorioso en que caudillos y soldados, conquistadores y sacerdotes, capitanes y descubridores, con lealtad acrisolada y con fe sin límites, vencieron y conquistaron, evangelizaron y descubrieron tierras y razas, islas y continentes, sin asomos de ambición personal, para dominios de sus reyes, para gloria de Dios y para grandeza de España.

Producto es ese gran pueblo de las virtudes individuales que son la base de la energía nacional y de la fuerza colectiva, al comienzo enumeradas; sin la lealtad no puede haber noción del deber, que es fuente del valor y del heroismo; no cabe el heroismo, que envuelve en sí la idea del sacrificio personal, sin el amor de la Patria y sin el altísimo concepto del honor, que tiene ya preclaros orígenes y ha de referirse á las más elevadas ideas del alma, sin las que su existencia sería un simulacro y una sombra sin consistencia; origen divino, porque divinos son los con-

ceptos del bien, de la justicia, del honor y de la virtud, y haciéndose voz de la conciencia nacional, así lo expresó uno de nuestros más grandes poetas afirmando

"que el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios."

Mentira parece que ideas tan grandes y nobles, honra y gloria, no ya de España, sino de la humanidad, hayan podido debilitarse en cerebros enfermos, emponzoñados con el virus de principios absurdos que sólo sirven para dejar el alma sin creencias, el corazón sin sentimientos generosos, el entendimiento desnudo de toda idea levantada, y la sociedad entera, sin Dios, sin fin y sin objeto, entregada sin fuerzas al caos, al ciego acaso de las groseras funciones materiales, y á los crímenes horrendos de la desenfrenada anarquía.

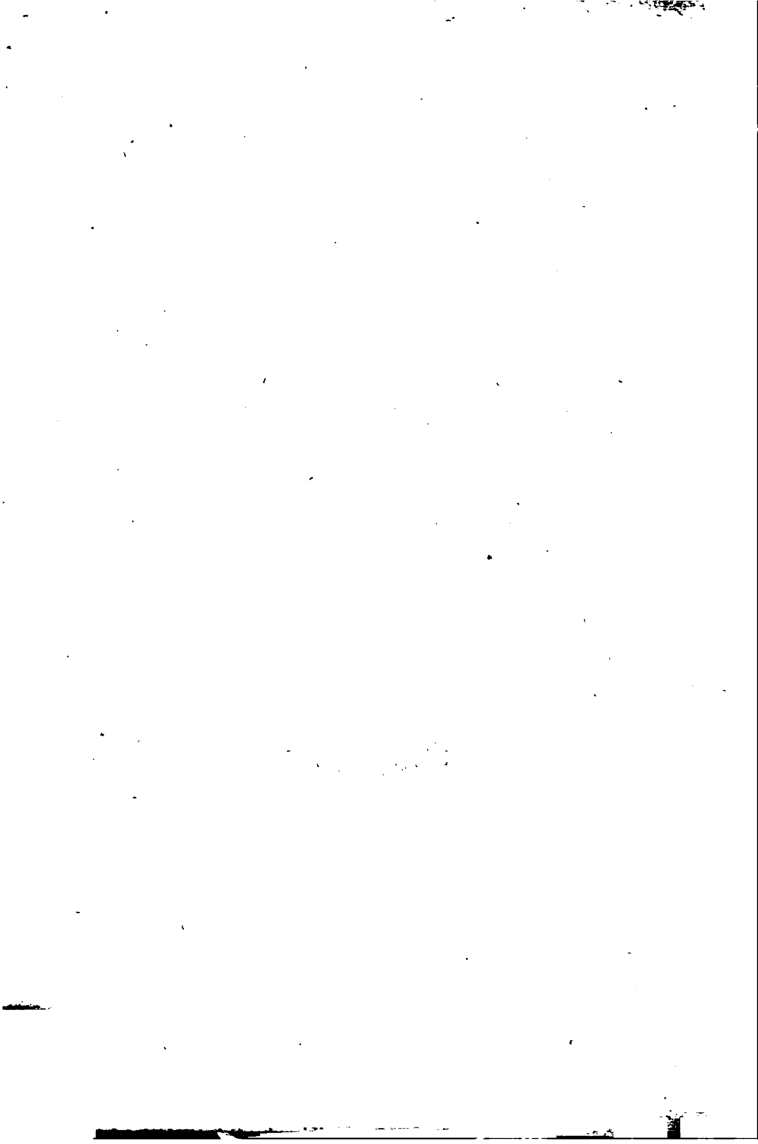
Preciso es decirlo uno y otro día: entablada está la lucha y renovada la contienda entre la civilización y la barbarie, entre los disolventes principios del infecundo racionalismo materialista y los eternos principios salvadores del cristianismo, cuyo manto augusto guarda en sus pliegues luminosos el gérmen íntegro de los

sucesos venideros y los futuros destinos de la humanidad. Las teorías materialistas conducen sólo al envilecimiento de los pueblos, al embrutecimiento del sér humano y á la absurda negación y aniquilamiento de su inmortal espíritu; los que se hallan en la pendiente, al borde del negro y repugnante abismo; los que cayeron, pudiendo aún levantarse; aún es tiempo, no olviden nuestras palabras; no hay vida sin deberes, no hay deber sin lealtad, ni lealtad sin honor, ni honor sin los conceptos supremos de Dios y Patria: el deber es guía de los actos honrados, la lealtad hace soldados del deber, el honor forma héroes. La deslealtad, la rebelión sólo hacen infames, criminales y malvados.

No tiene creencias de hombre, sino instintos de fiera, quien no dobla la rodilla ante el Dios de nuestros mayores; no tiene concepto ni noción siquiera del honor, quien no aspira al honor insigne de cobijarse bajo los pliegues de oro y grana de nuestra gloriosa bandera, ó prefiere al arrullo de las glorias que ella pregona, los gritos inarticulados del salvaje en sus cavernas primitivas; porque la lealtad, tema de estas líneas, es en Filipinas sinónimo de gratitud, de la gratitud de la gran masa

del pueblo filipino hácia la nación magnánima á que debe Dios y Patria, lengua culta y leyes bienhechoras, civilización y costumbres, dignidad y moral, gloria y nombre; hácia esta gran nación española, que á los cobardes que la insultan y á los ilusos que la niegan bien puede decir, cierta de su triunfo, segura de su fuerza y benigna hasta en el escarmiento y el castigo, aquellas palabras sublimes dirigidas por Jesús á los contumaces judios: "Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros... ¿por cuál de ellas me apedreais?"







FECHA SOLEMNE

LOS numerosos asuntos que por su importancia ó su oportunidad, solicitan nuestra atención y nuestro estudio, palidecen y quedan en término secundario, ante la fecha de hoy, que consideramos solemne y que será mañana memorable. Ninguno de aquéllos ha de ejercer influencia en nuestro espíritu, embargado como se halla por la absorvente idea de que ha sonado la hora decisiva de la justicia, la hora tanto tiempo deseada, y aún más esperada, del triunfo, pero también la hora en que sangre de hermanos, sangre generosa y leal, en lucha contra la barbarie insolente y contra

envilecida canalla que no vale, toda junta, la vida un hombre de corazón... ¡qué decimos!, ni una gota de sangre valerosa y honrada, ha de mojar, en región traidora, tan cercana que está al alcance de nuestros ojos, como sus ecos al alcance de nuestros oidos, el laurel de la victoria..

No tenemos, pues, en esta fecha, más que ira para nuestros cobardes enemigos; recuerdos para nuestros heróicos hermanos que en Cuba luchan por el honor nacional; admiración para nuestros caudillos; bendiciones para nuestra adorada España; preces al Dios de las santas causas y de las santas victorias por el triunfo grande, inmediato, arrollador; amor para nuestros valientes soldados que en los llanos de Cavite y en los desiguales campos de Batangas dejan sentir el invencible esfuerzo de su brazo; plegarias para la gloria, nuestra secular aliada, y adoraciones para nuestra inmortal bandera: y apenas si contener podemos y si logramos enfriar lo bastante, al estampido de los cañones que llega hasta nosotros, la vieja y turbulenta sangre española que corre ansiosa y precipitada por nuestras venas.

¡Ah! ¡Si después de tanto heroismo, tanto sacrificio y tanto esfuerzo, no co-

ronase está nueva y colosal epopeya española una paz firme, inalterable y duradera; si el término de tanta abnegación, de tan grandes energías, de lucha tan costosa y porfiada, no fuese una larga paz colonial, y el prestigio inmaculado de nuestro nombre, y el respeto internacional á nuestra bandera; si al fin del penoso y ensangrentado camino, no brillase el sol de la gloria, con los mismos deslumbradores rayos de pasados días; si ante el empuje de tan copiosos y admirables ejércitos y ante las poderosas proas de nuestros formidables y numerosos barcos de guerra no resurgiese la España de otros siglos, la España de la Reconquista, la España del descubrimiento de América, de Italia y Flandes, de Lepanto, San Quintín y Pavía, la España que tuvo, como privilegio único, al sol por huésped eterno de sus dominios y perpétua antorcha de sus horizontes planetarios; si no resurgiese tras tanta firmeza, tanto vencido infortunio y tal constancia triunfadora, el noble pueblo español respetado por grande, admirado por heróico, temido por fuerte, indestructible por su vigorosa unidad é indiscutido en Oceanía y en América por los siglos de los siglos, perdida estaría

en el orbe entero la santa causa de la civilización y malograda la misión providencial de Europa, y no existirían ni el triunfo prometido á las razas superiores, ni la justicia divina ni humana para las naciones!

Pero no es asi, por altos designios de Dios y para honra de la humanidad y gloria de nuestra Patria: el león es siempre fiero, aún en reposo, y tímido el ciervo aunque se vista con la piel del león; no queda á la barbarie otro camino que retroceder y cuando intenta loca resistencia, perecer aniquilada; las naciones encargadas de difundir la civilización, llevan las ideas santas y salvadoras en el libro, en la prensa, en la organización, en las leyes; pero cuando la barbarie es tan densa, tan impenetrable que cierra el paso á las ideas, aquellos pueblos llevan también todo el empuje de la civilización en las puntas de sus triunfadoras bayonetas.

Por eso hoy, al escuchar el estampido del cañón, que anuncia el vigoroso avance de nuestras tropas y que de nuevo la civilización se abre paso entre bárbaras y criminales hordas, ese paso franqueado por la barbarie primitiva y cerrado después, con obstinación insolente y grosera,

por un caso inverosimil de atavismo salvaje, en vez de parecernos que escuchamos los ecos de guerra y de batalla, de esas en que mide el éxito incierto las fluctuaciones de las armas, nos ha parecido oir la voz del castigo inflexible á ingratitudes negras, á crímenes horrendos y á deslealtades brutales y envilecedoras: hemos creido oir, una vez más renovados por nuestro brillante ejército y nuestra marina heróica, los ecos de la gloria; con los ojos del alma hemos creido ver el ataque irresistible de nuestros soldados y oir sus voces de coraje primero y de triunfo después, arrollando y aniquilando á la imbécil y engreida muchedumbre rebelde, ya fugitiva, despavorida y desmoralizada; y en el retumbar lejano de esos cañones españoles sólo hemos oido, por último, los funerales de la rebelión más insensata, más ciega y más infame que ha presenciado el mundo.

Por eso decimos que es la de hoy fecha solemne, que será desde mañana memorable; por eso en vez de apretarnos el corazón la mano del temor ó la indecisión, hemos sentido correr por nuestras venas el calofrío del entusiasmo, amortiguado sólo por la idea de que corra mezclada

con sangre de cobardes y de traidores la sangre de los honrados y de los valientes, y mientras el ideal de la victoria inunda nuestra alma, toda española, se han agolpado lágrimas á nuestros ojos y sollozos á nuestro pecho, que se han condensado al fin en un viva delirante á España y á su ejército.

¡Lástima que al arrancar de las menguadas frentes de esos ilusos y rebeldes, la obcecación salvaje que les ha conducido á tan vergonzosa y cobarde infamia, no podamos arrancarles también la única gloria que no merecen y que pudiera quedarles: ¡la de haber luchado con valientes y haber sido vencidos por soldados españoles!...





LA VICTORIA

NO se ha hecho el obstáculo para el soldado español, antes bien parece que el soldado español formado se halla para el obstáculo: avezado á avanzar y jamás á retroceder en sus empresas, los muros y las vallas alzados para detenerle en su camino, sólo sirven para enardecer su empuje y hacer más impetuosa y rápida su triunfal carrera: designios históricos lo ordenan, lo manda altísima misión providencial; no es dueño de volver el pie atrás que, como afirmó el gran Quintana,

"Nunca las ondas
tornan del Tajo á su primera fuente,
si una vez hácia el mar se arrebataron:

las sierras, los peñascos su camino
se cruzan á atajar; pero es en vano,
que el vencedor destino
las impele bramando al Oceano."

Ni parece inoportuno hacer vibrar en estos momentos la voz robusta del cantor de las glorias españolas de principios de siglo, de aquella época grandiosa en que, ante los aguerridos é invencibles ejércitos napoleónicos, no hubo, desde Cádiz al Pirineo, ni un espíritu que vacilase, ni un ánimo que desfalleciese, ni un corazón tan empequeñecido que confundiese el dudar de sí mismo y el desconfiar de la difícil victoria.

Fué éste triste privilegio de posteriores épocas, aunque nunca contagio peligroso para el indomable pueblo español, hoy, por fortuna, tan viril como en pasados siglos, hoy tan fuerte y tan seguro de sí como en gloriosas edades; pero cada tiempo tiene su fisonomía propia, y no habían de carecer de la suya, especial y característica, los presentes días gráficamente llamados *fin de siglo*, en que la crítica ha reemplazado al entusiasmo, la duda á la fe, el pesimismo individual á las grandes esperanzas nacionales, á las santas creen-

cias el vacío indiferentismo, á la verdad augusta la mentira convencional, y á los alientos vigorosos el imperio intelectual de los espíritus apocados, que miran hombres y sucesos á través de falsos cristales.

Prescindiendo de tales agrupaciones que presumen de ilustradas y de directoras de la opinión, cuando no aciertan á dirigirse á si mismas, los pueblos continúan su historia, renuevan sus triunfos, realizan su misión, sin que su fe desfallezca, sin dudas envenenadas ni desmayos de la firme voluntad colectiva: el mismo Dios en que creyeron sus padres es objeto de su culto; la Patria heróica, cuyas glorias repercutieron en su alma en las tradicionales leyendas, esa es la Patria inmortal que llevan en el corazón; las oraciones que balbucieron en el materno regazo son las oraciones que suben á sus labios en los momentos supremos; el valor que heredaron, ese es su valor; el heroismo que le narraron, ese es su heroismo; el suelo patrio que les legaron sus mayores, ese es el suelo que palmo á palmo y á costa de su vida defenderán; la cruz bendita que al nacer sus piadosas madres les colgaron al cuello, es la que besarán al morir; y en rebeliones traidoras como la presente

rán á cara descubierta sobre trincheras y parapetos en que la astucia y la cobardía ocultan el rostro, sustituyendo con obstáculos la firmeza, patrimonio de valerosos pechos.

¡Honor y respeto á esos pueblos, y honor y gloria, por lo tanto, al legendario, al heróico, al inmutable pueblo español! No se reclutan ejércitos gloriosos con tibios, indiferentes ó descreidos, sino con esos hombres de fe intacta y de entendimiento sano, para quienes no hay desfallecimientos que los enerven, ni pesimismos que los perviertan, ni falsas ideas que los debiliten, ni prejuicios insanos que los extravíen socavando el pedestal del prestigio propio: ese es el pueblo que al sentir ofendido el honor nacional, se convierte en soldado y nutre numerosos ejércitos invencibles; ese es el pueblo, cuyas nobles y varoniles matronas despiden sin protesta en el corazón, aunque con el dolor en el alma, esos doscientos mil hijos que pelean denodadamente en los campos de Cuba por la sagrada integridad del territorio español; ese es el pueblo que organiza en horas millares y millares de combatientes al rumor de que una nueva traición, la más nefanda y la menos explica-

ble, ha marcado su negra silueta en los tranquilos horizontes de las islas descubiertas por Magallanes; el pueblo de los sacrificios y de las abnegaciones, que no deja sin enjugar una lágrima, sin socorrer una necesidad, sin consuelo una desgracia, sin amparo á un débil y, al mismo tiempo, ni un insulto sin castigo ni sin vengar una ofensa, sobre todo las inferidas á la madre común, á la sagrada, á la gloriosa, á la adorada Patria española.

Y ese es el pueblo en quien tenemos fe ciega y en quien por completo confiamos: de su seno robusto surgen los héroes y los mártires como Guarido y Molero, Ruiz Domínguez y Maturoni, Fernández y Borrajo, y salen los patriotas que intentan honrar, con monumento perenne, su santa memoria; de él surgen los que luchan en las trincheras y los que amontonan fondos y donativos inacabables, para aliviar desdichas, restañar la generosa sangre vertida y secundar la acción del Estado; de sus filas salen las Corporaciones religiosas y civiles, oficiales y particulares, como las Órdenes residentes en Filipinas, el Ayuntamiento y el entusiasta Casino Español que han rivalizado en el obsequio y recibimiento de las bi-

zarras tropas, encontrando el último, en su patriotismo inagotable, medios y recursos para atender con mano pródiga á tristes huérfanos y viudas, para facilitar al ejército un material sanitario de primer orden, y para hallar centenares de caballos con destino á nuestros valientes soldados.

Ese noble pueblo es el que deseamos ahora y siempre mirar; entre ese generoso pueblo, en que altos y bajos, caudillos y soldados, grandes y pequeños están comprendidos, queremos alentar y morir, y con esta fe en nuestros hombres y en nuestra raza, con este entusiasmo por nuestra santa causa y nuestra sacrosanta bandera, para nosotros el eco de los cañones es siempre la voz de la victoria; los obstáculos del camino, gloria mayor para nuestros valientes soldados; los que sienten correr por sus venas el entusiasmo patrio que nos enardece, no dejando lugar á ningún otro sentimiento, nuestros hermanos en sangre y en ideas, y, por último, el anuncio del triunfo brillante obtenido en Talisay por la columna del general Aguirre, no la noticia de una victoria, sino el eco primero de la indiscutible, grande é inmediata victoria definitiva.



CONTRASTES

HOY se cumplen, en el largo almanaque de las glorias españolas, trescientos un años que un gran monarca, Felipe II, concedió á la naciente población de Manila los títulos de "cabeza y más principal ciudad de las islas Filipinas," consolidando con la Real cédula á que nos referimos los cimientos en que fundó Legazpi, en la anterior fecha de 24 de Junio de 1571, la futura prosperidad y el engrandecimiento de la que, andando los tiempos, había de merecer el dictado de *Perla de Oriente.*

Por singular coincidencia, en el propio mes, veintiún años antes, habíase conso-

lidado también, de una vez para siempre, la nacionalidad española de estas islas, nacionalidad que entónces sólo nos disputaban piratas y extranjeros: un puñado de valientes, en que cupo la mayor gloria al heróico Juan de Salcedo, realizaron el hecho insigne, que selló con su sangre generosa otro caudillo memorable, Martín de Goiti.

Hoy, por uno de esos burladores contrastes de la fortuna, no son extranjeros ni piratas los que disputan insensatos esa nacionalidad, indestructible en Filipinas como en el mar Caribe, aunque, en rigor de verdad, mucho tienen de extrañas y de piráticas las hordas miserables de Imus y Bacoor, Silang y Noveleta: son extrañas á todo concepto de lealtad y de honor é indignas por ello del augusto nombre de españoles con que la Patria les honrára, y piratas son los que, en su ceguedad, quisieron mermar por sorpresa el territorio nacional, saquear á traición, cual si fuese botín al alcance de advenedizos y cobardes, las glorias españolas, y robar, con mano insolente, un puñado siquiera de las grandezas amontonadas por la Historia.

Ese contraste irrisorio de la suerte, obra

es tan efímera como que tiene por cimientos la ingratitud y la infamia; en mal hora la alzaron la traición indigna, la barbarie odiosa y el asesinato alevoso, y caerá hundida bajo el peso de su ignominia y su vergüenza: que la iniquidad sólo edifica sobre arena; pero hoy préstase á tristes consideraciones y á reflexiones amargas que harían dudar á espíritus menos fortificados y templados en la adversidad que el nuestro, de la gran obra de la civilización y hasta de la realización de los fines sociales, suponiendo estériles todos los esfuerzos ante las duras lecciones de la experiencia y contra el escollo, opuesto siempre con obstinación tenaz, de la ingratitud humana.

Doloroso es decirlo, porque empresas tales se realizan á expensas de la sangre de héroes y de mártires y se cimentan sobre lágrimas y luto: que éste es el costoso precio de las glorias más altas, y de las imperecederas grandezas nacionales; pero acaso las infaustas rebeliones de Cuba y Filipinas; acaso el colosal esfuerzo que supera la Patria multiplicando sus ejércitos invictos y sus naves formidables y lanzándolos hácia el americano suelo y hácia las playas filipinas, sean el hecho pro-

videncial y la decisiva prueba tras las que han de lucir las glorias insuperables de venideros días.

Y ésta es nuestra firmísima creencia; no es la presente, hora de ruina, de vacilación ni de abatimiento, sino hora de gloria y de triunfos para la Patria española: no es hora de disolución, sino de reconstitución y de transformación nacional; desprecio merece quien lo niegue y compasión quien lo dude. No en vano otorgó el cielo al génio español los altos dones y la misión altísima del descubrimiento, conquista y civilización de continentes y archipiélagos innúmeros y la agrupación y dignificación de la dispersa familia humana: no en vano puso Dios en sus manos invictas la enseña del derecho, la Cruz de la Redención y la espada de la victoria, para que alzase hombres y razas de la abyección y la barbarie, los guiase por la senda de la divina verdad, y los condujese por el camino de la gloria; no en vano hollaron las carabelas de Colón el Atlántico mar y las naves de Magallanes el desconocido estrecho que lleva su nombre, dejando á Europa, como abierto y fecundo surco, la estela de sus barcos, y á la Historia, como rastro inmortal, la es-

tela luminosa de sus nombres; no en vano, en fin, huyen ante nuestros valientes soldados las desconcertadas hordas cubanas, tocando ya las agonías y el término de aquella infamia, como se hundirá en el polvo ante el empuje de nuestras armas, la infamia de Cavite, que ya se revuelca, asimismo, en las hórridas convulsiones de la agonía.

El contraste habrá de convertirse, muy en breve, en singular coincidencia histórica: es mes el de Noviembre en que se repiten las páginas inmortales de las glorias españolas; un gran rey, asombro del mundo, regía los destinos de España en esa fecha de 1595; una dama augusta, admiración de Europa, por la altura de su talento y el temple de sus virtudes, rige hoy los mismos destinos del mismo pueblo varonil y entusiasta, en nombre de un rey niño, esperanza legítima de la nación; la propia tierra próvida y vigorosa, el propio clima saludable y fuerte, el mismo sol vivificador que formó aquellos hombres de hierro que se llamaron Salcedo y Goiti, hoy templa el alma y forja los corazones de nuestros caudillos y soldados, á quienes alienta la misma fe, sostiene la propia constancia, anima el mismo valor heróico y

enaltece el propio sagrado sentimiento de la Patria; la misma enseña castellana los lleva el combate; y, como aquellos inmortales capitanes, saben nuestros soldados que el triunfo es patrimonio de los héroes y que para los mártires que sucumben en el campo de batalla, son los linderos estrechos del sepulcro los anchos umbrales de la inmortalidad.

¡Mes de Noviembre, abrumado de grises nubes en Europa, y abrumado en Filipinas, bajo cielo risueño de laureles y de glorias españolas! ¡Llenos están tus días de hechos heróicos y de triunfos inmortales; y con destino á esa página que ostentas en blanco, fórjanse ya, al yunque de las armas de nuestro brillante ejército, las letras de oro que constituirán su lectura, para ejemplo de nuestros descendientes, honra de la Patria y orgullo de la Historia!





MAS JUSTICIA

UN periódico de Hong-kong cuyo nombre no ha de salir de nuestra pluma, pero que presume de serio y de bien informado, ha dado acogida en sus columnas á una correspondencia que, al parecer, le han dirigido desde Manila, y en la que se atropellan el sentido común y la justicia, y desfilan, á manera de larga procesión, sacada por sitios seguros y fuera del alcance vigoroso de una mano española, la sarta más disparatada de imbéciles patrañas, las especies más calumniosas y burdas, los cuentos más groseros y toscos y los insultos más cobardes que dirigirse pueden, por supuesto

á mansalva, contra el nombre español y singularmente contra los honrados institutos de leales voluntarios de Manila.

El asunto no es nuevo, ni mereciera atención sino compasivo desprecio de nuestra parte, si se tratase sólo de las apreciaciones anónimas de algún miserable, de esos que buscan en publicaciones hostiles á nuestra Patria, toleradas en territorio extraño, refugio á sus pasiones enanas, desahogo al desbordado miedo, y respiradero á sus infamias; pero no es así; se relatan hechos, se refieren actos, aunque ya se acreditan de falsos en el mero hecho de no determinarlos, y como esto puede servir de arma alevosa que esgriman á traición nuestros enemigos, de amañada piedra de escándalo entre los envidiosos ó indiferentes, y de extravío de la opinión en aquellos países á quienes no tenemos que agradecer el fácil trabajo de estudiarnos y conocernos, conviene desmentir, con reposada firmeza, especies calumniosas y rechazar los injuriosos conceptos que de ellas se derivan.

Sólo cumpliendo con este deber tomamos la pluma, confesando que lo hacemos con menos indignación que asco; ni nos cumple, á fuer de españoles y de caballe-

ros, contestar al insulto con el insulto, propia tarea de mujerzuelas, más no de hombres, ni opondremos tampoco á las reticencias infamantes, el reto vacío ni la amenaza inútil, porque de sobra sabemos que las bravatas son el escudo de los débiles, y que el valeroso nunca alardea de serlo, encomendando las pruebas á la ocasión y al hecho.

Consignaremos sólo, para que lo entienda el periódico aludido de la colonia cercana á que hacemos referencia, que desde que estallaron los tristes sucesos de esta rebelión de ingratos y de salvajes, los buenos españoles de Manila, sin distinción entre peninsulares y filipinos, han cumplido, sin exageraciones ni alardes, con su deber y su conciencia; que lejos de ocurrir las cosas como refiere al crédulo colega su corresponsal anónimo y calumnioso, en esta lucha entre la civilización y la barbarie representada por las hordas de Cavite, á éstas ha cabido realizar las tristes hazañas de incendiar pueblos fieles, asesinar leales filipinos y peninsulares indefensos, martirizar inermes y venerables sacerdotes, saquear localidades, robar chinos mercaderes y atropellar mujeres débiles é inocentes niñas, condena-

das, por tan inícua brutalidad, á una vida de dolor y de inmerecida infamia; á esos traidores ha tocado matar por la espalda, que es como únicamente saben hacerlo, á los valientes oficiales de la Guardia civil de Silang, Naig y Noveleta, al bizarro artillero Barberá, y á los malogrados jóvenes Chofré y Morris, vil y cobardemente sorprendidos por masa enorme de esos malhechores y réprobos, que sólo atacan al descuidado cuando se hallan en la proporción de ciento por uno: bueno será, por último, añadir para que lo entienda el periódico á que aludimos y lo oiga su corresponsal despreciable, que esas hordas de asesinos, restauradores de la barbarie primitiva y amadores de los montes y las guaridas de su abyección primera, sólo detrás de los cortados puentes, sólo escondidos en las zanjas de los interceptados caminos, sólo emboscados tras las disimuladas trincheras y los parapetos multiplicados por el miedo, se atreven á herir el descubierto y noble pecho de nuestros soldados.

Preciso es que sepa el fácil periódico que da acceso á tales injurias contra la santa causa española y al que tal vez aguarden inesperadas y amargas leccio-

nes coloniales, que el espectáculo grandioso de la organización rapidísima y del patriotismo ardiente y del entusiasmo puramente español, con que se armaron y se congregaron los leales voluntarios de Manila, servir puede de ejemplo y de noble emulación á otras colonias: que la congregación de este puñado de valientes representa una suma admirable de abnegación y de sacrificios, y ha sido, en los momentos supremos de la traidora y preparada sorpresa, garantía del orden, valla á la sigilosa infamia, antemural de los honrados y los buenos, y baluarte de la paz pública: que los hombres de negocios, los capitalistas opulentos, los funcionarios de la Magistratura y de la alta Administración, las personas más distinguidas de Manila, como los industriales, los empleados públicos, y aún los que viven del honrado y cuotidiano trabajo, por igual han sacrificado su descanso y sus intereses más respetables en aras del bien público y de la Patria, por la que darán todos, si es preciso, con la legendaria hidalguía, el valor gallardo, negado sólo por miserables cobardes, y la notoria nobleza española, su sangre y su vida, organizando costosos batallones y escuadrones

y costosísimas guerrillas navales, como las de San Miguel y San Rafael, que ya han tenido la suerte de hacer morder el polvo al enemigo.

Todo esto debe tener entendido ese periódico, y como no hay abyección mayor que la de divorciarse de los dictados de la justicia y de la verdad; como no conocemos mayor ignominia para una publicación periódica que hacer la causa de la barbarie y la defensa del salvajismo, de la traición y del asesinato, contra una nación europea, culta y de glorioso abolengo como España, y no pueden ser estos los sentimientos ni los propósitos de una publicación digna é ilustrada, invitamos al periódico á quien nos dirigimos á que, honrada y noblemente, rectifique los errores y absurdos en sus columnas publicados.

En cuanto al corresponsal anónimo... ¿qué diremos? De esas obscuras filas de ilustraciones pretensas que hablan de una civilización anterior en el archipiélago, interrumpida por la conquista y superior á la civilización cristiana; de esos entendimientos pervertidos y estrechos que—¡parece mentira!—anteponen á Cristo sus primitivas supersticiones, á las formas del

Estado su tosca organización salvaje perdida en la noche de los siglos, á la luz las tinieblas, al derecho la fuerza brutal, á la ciudad la caverna, á la nación la tribu y la inculta desnudez de la selva á los goces del hombre civilizado; de esas falanges de renegados de Dios, apóstatas de la civilización y desertores de la Patria que los dignificó bajo su bandera; de esa masa brutal, en fin, debe salir el miserable insultador de España.

Pero también le honraremos, dirigiéndole una invitación: le invitamos á que abandone la cobardía del anónimo y salga de los escondrijos del miedo; á que asome la cara y que interrogue, y esté seguro de que cualquier español le dará en el acto la respuesta.





30 DE NOVIEMBRE DE 1574



SI es cierto que los sucesos y los hombres se agrandan en las lejanías de la Historia, sin duda porque, como expresó el gran poeta, cantor de la corte de Juan II,

"cualquiera tiempo pasado
fué mejor"

puede, en cambio, afirmarse que á toda prueba están del tiempo y de la crítica histórica aquellos nombres y aquellos hechos que persisten á través de los siglos y perduran en la memoria de remotas posteridades y en las resplandecencias de la inmortalidad.

A este orden pertenecen los acaecimientos, gloriosos en tal grado que no estorba

su número á su gloria, y los descubridores y sacerdotes, escritores y guerreros de los dos más augustos siglos del nombre español, los siglos XV y XVI, y singularmente de aquel siglo del que dijo otro memorable poeta

"que abrió Colón y que cerró Cervantes."

Siglos de las grandezas españolas, si estas grandezas pudieran á determinados siglos reducirse, en ellos unos puñados de héroes se abrieron paso por todos los mares desconocidos, hollaron todos los ignorados archipiélagos y continentes, llevaron la civilización y el Evangelio por todos los ámbitos de la tierra, pasearon por todos los pueblos el triunfal estandarte de Castilla, y sus conquistas, sus descubrimientos, su misión civilizadora, sus hechos heróicos repercutieron en los versos inmortales de la epopeya, la leyenda y el drama, en los cánticos sagrados de nuestras catedrales augustas, en los preceptos nobilísimos de nuestras santas leyes, y en las bendiciones de los hombres redimidos de la ignorancia y la barbarie, y no tuvieron otros límites ni otros términos, ni otra valla, que los límites del planeta y los confines de la gloria y las infranqueables barreras señaladas por Dios al esfuerzo humano.

¿Qué mejor respuesta á nuestros ignaros enemigos, á su desacreditada vocinglería, á sus míseras y despreciables imputaciones calumniosas, que pronunciar los gloriosos nombres de Isabel primera y Colón, de Cortés y Pizarro, de Magallanes y Legazpi, de Urdaneta y las Casas, y de Salcedo y Goiti?

El mundo entero habrá de repetirlos, por siglos de siglos, con admiración y respeto, á menos que algún día se borrase en la tierra toda noción de justicia y que la raza humana, degradada y envilecida, renegase de sus mayores glorias: y la conciencia española los pronunciará siempre sintiendo que allá en el fondo del alma algo sublime y noble, lo más noble y sublime del asombrado espíritu, se postra de rodillas.

¡Días de glorias deslumbradoras y brillantes, vosotros pasásteis para no volver, vuestros héroes y sacerdotes, descubridores y génios desaparecieron envueltos en las nubes de oro de la leyenda y de la Historia, pero la inmortal semilla fructificó en la raza de vuestros descendientes y herederos, y si glorias tan altas no cabe que se superen, estad seguros de que los pechos españoles en que vuestro

aliento se perpetúa, las españolas almas en que revive á cada momento vuestro ardor heróico y el ideal sublime del honor nacional, sabrán, dignos de vosotros, repetirlas y renovarlas! ¡No se ha interrumpido la Historia; no se ha roto, ni en un solo girón, la Patria enseña; no se ha obscurecido el cielo de las glorias seculares, aunque nubes rastreras y envidiosas pretendan empañarlo, ni mano alguna audaz ó insolente, pero siempre cobarde y alevosa, ha podido quebrar el hilo de oro de la leyenda; y legaremos á nuestros hijos esa historia de triunfos dignamente continuada, é incólume y respetada la gloriosa bandera castellana, sin nubes el cielo de las glorias nacionales, y perpetuados los ritmos grandiosos de la leyenda, ó no quedará ni el nombre, ni el recuerdo siquiera de un español sobre la haz de la tierra!

¡Juramento solemne que hemos hecho en el fondo del alma, ante las aras de la Patria, todos los españoles! No importa, no, que la barbarie renaciente aguce el filo de puñales traidores para herirnos por la espalda, que es como sólo sabe hacerlo la vergonzosa cobardía; no importa, no, que los Judas de la Historia, los rene-

gados de la civilización, los apóstatas del Dios verdadero y los prófugos, no de la Patria, sino del presidio que debe recluir á fieras y á criminales, hayan alzado pendones de rebelión, con ingrata infamia en Cuba y con infamia brutal y vil ingratitud en Filipinas; acostumbrados estamos á luchar con toda suerte de barbaries, y, al combatir las que intentan alzarse atávicas y funestas en las tierras descubiertas por Colón y Magallanes, no hacemos más que restituirnos, para continuarla, á la alta, civilizadora, santa y secular misión española.

Por esta causa entendemos que hoy, prescindiendo de las amarguras que se infiltran en nuestros corazones y del luto que cubre nuestras almas por los infortunios pátrios y por los mártires del deber y del honor nacional, caidos en el campo de batalla, Manila entera debe vestirse de gala, y al pasear por sus calles el viejo estandarte castellano, glorificar una vez más los nombres de Goiti y de Salcedo, que en fecha igual del año 1574 defendieron de la barbarie pirática, conservaron para la Patria y ennoblecieron con su sangre la tierra que pisamos.

En 30 de Marzo de 1521, al clavar Ma-

gallanes el símbolo santo de Redención, en suelo filipino, el archipiélago inscribió su nombre en el gran libro en que la Historia registra el bautismo de civilización de los pueblos: en 30 de Noviembre de 1574 recibió Filipinas confirmación augusta por mano de Salcedo y Goiti, en el libro de oro de la nacionalidad española. Los mortales despojos de aquellos héroes en este suelo descansan; el pabellón invicto de Castilla, que la Ciudad conserva, el mismo es que sus manos tremolaron triunfante en aquel gloriosísimo dia... ¡Sagradas cenizas de esos héroes, inmortal enseña castellana, confiád en vuestros hijos y mantenedores! ¡Nadie profanará la tierra sagrada en que reposais, que es depósito de honor y de gloria para nosotros, ni mano alguna osará amenazarte, oh santa bandera, sin que caiga segada á cercén, ni lábio alguno te insultará que no enmudezca para siempre! ¡Tu vista nos conforta y el ejemplo de aquellos héroes, infiltrándose en las venas de nuestros soldados como se propagan los rayos del sol por todos los senos del cielo, aseguran que, restaurada la paz pública y dominadas las guerras que afligen á la Patria, ante la sagrada enseña y ante la tumba y las ce-

nizas de esos hombres inmortales, iremos á depositar, no preces lastimeras, sino coronas de triunfo, porque, para que así no sucediese; preciso fuera, como anteriormente decimos, que no quedara ni el nombre, ni el recuerdo siquiera de un español—¡de uno sólo!—sobre la haz del planeta!...





CIENTO POR UNO



O es hora de tratar del bienestar del país, del desarrollo de su riqueza, del adelanto de su comercio ó de los progresos de su civilización, enorme suma de intereses morales y materiales sériamente comprometidos ó tal vez heridos de muerte por ambiciosos sin pudor y sin seso y por turbas cobardes y envilecidas; ni nos parece hora la presente para escribir sobre reformas de índole alguna, y menos cuando pensamos, como un distinguido general, que á cada una de las que se han otorgado ha debido acompañar un batallón de Infantería, y, aún mejor que esto, que la palabra re-

formas debe sustituirse por la de supresiones.

Otra idea fija y constante nos embarga; otro sentimiento, á cuyo lado lo demás resulta efímero y pequeño, nos absorbe por modo imperioso; la idea del restablecimiento de la paz miserablemente alterada, y el sentimiento de la Patria, vilmente negada y desconocida: en tanto exista un rebelde que pasée su barbarie por los campos de Filipinas, en tanto sigan por esas infames hordas profanados los templos erigidos por la piedad y hoy convertidos en teatro de sus horrendos crímenes; en tanto haya hermanos y compatriotas reducidos por sorpresa cobarde, á infeliz cautiverio; en tanto no caiga el inexorable castigo sobre los asesinos y martirizadores de sacerdotes venerables, sobre los brutales atropelladores de aterradas y débiles mujeres, sobre los crueles verdugos de indefensos niños; en tanto, en fin, que no ondée en cada palmo del suelo de Cavite la española enseña ó ante turbas temblorosas arrodilladas, ó sobre montones de cadáveres, no podemos tener más que un pensamiento, la guerra, ni más aspiración que la ardiente y suprema de la victoria.

Ni espacio dejan en nuestras almas más que para entusiasmo creciente y admiración contínua, los actos de heroismo de nuestros soldados: con un enemigo cauteloso y cobarde, temible sólo por la astucia hipócrita y la traición propia de sus instintos salvajes; con partidas que más merecen el nombre de merodeadores y criminales que de rebeldes y alzados; con gentes que se esconden para herir y nunca presentan la cara, ó que acometen al amparo de la sorpresa y de la enorme desproporción del número, y aún así para recibir vergonzosos escarmientos; con hordas de semejante laña luchan nuestros valientes soldados.

No ha habido encuentro ni combate alguno en que no haya estado la inculta y tímida canalla en razón de ciento por cada uno de los nuestros, y bueno es que se sepa aquí y fuera de Filipinas, que aún existiendo tamaña desproporción, no vista en guerra alguna, sólo han intentado resistir el empuje de nuestras armas agazapados en redobladas trincheras, escondidos en matorrales y zanjas, y protegidos por ríos invadeables, tras de cortados puentes, profundos fosos y fuertes muros. Así en Binacayan, donde no supieron re-

sistir el ímpetu de nuestras bayonetas cuando, coronadas las trincheras, cayeron en ellas, guiados por su arrojo incontrastable, Guarido, Borrajo, y otros valientes; así en Noveleta, donde combatiendo con enemigo poco menos que invisible, sucumbió el animoso Ruiz y puso tan alto su nombre el heróico capitán Fernández Latorre, con un puñado de invencibles soldados.

Cuanto á superioridad numérica, ahí está el ejemplo reciente del valerosísimo comandante López Arteaga, hoy teniente coronel por méritos de guerra contraidos en el ataque de S. Isidro: la derrota bochornosa de diez mil insurgentes en San Rafael, causada por una columna de seiscientos hombres, es uno de esos hechos heróicos que pasan á la Historia.

Y viene enseguida á la memoria y á la pluma el asombroso heroismo de Novaliches en que cincuenta y tres combatientes españoles rechazan y ponen en fuga vergonzosa á una gruesa partida de cinco mil rebeldes: bien puede predecirse el término inmediato de una rebelión en que se registran semejantes hechos y contra la que combaten tan admirables soldados, y no en vano dijimos, en trabajo reciente,

que es el de Noviembre en Filipinas, mes propicio á las glorias españolas.

¡Contestación solemne á los que pregonan degeneraciones soñadas y decadencias imaginarias! Al revés que en los fenómenos ópticos, en que todo lo que se aleja se empequeñece á nuestra vista, en el orden moral siempre vemos grandes los objetos lejanos y pequeños los que se hallan á nuestro alcance: son nobles extravíos á que nos arrastran los espejismos brillantes de la Historia; el culto del pasado que se sobrepone á la contemplación del presente: la gloria en el zénit que obscurece las glorias que nacen y suben, pero que ocuparán algún día la misma cumbre excelsa en los espacios de la inmortalidad.

¿Quién que mida los hechos con sereno juicio podrá negar que el soldado español de este siglo es el mismo heróico, sufrido, insuperable soldado de las Navas y Lepanto, de San Quintín y Bailén, de Otumba y Ceriñola? En 1574 derrota Juan de Salcedo con sólo cincuenta hombres, á centenares de chinos desembarcados por el pirata Li-Ma-Hong, y conducidos por su feroz lugarteniente Sioco; en 1896, y en el propio mes de Noviembre, deshacen en No-

valiches á cinco mil rebeldes cincuenta y tres heróicos soldados españoles; luchas feroces, desiguales, terribles una y otra, en que el esfuerzo llena el vacio de la infinita inferioridad numérica y para las que son necesarios almas de titanes y corazones de gigantes, es decir, almas y corazones de españoles.

Eso son nuestros actuales soldados: gloria, sí, al pasado, pero honor al presente que graba para la Historia páginas inmortales como la de la defensa de Novaliches, sin equivalente en guerra ni en ejército alguno, y hecho tan grandioso que traspasaría los límites de lo verosímil y lo humano, si no estuviera tan cercano y no fuera tan patente á nuestros ojos: esos son nuestros actuales soldados: no niegan que por sus venas circula sangre de Cides y de Guzmanes; esos son los soldados que sojuzgaron continentes, vencieron pueblos y cautivaron reyes; los que arrollaron á la valerosa morisma en Africa; los que subieron á las alturas de Somorrostro y San Pedro Abanto, como suben siempre á las alturas del triunfo, con el propio asombroso heroismo que en pasados siglos, con la propia grandeza de ánimo, con el mismo santo amor á la

Patria adorada, con el propio desprecio de la vida, con las mismas explosiones de entusiasta coraje y con los mismos deslumbramientos de gloria.

¡Honor á esos cincuenta y dos valientes y á su heróico jefe el Sr. Crespo que, tres veces herido, ata un lienzo á su cuerpo bañado en sangre generosa y aún anima á sus soldados y los lleva al glorioso término de tal victoria! ¡Paz á los mártires que sucumbieron en la defensa del honor nacional y de las armas españolas!

Abierto se halla el juicio que la ley militar determina, y los supervivientes del glorioso combate pondrán sobre sus nobles pechos la cruz más ambicionada de nuestros valientes soldados, la laureada de San Fernando, que sólo alcanzan los héroes y los mártires, esos mártires y esos héroes de nuestro ejército que luchan, en esta insurrección amasada por la ignominia infame y la brutal ingratitud, en proporción de uno por cada cien rebeldes.

¡Inmortal el pueblo que cuenta con tales ejércitos! Veneración y respeto nos inspiran los hechos de nuestros legendarios capitanes y guerreros; admiración y orgullo nuestros actuales soldados.

A los débiles y pesimistas, á los detractores de todo lo moderno, no hay más que señalarles un nombre, Novaliches, y recordarles una fecha, el 3 de Noviembre.

CINCUENTA Y TRES cruces laureadas honrarán la memoria de los mártires y adornarán el pecho de los que sobrevivieron; y aún más fuera preciso otorgar si hubiese sido mayor el número de los combatientes.

¡No había allí más soldados!





EL GENERAL AZCÁRRAGA

No hace muchos días dedicábamos modestas pero sinceras líneas á la ilustre personalidad del actual Ministro de la Guerra, uniendo nuestra voz y nuestra aspiración al deseo y á la manifestación unánime de la prensa peninsular que, al encarecer los grandes merecimientos del General Azcárraga, no les hallaba más adecuada recompensa que la concesión honrosa del tercer entorchado, supremo puesto en la milicia con que la Patria enaltece á sus caudillos más preclaros.

No sólo la prensa; sociedades y corporaciones oficiales se han creido en el caso

de pedir al Gobierno con tanto acierto dirigido por el Sr. Cánovas, que aquella recompensa se otorgara al hombre esclarecido que ha demostrado al mundo cómo se organizan admirables ejércitos coloniales, tan poderosos como no registran los anales militares de nación alguna, y cómo un pueblo que estima en más su honra que su bienestar y su vida, sabe responder con millares y millares de sus hijos y con todos sus recursos y medios al llamamiento del patriotismo, tanto más vibrante y vigoroso cuanto más respetada y prestigiosa sea la voz que lo excita y lo conmueve.

No es mucho suponer que tales manifiestas aspiraciones representan la unánime conciencia nacional: no es mucho suponer que esta voz del unánime sentimiento de gratitud y admiración de un pueblo hácia uno de sus hijos más eminentes, si constituye un espectáculo glorioso que rara vez se habrá presenciado en pueblo alguno, señaladamente en los tiempos modernos, responde á dictados de profunda justicia, tanto más espontánea y de orígen tanto más puro, cuanto que por caso peregrino, es uno de esos actos colectivos que no inspira el exclusivismo ni

combate ni envenena, con una sóla oposición, la enardecida y absorvente pasión política.

No era posible que esto sucediera en la hidalga nación española, que no ha regateado nunca el premio de los merecimientos verdaderos, y á cuya histórica grandeza, hoy por tantos títulos renovada, cuadra siempre el enaltecimiento de sus hombres ilustres y la admiración de los grandes caracteres. Varias veces nos ha cabido la honra,—porque como tal la consideramos,—de consignarlo. Ha atravesado España, y decimos que la ha atravesado porque nosotros la consideramos vencida, por la más profunda crísis que podía poner á prueba su vitalidad: una guerra tan tenaz como inícua levantó en los campos de Cuba estandartes sangrientos de rebelión; los hombres previsores, desde el primer momento, apreciaron la importancia de aquel acto de ingratitud y de infamia, que apoyaba, hasta en su propio Parlamento, un pueblo que se apellida grande: el conflicto amenazaba con proporciones enormes, en el doble aspecto de guerra interior y de guerra nacional; la contestación á toscos insultos y á aquella rebelión, piedra de escándalo y ocasión

de vergüenza para las postrimerías de este siglo, no hay español que no la conozca; doscientos mil soldados la pregonan en la rebelde Antilla; centenares de triunfos, tantos como combates, la sustentan, y cincuenta mil hombres más surcan los mares para sellarla con su sangre generosa y alzarla para que el mundo la vea en definitiva confirmada, en la punta de sus bayonetas.

¡Cuán pocos, y acaso entre ellos muchos españoles, lo esperaban! Y menos aún lo esperarían los insensatos autores de esta inicua rebeldía que se agota en los llanos de Cavite en convulsiones impotentes; no lo esperaban, no, estos miserables sicarios del asesinato y del pillaje, cuando empezaron á llegar á estas islas los primeros millares de bravos soldados españoles; y cuando, al sentir cerca su incontrastable empuje y contemplar atónitos la proximidad del récio castigo, buscaron la salvación acaso ó la prolongación de sus crímenes en el propósito de distraer aquellas fuerzas, prendiendo con más perversidad que fortuna, la chispa del miserable incendio en regiones distantes y diversas, tampoco esperarían el gallardo y soberano esfuerzo que rea-

liza, para inmediato ejemplo, en los momentos que escribimos, la gran Patria española.

Gloria es de España, gloria indiscutible y grandiosa, sumar al enorme ejército colonial que en Cuba coloca tan alto el pabellón castellano, el envío á estas lejanas tierras, en mal hora perturbadas, de otro ejército poderoso cuyo mayor contingente embarcará en las costas españolas, para llegar casi á un tiempo al archipiélago, del diez al veinte del actual, es decir, en el espacio de diez días; y honor insigne para el preclaro general Azcárraga, tan rápida organización que parecería imposible empresa si el talento y la energía del insuperable Ministro de la Guerra no nos tuviesen á tan maravillosos éxitos acostumbrados.

Tales actos bastarían para que la excelsa nación española pronunciase con orgullo el nombre del Sr. Azcárraga, eje de tan admirable organización y alma y honra de tales ejércitos; y bastarían asimismo para que los ecos imperiosos de la opinión pública fuesen escuchados y secundados por el Gobierno de S. M. que, en Consejo de Ministros, manifestó su propósito de conferir, contando con la aprobación

de la augusta Regente, la vacante de Capitán general causada por el fallecimiento del heróico Marqués de Novaliches, á aquel insigne general que presente como Consejero de la Corona, á este acto conmovedor, declinó el honor altísimo que se intentaba otorgarle, haciendo ver las necesidades de la Patria y la conveniencia de que la vacante se amortizase, aunque considerándola como cubierta para los efectos de las demás clases de generales á fin de no causar perjuicio á las escalas.

Este rasgo de delicado desinterés y desprendimiento generoso y gallardo, aún coloca más alto el nombre del esclarecido general, y al orgullo y á la admiración con que se pronunciaba, debe desde hoy agregarse el respeto, y el íntimo afecto de todos los españoles hácia esa gran figura militar de este siglo.

Hemos dicho, refiriéndonos á la actitud del general cuando la opinión le designaba para el más alto puesto de la milicia, que había algo más grande que merecer las recompensas y era creer no haberlas merecido; pues bien, el acto realizado por el Sr. Azcárraga nos demuestra que hay algo aún más grande y noble, que eleva el espíritu y le asegura de los destinos de

un pueblo que cuenta con tales hombres: negarse en absoluto, después de acrecentar merecimientos anteriores con la admirable organización de las tropas expedicionarias á Filipinas, á aceptar la recompensa con tantas creces conquistada, y ser el único español que se opone, nos complacemos en reconocer que para su mayor gloria, á la realización justísima del deseo nacional.





EL GENERAL BERÁNGER

NO vamos á pedir distinciones y honores para importantes figuras españolas que no los necesitan, puesto que son ilustres por sus hechos, y cuyos merecimientos extraordinarios ya han logrado, por distinción suprema, las resonancias de la admiración y del respeto de Europa, y han de conducirles á los altos honores de la Historia. En tales casos, las muestras de distinción se convierten en manifestaciones de gratitud y sagrada obligación y deuda de los pueblos, contraidas con sus hombres eminentes.

La prensa peninsular llegada últimamente, inspirándose sólo en un vivo y

plausible sentimiento de justicia, aunque desconociendo fechas y la anterioridad de ciertos acuerdos de nuestro Ayuntamiento á los sucesos actuales, extráñase de supuestas omisiones respecto del ilustre general de nuestra Armada, Sr. Beránger, Ministro de Marina, á quien cabe la gloria legítima de la completa reorganización y del aumento prodigioso de nuestra escuadra; y aunque no hemos de trazar línea de conducta, ni somos los llamados á hacerlo, á nuestra celosa Corporación municipal, que sabe de sobra cumplir sus deberes y llenar aquellos que nacen de las instigaciones del patriotismo, creemos, sí, de nuestro deber, no dejar sin respuesta las excitaciones de nuestros queridos colegas matritenses, rindiendo al par tributo de justa admiración y de gratitud de buenos españoles al bravo veterano en quien hoy tiene la Armada nacional su representación más alta.

No como mérito de profecía, sino como presentimiento para nosotros honroso, en que ni nos alucinó el buen deseo ni nos engañó el instinto, recordaremos aquí que hemos sido de los primeros en mantener enhiesta, en medio de absurdos pesimismos, la bandera del entusiasmo, soste-

niendo uno y otro día que ciertos clamores de debilidad, postración y agotamiento nacional, eran delirantes pesadillas de cerebros enfermos, entendimientos anémicos y corazones vacíos, y que nuestra Patria se revelaría en la plenitud de su vitalidad histórica, saliendo de la prueba á que la sometieran las infames ingratitudes de las desleales hordas que ensangrientan los campos de Cuba y de las bajas maquinaciones de pueblos que aspiran al dictado de grandes, convertida en potencia militar y marítima de primer orden.

Ningún valor podían tener nuestras desautorizadas palabras, que sólo hallaron,—séanos permitido este rasgo de patriótico orgullo,—el obstáculo de la ignorancia y la contradicción irreflexiva de la vulgar rutina, ó los desdenes de sistemática indiferencia; pero esas mismas palabras hánse pronunciado ya á la faz de Europa, y las han hecho valederas, Alemania por boca de su soberano é Italia por los autorizados lábios de un senador exímio, y, sobre todo, las pregonan los hechos, esos doscientos mil soldados que pelean denodadamente por la integridad de la Patria en la gran Antilla, y esos millares de valientes que desembarcan sin tregua en

las playas filipinas para ahogar en su gérmen la más inícua rebelión y la ingratitud más infame; las atestiguan esos potentes y numerosos barcos que caen sobre la espalda de los mares izando en su popa la triunfal bandera española; y las afirman, sin momento de descanso, dos nombres gloriosos, Azcárraga y Beránger.

Estátuas á uno y otro se alzarían en cualquiera otra nación que no fuese la nuestra, en que—¡tan frecuentes son!—ni la lucha arredra, ni el esfuerzo admira, ni el heroismo asombra, ni el patriotismo sorprende: alejados nosotros de la lucha de los partidos políticos, porque en Filipinas no cabe nunca, ni en España en estos solemnes momentos, otra política que la del unánime sentimiento nacional, acaso nos encontramos en condiciones más favorables que nuestros compañeros de la prensa de allende los mares, para tributar plena justicia á esas dos salientes figuras de nuestro glorioso ejército y nuestra heróica Marina, timbre y orgullo de un ministerio que pasará á la Historia, y seguros estamos de que uno y otro tienen alzada estátua, sobre inconmovible pedestal, en todos los corazones y en todas las conciencias españolas.

Ninguna manifestación de gratitud estará, pues, por encima, ni siquiera al nivel de sus merecimientos, y si inmortal será el nombre del general Azcárraga, hijo insigne de este suelo, como enlazado que se halla á la lucha más grande y á las mayores tribulaciones y grandezas de la Patria en el presente siglo, imperecedero será asimismo el del ilustre general Beránger, que ha elevado nuestra Escuadra á una altura desconocida desde el siglo décimosexto, cuando perdió España, aniquilada por los elementos, único enemigo capaz de vencer á nuestra admirable Marina de guerra, el absoluto poderío de los mares. Un solo dato, en verdad elocuentísimo, comprueba nuestro aserto y hace la más brillante apoteosis del eximio general: trece barcos de guerra vigilaban las costas de Cuba al estallar la insurrección: setenta y tres buques surcan hoy aquellas aguas tremolando sobre las olas la enseña oro y grana.

A la actividad febril del actual Ministro de Marina, á su incansable patriotismo y á su celosísima administración, que multiplica los medios y recursos, débese, en gran parte, el grandioso espectáculo que ofrece España en estos momentos á la ad-

miración del mundo y á la ruin sorpresa de sus enemigos; todo es movimiento en los arsenales españoles y en los hermosos astilleros de la industria nacional, que compiten en lanzar á las aguas buques de primer orden que paseen gallardos nuestro nombre y nuestro prestigio por los mares; y no siendo aún bastantes para calmar la impaciencia española, pónense á tributo los astilleros italianos é ingleses, de que salen y saldrán todavía numerosos y grandes acorazados que hagan incontrastable ese renaciente poder, incontrastable porque en manos de nuestros bravos marinos duplican esos barcos su valor y su fuerza; que invencibles son los héroes que prefieren siempre *honra sin barcos á barcos sin honra.*

Filipinas debe, especialmente, al caballeroso y veterano general Beránger, gratitud inextinguible; al estallar los deplorables sucesos actuales, que han puesto á cumplida prueba las energías inagotables y el heroismo sin término del gran pueblo español, á su poderosa iniciativa debe la inmediata llegada de las primeras tropas peninsulares, de ese bizarro Batallón de Infantería de Marina, en horas organizado y dispuesto, al que ha seguido otro ba-

tallón no menos bizarro, tras cuyas huellas navegan dos hermosos cruceros de guerra, nueva garantía del decisivo triunfo. Nosotros nos complacemos en consignarlo así, como testimonio de admiración y de gratitud; y al dirigir esta modestísima felicitación al ilustre general Beránger, y en su nombre y persona á la valiente Marina y á las fuerzas de igual procedencia que vienen á secundar sus fines y á compartir las penalidades del combate y las alegrías de la inmediata victoria; y al consagrar entusiasta recuerdo al Sr. Azcárraga, no podemos menos de decir, sin sombra de jactancia, que es inmortal el pueblo que cuenta con tales caudillos y soldados, y de pronunciar con orgullo y respeto sus preclaros nombres.





BIENVENIDA

Se la enviamos, tan respetuosa como sincera, al Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja y del Castillo, nuevo General Segundo Cabo de estas islas, y á los Excmos. Sres. Generales de división y de brigada respectivamente, D. Enrique Zappino y Moreno, D. José Lachambre y Domínguez, D. Francisco Galbis y Abella y D. Pedro Cornell y Cornell, llegados anoche á estas playas españolas en el magnífico trasatlántico *Alfonso XIII*, así como á las valientes tropas que, para aumentar las del numeroso ejército expedicionario, han sido conducidas por el mismo buque.

Al felicitar á tan distinguidos generales, señaladamente al ilustre caudillo, honra del ejército español, Sr. Polavieja, que ostenta la representación más alta, somos eco de la opinión pública de este pedazo de territorio de la Patria, hoy perturbado por rebelión insensata y alevosa, é interpretamos, al expresar nuestra satisfacción por su feliz arribo, el sentimiento unánime de cuantos, nacidos en la propia tierra generosa cuya integridad y cuya honra vienen á defender, ó mantenidos incólumes en los dictados de los deberes del patriotismo y la lealtad, tanto esperan del valor y de la pericia de tan insignes capitanes.

Grandioso es el espectáculo que ofrece España á la admiración de todos los pueblos, motivando aún más la ajena justicia que la propia, en los momentos en que dos guerras inícuamente provocadas y cobardemente protegidas por enemigos que hemos alimentado y enaltecido como hermanos ó que encubren la faz traidora con la máscara de la amistad, han pretendido herirla descuidada y sorprenderla desprevenida.

Preguntad á esos mismos enemigos, y si conservan un resto de conciencia y no han cerrado, por completo, las puertas

del alma á la verdad, os contestarán con asombro que no aguardaban el gigantesco esfuerzo realizado por la envidiada y combatida Patria, y, escudriñando en los más tortuosos repliegues de sus proyectos insensatos, descubrireis la mezquina idea de que al pueblo glorioso de Isabel primera le faltaban recursos y soldados para vencer una guerra como la de Cuba, y que, puestos en movimiento doscientos mil hombres hácia la gran Antilla, era imposible reunir nuevos ejércitos para ahogar esta brutal, vil, y sobre todas cobarde insurrección de Filipinas.

Pero el milagro está presente: lejos de arredrarse por los duplicados conflictos, la heróica, la gran nación española redobla su pujanza, multiplica sus medios y centuplica sus esfuerzos: cuerpos de ejército copiosísimos, de una organización admirable, sin tregua ni reposo desembarcan en las costas cubanas, sin que nada estorben aquellas movilizaciones imponentes y contínuas, el envío á Filipinas, en cuanto fué en la Península conocida la nueva infamia, de otro brillante ejército compuesto de millares y millares de combatientes: necesario era un extenso poderío marítimo, y, como por ensalmo, apare-

cieron potentes y numerosos barcos de guerra sobre los mares; y seguros estamos de que si falta hiciera para aplastar estas villanas rebeliones, un millón de soldados que extremeciesen con su planta y aniquilaran con su esfuerzo la tierra cubana y el filipino suelo, arrasando la manigua espesa y arrollando á su paso las zanjas y escondrijos en que se resguarda inútilmente la cobardía de Cavite, un millón de españoles empuñarían las armas para hacer triunfar, á un tiempo, en el mundo de Colón y en el archipiélago de Magallanes, el honor de España y el sagrado depósito de la civilización y la santa bandera de Otumba y Lepanto, de S. Quintín y Pavía, emblema de la gloria, de la justicia y de la dignidad humana, contra los negros estandartes de la traición y de la infamia, de la barbarie y la ingratitud, del deshonor y la perfidia.

A pueblo tan grande como el español, á ejércitos tan heróicos, hombres eminentes y caudillos ilustres han de servir de heraldos y de guías, y por cierto que sobran títulos para afirmarlo así del insigne general Sr. Polavieja, héroe en cien combates, emblema de cien victorias, personalidad indiscutida que ha logrado reu-

nir á dotes singulares de gobernante, el provechoso y contínuo estudio, que es la palanca más poderosa del talento: y por cierto, asímismo, que sobran aquellos títulos á los acreditados y veteranos generales que le acompañan, y que vienen, con él, á secundar la acción del Excelentísimo Sr. Marqués de Peña-Plata y de los esclarecidos generales que con él comparten las fatigas de la campaña, siendo firmes sostenedores del honor nacional.

¡Bien venidos sean los nuevos generales, y bien venidas las nuevas y valientes tropas, á cuyo esfuerzo confía la Patria el triunfo deseado y decisivo! ¡Bien venidos sean para la pronta pacificación de Filipinas, y la extinción de una rebeldía peor mil veces que la cubana, porque aquellas hordas al campo se lanzaron en defensa de ideales absurdos, á pecho descubierto luchan, aunque siempre en fuga ante nuestros impetuosos soldados, conócense sus jefes, mídense las fuerzas con que cuentan y el plan á que obedecen no se oculta, en tanto que en esta guerra irregular de las turbas de Cavite, la traición es el medio, las trincheras y los obstáculos sembrados ante nuestras tropas, es el único

documento de su valor, la perfidia y la hipocresía sus principales armas, su mayor defensa la desfiguración de la verdad, y sus bochornosos propósitos el asesinato y el pillaje, el imperio de su barbarie primitiva, y la vuelta á la desnudez y á las cavernas. Tan vil canalla no puede reparar en los medios y así, cuando afectan respeto y cariño á un español confiado ó indefenso, es para sorprenderlo ó bien mutilar su cuerpo y prolongar, martirizándolo, su horrorosa agonía, ó reducirlo á esclavitud nefanda; cuando se acercan en demanda de perdón, es para asestar puñalada cobarde, y cuando enarbolan bandera de paz, meditan una infamia.

Reiteramos nuestro saludo á los invictos generales que España envía para el mando de nuestros intrépidos soldados y para dominar una insurrección de la índole que hemos procurado narrar; á todos deseamos el éxito conseguido en otras campañas, de que es segura garantía su nombre ilustre y acreditado; y en cuanto al Sr. General Polavieja, cuya brillante historia conocemos de antiguo y en quien tiene España una de sus más legítimas glorias militares, asimismo auguramos

éxito cierto en su alta misión y en su espinosa tarea; pues para así predecirlo, basta al caudillo ilustre una condición: ser continuador de sí mismo.





BRILLANTE VICTORIA

NO ya brillante, si no brillantísima y decisiva nos parece la obtenida por nuestras tropas en Cacarong de Sile, decisiva en la perturbada provincia de Bulacán, donde con tan terrible escarmiento recibe la insurrección un golpe de muerte, ya que, en su núcleo principal, las salvajes hordas han sido, no derrotadas y dispersas, sino aniquiladas por nuestros heróicos soldados. Los ilusos ó miserables que dando oídos á las sugestiones de la más tosca ignorancia y de la audacia más increible se juzgaron con altura para desafiar, fuerza para resistir, corazón para luchar y fir-

meza para contener el empuje de nuestras tropas: los que fiaron su impunidad y su salvación á las fragosidades escogidas de posiciones que soñaron inexpugnables, y en las nutridas masas de muchedumbres allegadizas de merodeadores, incendiarios y asesinos, que sólo á luchar se atreven á beneficio del incontable número, mediante las astucias de la cobardía y tras los parapetos alzados por el miedo, para ocultar el pecho infame, tapar la cara alevosa, y herir al resguardo, sobre seguro y á mansalva; los arlequines mantenedores de una idea irrisoria y de la desenfrenada licencia de turbas inconscientes para el bien y al mal y al desorden predispuestas por resabios de orígen y atavismos de ferocidad primitiva; los que dieron entrada en su entendimiento angosto á la suposición ridicula de que España, desangrada por la guerra de Cuba, no tenía hombres con que castigar su infamia, ya han medido, una vez más, lo que son amontonados obstáculos para nuestras armas y cómo sobran defensores al honor nacional; que no hay trincheras para el valor, ni astucias contra el heroismo; y lo que valen y significan el número sin esfuerzo, las masas

sin ideas y las brutales muchedumbres sin alma, ante el ímpetu de nuestras bayonetas.

Mil doscientos muertos lo pregonan, y la fuga vergonzosa de los míseros que escaparon con vida y que fueron á ocultar, no su rubor, de que carecen, sino el pánico en que abundan, en las guaridas y madrigueras de los montes.

Con pocos triunfos como el de Cacaróng de Sile, la insurrección, ya hondamente quebrantada, será un hecho pasado y un penoso recuerdo; y el milagro deja de serlo tratándose de caudillos y de soldados españoles; los que se bastaron, cuantas veces quisieron, para cambiar la faz del mundo, hoy, por fuerza, han de sobrarse para cambiar el estado de países perturbados por la iniquidad, y para extinguir hasta el gérmen de rebeliones cobardes, que sólo por su misma cobardía, cuyo medio es la dispersión y la fuga, por la irregularidad de la lucha y los obstáculos del clima pueden ocupar el esfuerzo de nuestros soldados.

Inverosímil resulta la loca aunque inconsistente obstinación de las turbas rebeldes ante el duro y repetido castigo, que tiene sólo rival en la generosidad inaca-

bable de la Patria; esa tenacidad demuestra las hondas raices del error, que recluta sus ejércitos entre ignorantes y malvados, la obsesión de supersticiones groseras, el apego á la vida nómada, los peligrosos extravíos de las leyendas del delito, revestidas con el ropage de los actos heróicos, y la confusión embrionaria, más extendida de lo que parece, de la audacia con el arrojo, el cinismo con el convencimiento, la obcecación con la firmeza, la crueldad con el ánimo, y ciertas indiferencias y frialdades orgánicas, que son la máscara del valor, con esa altiva serenidad del alma, cuando en ella tienen asiento los altos ideales del deber y la Patria, de la justicia y del honor.

Una hábil política, ya por suerte inaugurada, reduce á sus exíguas proporciones á esas figuras de cartón-piedra vestidas de deslumbrantes oropeles, y victorias como la de Cacarong de Sile harán caer con estrépito ese débil edificio levantado á supinos errores y absurdas patrañas entre las sombras de la noche.

Grande debe ser en estos momentos el entusiasmo en la Metrópoli; sus sacrificios, sus esfuerzos, su heroismo ven acercarse el merecido premio: decrece en Cuba, ani-

quilada y deshecha, la insurrección, y se aproxima el día glorioso en que la rebelión más nutrida, al mismo tiempo que más inicua, que registran los fastos coloniales, desaparezca ante nuestros ojos como se desvanece angustiosa pesadilla ante el primer rayo del sol. Merecido es el entusiasmo patrio, y merecidos los aplausos y los laureles á nuestros ilustres caudillos y á nuestros bravos soldados.

Es verdad que esos laureles regados están con sangre generosa; ¡honor á los mártires del deber y de la integridad de la Patria!: por lo que á nosotros toca, cada gota de sangre española derramada cae en nuestro corazón convertida en amarguísima pena que nada puede compensar, porque no valen millones de traidores ni hemisferios enteros de rebeldía la sangre de esos valientes.

Pero nos confortan una idea y una esperanza, y nos alienta una gloria inseparable del nombre español; en todos los pueblos cultos el deber tiene fieles, en España altares; en todos los pueblos el honor tiene soldados, en España héroes. ¡Gloria á los héroes! ¡Paz y honor á los mártires del deber!



VERDAD Y JUSTICIA

SABIDO es de todo el mundo que la prensa de Hong-kong y Singapore, desde que empezaron los tristes acontecimientos que han alterado la paz de este archipiélago, ya acogiendo sin reservas correspondencias inspiradas por la más apasionada parcialidad, ya en otras diversas formas, ha contribuído á extraviar la opinión acerca de estos sucesos, no sólo en el extremo Oriente, sino que también en Europa y en América; nuestros lectores recordarán que á este propósito, hemos protestado alguna vez de esa campaña de falsedad y de desprestigio, si bien no pueden conocer el

hecho de que hemos intentado, sin que nos haya sido permitido, defender de imputaciones calumniosas, en enérgico aunque mesurado trabajo, al valeroso ejército leal y á los beneméritos voluntarios de Manila, sin otra mira ni obedeciendo á otro impulso que el triunfo de la verdad y de la justicia, el honor de nuestras armas y el inmaculado prestigio del nombre español.

Hemos respetado con silenciosa pena aquella opinión, separada de la nuestra por un abismo de ideas y de convicciones, y que nos privó oportunamente de la satisfacción de responder á los dictados de nuestra conciencia y, acaso, á los de la opinión pública, y hoy, sin insistir en las apreciaciones que entonces quisimos hacer públicas y en las que una vez más nos afirmamos, creemos de nuestro deber consagrar algunas líneas á la venida á estas islas de Mr. Henry O'Shea, propietario del periódico de Shanghai *China Gazette* y corresponsal del *New-York Herald,* venida que tiene por objeto esclarecer y rectificar, como presencial testigo, aquellos juicios extraviados, y que, por lo tanto, ha de sernos beneficiosa.

«No hay duda en que el viaje del co-



rresponsal del importante periódico neoyorkino se inspira en móviles de sinceridad y honradez periodística; y en que, en estos tiempos en que la verdad anda por el mundo tan desfigurada, es el procedimiento de información seguido por aquellos periódicos que aspiran al dictado de serios y á los respetos de la opinión sensata y del público ilustrado.

Poco esfuerzo y escasa observación bastarán á Mr. O'Shea para penetrarse de la verdadera situación de las cosas: á poco que se fije y por los primeros datos que adquiera, formará el decisivo juicio de que en Filipinas se ventila, una vez más, esa eterna cuestión y se resuelve, una vez más, ese eterno problema y esa lucha tan antigua como el mundo, entablada entre la civilización y la barbarie, entre los santos principios salvadores de los pueblos y de las colonias y las absurdas y disolventes teorías que á la manera de huracán devastador, perturban á las sociedades modernas: observará que, como es inevitable en luchas provocadas por la infamia, la traición y la barbarie, los medios y las armas puestos en juego y esgrimidas por la ingratitud y la hipocresía de las masas rebeldes, han sido las jun-

tas tenebrosas, el vil concierto para el asesinato colectivo, la sorpresa á mansalva, el triunfo sangriento y salvaje, y en tanto se preparaban para el acto inícuo, el miserable disimulo, el fingido afecto, el respeto simulado y servil, y la apariencia de un exaltado fervor religioso; que aún descubierta á tiempo la conjura innoble, cumplieron, en parte, su programa, y el asesinato y martirio de sacerdotes indefensos, el feroz atropello de débiles mujeres y la cautividad afrentosa de dignos é inermes españoles, son las ideas más altas de esa despreciable canalla y el símbolo de redención de su repugnante bandera.

Juicio alguno de comparación, sino de antítesis, cabe entre esas hordas á quienes negó el bárbaro triunfo su propia cobardía; que son afrenta de Filipinas y baldón de la raza humana, y la noble confianza anterior, y la ulterior hidalguía española: término ninguno de equivalencia puede hallarse entre turbas de desalmados y ejércitos de valientes, entre traidores y leales, entre hombres salvajes y hombres civilizados, entre asesinos y caballeros, entre bárbaros y españoles; y el que no haya sabido medir la infranqueable distancia que á unos de otros separa,

el que haya, por error ó malicia, sostenido la afirmación contraria, el que haya abrigado siquiera la duda, ese ha labrado sólo su propia infamia y su vergüenza ante la justicia y la humanidad y ante la civilización y la Historia.

Basta ya, para su propio descrédito que exista una prensa capaz de desconocer esta afirmación evidente, y, al atropellar los fueros de la justicia, al extraviar la opinión pública, al acojer sin reserva desatinadas calumnias, al quebrantar los respetos que se deben á un pueblo civilizado, servir la causa de la barbarie, olvidando la altísima misión del periódico, tan digna y tan honrosa cuando se dirige al triunfo del bien humano, censura los vicios sociales, condena los crímines de la ambición y la bastardía, sirve la causa de la civilización y persigue las resplandecencias de la verdad; pero aún si á aquel error afrentoso se unen el desconocimiento de intereses coloniales comunes, si, con ello, se rebajan los vínculos morales que han de mantener, entre inferiores pueblos, el predominio y el prestigio de una raza á quien está providencialmente encomendada una alta empresa colonizadora, entonces el enunciado motivo de justo des-

crédito adquiere el triste carácter de un empeño suicida.

Y conste que invocamos estos intereses de orden moral, porque los consideramos muy altos para que puedan olvidarse; porque para que se nos juzgue con entera certeza de favorable fallo, para que la opinión internacional esté unánime á nuestro lado, para que se aplaudan nuestros actos que, por mucha luz que sobre ellos se arroje, mucha más demandan y resistirían, poco tenemos que pedir.

Verdad y justicia.





10.000 HOMBRES

NO hay nación tan desconoçida de propios y extraños como la nuestra: contados españoles y casi ningún extranjero han parado mientes en la lenta y segura reorganización del pueblo sufrido y heróico del Dos de Mayo, labor dificilísima realizada entre contínuos sacudimientos políticos y tenaces guerras, á beneficio de un corto período de paz interior de quince años; esta obra ha sido una revelación para Europa, y una sorpresa para América; un desencanto para nuestros enemigos, más astutos que resueltos, y, como para Europa, una revelación para nosotros mismos.

Ya toda incredulidad tocaría los límites de lo ridículo: creyéndonos sin fuerzas, lanzaron ingratos hijos el grito de rebelión en la manigua cubana, y la respuesta de España ha sido la movilización de un ejército de 250.000 héroes, porque es poco aplicarles el nombre de soldados; el infortunio, piedra de toque de los hombres y de los pueblos, se cebó en nosotros y sucediéronse, como páginas sucesivas de leyenda horrible, las más funestas catástrofes sobre nuestra valerosa Marina de guerra, contestando España al tenaz infortunio con la creación de una escuadra de primer orden, motivo para nosotros de legítimo orgullo y de respeto para las naciones extrañas; una nación que nos acecha, ganosa de cubrir su desnudez histórica y ennoblecer su orígen plebeyo con un girón tan sólo de nuestras glorias seculares, en chavacanas arengas y en documentos ambiguos que no se inspiran ni en los dictados de la generosidad ni en los estímulos del valor, alienta y fortifica de soslayo á nuestros enemigos, mide por su incapacidad propia la extensión de nuestro poder militar, insinúa plazos y balbuce arrogancias infantiles, y contestan los soldados herederos de la sangre

del Cid, hundiendo en los abismos del no ser al feroz cabecilla, alma de la insurrección, arrollando las negradas de Pinar del Río con la punta de sus bayonetas, y acorralando la infame rebeldía; nos suponen los menguados faltos de recursos, y surgen centenares de millones de las inexploradas profundidades de la riqueza nacional y de los senos inagotables del patriotismo español; nos consideran extenuados los ilusos engendradores de esta nefanda insurrección de una parte del suelo filipino, y responde la santa Patria con un ejército de 25.000 valientes.

No, ya la duda, si no es ridícula, es infame: el honor—lo hemos dicho antes de ahora—siempre tiene en España soldados; pero el honor, por sublime que sea ese ideal, por alto que sea su culto en la gloriosa raza española, sin el auxilio del poder no reune ejércitos formidables; el patriotismo es la primera virtud de nuestro gran pueblo, pero el patriotismo, por excelso que sea, ni aún elevado al rango de religión suprema de una heróica nacionalidad, sin la acción de cuantiosos recursos, no improvisa poderosas escuadras; el heroismo en fin, espíritu inmortal de los hijos de Pelayo, consubstancial con la gloria, honor

insigne de la Historia, excelencia de la, por excelencia, primera entre la gente latina, que la ha escrito con su espada y la ha firmado con su sangre generosa y pródiga, no es, por si sólo, bastante para crear cientos de buques de combate, organizar centenares de miles de soldados, y amontonar armamentos numerosísimos y costosos, y alzar al honor nacional una fabulosa pirámide de millones.

No, ya no es honrado dudar; para los extraños que lo nieguen no tenemos pluma, sino compasivo desprecio; para los pesimistas propios, para los ciegos de inteligencia ó menguados de corazón, sólo tenemos lástima en nuestro pecho; y á aquellos por los intereses bastardos que los inspiran, y á los últimos por su incapacidad notoria en el concurso de la acción nacional, no se dirigen nuestras palabras; ni nos importa convencerlos. Quede, para nuestros enemigos, como razón suprema, el empuje de las bayonetas españolas; reservada está para los otros la pena más horrorosa del espíritu; morir sin haber conocido—y sin merecerla,—la grandeza de la Patria en que nacieron.

¡Patria sublime, inmortal bandera las que así agrupan á su alrededor tantos hé-

roes como soldados! Al grito de la insurrección filipina, la más inicua y brutal de cuantas rebeliones registra la Historia, ha respondido España lanzando sobre este suelo, hasta ahora leal, un ejército de 25.000 soldados, reunido en breves meses, sin estorbos de mayores y simultáneos esfuerzos, antes organizados que pedidos, y que mucho antes hubiesen extremecido con su planta esta tierra española si antes se hubiese alzado voz que los reclamara: en diez expediciones arribaron á estas islas 15.000 combatientes, de cuyo ímpetu irresistible darán cuenta San Rafael y Cacarong de Sile: en cinco trasatlánticos, el último el "Magallanes", y en consecutivos días, vienen á unir á aquellos su valor indomable otros diez mil soldados españoles. Con Patria como España, el amor se convierte en entusiasmo y el entusiasmo en delirio, y en exaltación tan alta, no es mucho que toda plática sea arenga y todo artículo proclama.

¡Bien venidos nuestros bizarros hermanos! Con tales soldados, á que sumarán su cooperación las tropas voluntarias congregadas por el patriotismo en extensas y leales comarcas filipinas; con la dirección del caudillo preclaro que ha de llevar-

los á la victoria, y que en hora fausta elegido por la aclamación del pueblo español y señalado por la representación más alta, cada paso que adelanta en este suelo perturbado se cuenta por un acierto, por una previsión y por una energía; con los insignes generales que habrán de secundarle como fundidos en una voluntad sola, no es mucho que el espíritu español ayer inquieto aunque nunca abatido y hoy esperanzado y pujante, se pregunte qué restará en breve de la insurrección más abyecta y depravada que ha presenciado el mundo.

Un suelo manchado con sangre traidora y regado con sangre valiente y generosa: un negro borrón en los anales filipinos y una gloria más en los de la civilización y la Historia; y como ya ha sonado la hora del completo triunfo nacional y del creciente, patrio engrandecimiento, hora por igual oida en la manigua cubana y en una provincia filipina cuyo nombre no estampamos por no manchar nuestra pluma, quedarán entonces enarboladas en las cumbres de la gran Antilla y en las cimas más altas del territorio aquí deshonrado por la rebeldía, dos enseñas victoriosas teñidas de oro y grana, por igual respe-



tadas, igualmente galardonadas por el éxito y el valor, por el sacrificio y el combate, cambiando á través del azul espacio y de las olas asombradas, en los mares de Oriente y de Occidente, besos de gloria, saludos de amor, efluvios de inmortalidad y certidumbres de grandeza.





EL MARQUÉS DE COMILLAS



menudo se ha dicho, no sin visos de fundamento, que abundaba nuestro pueblo en hombres eminentes en todas las esferas del talento y en ejemplos numerosos de valor rayano en heroismo, pero no así respecto á grandes caractéres; difícil era probar con hechos,—y hay asuntos en que éstos constituyen prueba única,—la falsedad de la afirmación, porque esos grandes caractéres se revelan en circunstancias extraordinarias, en tanto grado que no se ofrecen á las naciones ni una vez, por suerte, en el transcurso de un siglo.

Las circunstancias que hemos cruzado en los dos años últimos, han demostrado plenamente que esos caractéres existen hoy, como

en todos los siglos, en el gran pueblo español, y se han revelado, con repetición tan pasmosa, que es tarea difícil entresacar de entre millares de ejemplos que pasarán á la Historia, las figuras más salientes de esta obra grandiosa de reconstitución nacional.

La justicia exige, sin embargo, que la tarea se emprenda sin vacilaciones ni demoras; las líneas que hoy se escriben, el aplauso que hoy se tributa, el entusiasmo que hoy mueva la más módesta pluma, jalones son que marcarán el campo amarga y penosamente recorrido, y elementos de serena y minuciosa compulsa en que á todos los que al público se deben han de alcanzar las responsabilidades de lo omitido, el examen de su influencia en la opinión y la gloria de los tributos rendidos á lo justo, lo noble y lo honrado; dichoso entónces el que pueda considerarse satisfecho de lo escrito y contento de lo que dejó de escribir: feliz entónces el que acertó á inspirarse en los dictados de la justicia, y la sintió tan hondo y la expresó tan alto que, en medio de un período de perturbación, hubiere seguido al hecho realizado como la sombra al cuerpo: que justicia tardía tiene sombras de olvido y de torpeza, más que justicia parece acu-

sación propia, y, por remisa y difícil, tiene visos de arrepentimiento.

Necesarios han sido una inícua rebelión de dos años en la infortunada Cuba, la creación rapidísima de una escuadra poderosa, la organización de ejércitos formidables, la insurrección abyecta y miserable de Filipinas, y el transporte marítimo de centenares de miles de soldados, para que los grandes caractéres se reveláran, para que se alzasen, entre el asombro de Europa, esas gloriosas figuras nacionales, que tienen hoy erigidas estátuas en la conciencia de todo el pueblo y en la gratitud de toda la nación; célebres son esos nombres en la historia contemporánea; inmortales serán en la historia venidera; y mientras exista España, mientras vibre en los aires ó palpite en el libro la sonora lengua de Cervantes y Teresa de Jesús, sus nombres serán objeto de las bendiciones de la posteridad, y para ello no será necesario ser español, sino ser hombre; no será necesario ser patriota, sino ser honrado.

Entre esos nombres ilustres, en cuya exaltación se ha honrado nuestra pluma; entre los nombres del estadista eminente que ha sostenido en sus hombros de atleta el peso

de tan graves conflictos, el Sr. Cánovas, que rige, por suerte, los destinos de la Patria imperecedera; entre los nombres ilustres de Azcárraga y Beránger, columnas firmísimas de la reorganización y del honor nacional, preciso es colocar otro insigne nombre, á la mayor altura, el del Marqués de Comillas, hoy primera figura entre las primeras figuras españolas.

Asombra lo hecho por tan ilustre español, y preciso parece presenciarlo, haberlo visto, para no suponerlo patriótica exageración acto lejano que se agranda y se abulta, ó portentosa leyenda; no bastaba que el génio organizador, á quien, con haberle hecho tanta, aún no se ha hecho la debida justicia, dispusiera millares y millares de heróicos soldados; preciso era transportarlos al mundo de Colón con rapidez tan maravillosa que cayesen, como irresistible alud, sobre las masas infames de Máximo Gomez y sobre las negradas salvajes de Maceo; y, en cortos meses, doscientos cincuenta mil hombres desembarcan en las playas cubanas; no bastaba que, á porfía, los exímios generales Azcárraga y Beránger organizáran, en plazos milagrosos, otro potente ejército que viniese á ahogar esta vil y repulsiva rebelión

que presenciamos, y en breves semanas, á bordo de trasatlánticos españoles, en buques que arbolaban en su popa gallarda la enseña dorada y roja, veinticinco mil soldados, como oleada del irritado mar, extremecen con sus pisadas la tierra filipina.

No han faltado á esfuerzo tan colosal, talento, abnegación, acierto ni fortuna: al par que navegaban cincuenta mil hombres para la Antilla rebelde, cruzaban los mares, en demanda de Filipinas, veinticinco mil soldados: ni un obstáculo no vencido, ni un contratiempo no evitado, ni una previsión no tenida en cuenta: á las pocas horas de consultado un embarco, ya la nave, encendidas sus entrañas de hierro y lanzando á los aires sus penachos de humo, como si trazase en el espacio rúbrica colosal al patriótico deseo, aguardaba en el puerto á los sufridos soldados que había de conducir á los senos de la alevosía y de la infamia: si hicieron falta barcos, como por mágico resorte esos barcos surgieron sobre las olas, pero ni un buque que representase ajeno auxilio, ni un trasatlántico que no ondease en su popa la santa bandera española.

Más que cuanto decir pudiéramos, lo dirán por nosotros los siguientes datos,

de rigurosa exactitud: no hay nada más elocuente que las fechas, barcos y cifras que estampamos á continuación:

BUQUES	Llegada á Manila	CLASE DE FUERZAS	Núm.
Cataluña. . . .	1.° Oct. 1896	Infantería de marina .	917
Monserrat . . .	6 id. id.	Cazadores	1.062
Antonio López .	13 id. id.	Inf.ª de marina.—Art.ª	1.214
Isla de Luzón .	17 id. id.	Cazadores	2.066
Colón.	3 Nov. id.	Cazadores-Cab.ª—Art.ª	1.392
Covadonga. . .	14 id. id.	Cazadores	1.999
Alfonso XIII . .	2 Dic. id.	Inf. de marina.—Cazad.	1.076
León XIII . . .	11 id. id.	Cazadores	1.800
San Fernando. .	27 id. id.	Inf. de marina.—Cazad.	2.054
Isla de Mindanao.	7 Enr. 1897	Cazadores	1.280
Montevideo. . .	16 id. id.	Id.	2.155
Antonio López .	16 id. id.	Id.	2.884
Isla de Luzón .	17 id. id.	Id.	
Colón.	20 id. id.	Id.	2.182
Magallanes. . .	25 id. id.	Id.	2.785
		Total.	24.866

En quince expediciones, en que apenas algún buque ha repetido viaje, y simultáneamente que la misma Compañía Trasatlántica transportaba á Cuba el último refuerzo de cincuenta mil hombres, se han conducido aquí veinticinco mil soldados.

Inútil es cuanto á esas cifras agreguemos. No nos ciega, no, el amor patrio al afirmar que en ningún país ni por compañía alguna de igual índole se ha realizado jamás parecido esfuerzo ni por tan admirable manera, ni en tan desinteresada forma: con orgullo lo consignamos; es grande la nación que cuenta con tales hombres: al escribir sus nombres parece que brotan puntos luminosos de la pluma: este tributo de gratitud merece, y por eso le llamamos primera entre las primeras figuras españolas de este siglo, el ilustre Marqués de Comillas, de quien puede decirse, aún habiendo sido su difunto padre tan insigne patricio, á quien Barcelona ha alzado honrosa estátua, que es heredero y sucesor de sí mismo.





NI EL NOMBRE

NO trazamos derroteros á quien sigue su camino con tal firmeza que hoy es, á un tiempo, esperanza unánime de España y realidad inmediata y viviente en Filipinas; lejos de pretender usurpar altas iniciativas, estamos seguros de secundarlas y de hacernos intérpretes del sentimiento que, en estos instantes, anima á todos los buenos y á todos los leales: esbozamos una idea; su conveniencia ó su importancia habrá de medirla, si mereciere este honor, la Autoridad ilustre á cuyo lado nos hallamos, no sólo por deber, sino por convicción, no ya por obligación sola, sino por entusiasmo.

Un poderoso ejército de 25.000 bizarros

combatientes, á que se unirán las fuerzas que aquí con anterioridad existían y los voluntarios que ha puesto el patriotismo de extensas comarcas filipinas al servicio de la santa causa española, dará, bien pronto, buena cuenta de la rebelión criminal y absurda que estalló, por modo abominable, en este pedazo de tierra de la Patria, y que se apoderó á traición y por negro abuso de la hidalga confianza nacional, de una provincia cercana, convirtiéndola en teatro de iniquidades atávicas, en escenario de horribles depredaciones y delitos, en antro de corrupción y de atropellos infames y en vil lugar de prolongados ultrajes al honor, á la religión de nuestros mayores, á la civilización, á la Patria, y á la libertad, la dignidad y la conciencia humana.

El delito no puede ser mayor, ni la ingratitud más salvaje, ni la traición más cobarde y meditada: quisieron sorprender y atar al león, y el león no tuvo más que incorporarse para aterrarlos con su mirada y romper las débiles ligaduras: aún tuvo tiempo de contemplarlos con desdén compasivo mezclado de interés noble, en espera del arrepentimiento; Dios perdona los pecados y la Patria perdona

también los extravíos; pero hánse colmado ya las medidas de la paciencia; extinguióse en los aires, como vibrante sonido que se aleja, la hora definitiva y última del perdón, y han pasado los largos términos de la generosidad española.

¡Ay de esa desleal é insensata provincia! La guerra estremecerá con planta asoladora su deshonrado suelo; sus torpes y consentidas masas, reunidas como rebaños de feroces bestias, cederán atemorizadas ante el empuje de nuestras bayonetas triunfadoras; sus míseros y engreídos jefes, empujados por irrisoria burla de la suerte, desde el modesto banco del Tribunal municipal á la dirección y gobierno de greyes inconscientes ó envilecidas, no hallarán entonces senda de fuga en los horizontes cerrados por el pánico, ni rayo de luz entre las lobregueces del miedo: los obstáculos soñados se convertirán en despojos ya atrás abandonados por las valientes tropas, á cuyo paso se abatirán los pueblos y se allanarán las trincheras, hasta en sus cimientos barridas por el hierro de los cañones; y entre los ayes de los vencidos y el grito de la victoria; sobre el ensangrentado suelo y los amontonados escombros, y las pirámides de

cadáveres de ilusos y traidores; desde las costas que reflejan sus ingratos contornos en las aguas de nuestra bahía, á las que recortan sus siluetas montuosas en la Laguna de Bay, ondeará solo una majestuosa bandera; la enseña oro y grana: que, como antes decimos, ya no es hora de perdón, sino de justicia; ya no es tiempo de generosidad, sino de castigo; ya no es hora de tregua, sino de triunfo.

Posible será que en ese suelo ingrato existan leales á la fuerza sometidos; no negamos tampoco que haya mayor número de indiferentes que ansíen la terminación del desórden y del actual sueño de las leyes en esa abyecta rebelión de lavanderos elevados al rango de señores; mas no hay noticia de rasgo alguno de lealtad colectiva, ni una protesta ha rasgado el aire para venir á fundirse en el sentimiento patrio de indignación y de ira, ni un grito de reprobación ha poblado allí el espacio, ni un pueblo ha sucumbido ó luchado antes de allanarse á la iniquidad, ni un acto de energía ha sellado con sangre la gratitud debida á la nobilísima Patria por quien ellos gozan derechos y paz, instrucción y creencias, dignidad y puesto entre los pueblos civilizados.

Pero decimos mal; un pueblo ha luchado, un pueblo ha resistido, rechazando á diario, con rara constancia y á costa de su sangre, la acometida de las hordas: en frente de la insurrección, tocando los peligrosos linderos de la infamia, se ha conservado leal, casi siempre entregado á sus propias fuerzas ¡Honor al pueblo de Carmona!

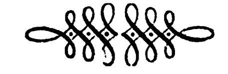
Por la provincia desleal cruzará la guerra, pero también pasará la civilización: el suelo hoy manchado de crímenes y de sangre, tornará á cubrirse de frutos y de flores, cuando lo ennoblezca la paz y lo riegue el sudor del honrado trabajo; sobre los pueblos arruinados se elevarán risueños y florecientes pueblos, sobre al antro de crímenes monstruosos, se alzará el templo cristiano; el foso será acequia; la trinchera, camino; sembrado el campo sin cultivo, las arrasadas viviendas, trojes y hogares... Sólo quedará un nombre, el nombre de la provincia y su capitalidad, teatro de conspiraciones horrendas y de sangrientas hecatombes; un nombre que suena á traición y que destila infamias, alevosías y sangre por cada una de sus sílabas; pero ese nombre infausto que resucita remembranzas de 1872 y eterniza horro-

res de 1896, fechas de luto y lágrimas para la Patria queridísima, y de tristes, imborrables recuerdos para los allegados de tanto mártir asesinado, de tanto infortunado cautivo, de tanta débil mujer atropellada; ese nombre que cubre ya deshonor perpétuo y eterno baldón para sí mismo puede cambiarse, y no debe subsistir, ni jamás pronunciarse por lábios de leales.

Carmona ha alzado su nombre á altura tal, que bien puede con él considerarse honrada la provincia entera: es nombre español, y bien puede con agua de nuevo bautismo regenerarla; y, por su sonido castizo y noble, españolizarla: los Generales invictos que, sobre los restos de una región infecta, alzarán con sus espadas, como monumento al honor nacional, una nueva y reformada provincia, bien pueden honrar con sus nombres ilustres los más importantes pueblos; y, como homenaje al Rey niño, bajo cuyos auspicios se aniquila á los torpes enemigos del nombre español y se reconstituye y se engrandece la Patria, de quien es tan alta y legítima esperanza; como homenaje rendido en su hijo augusto á la egregia dama que asombra al mundo por su prudencia y sus

virtudes, ningún nombre mas grato ni más glorioso que el de *Alfonso XIII* puede darse á la capital que hoy lleva el nombre aborrecible de aquella porción de tierra, que ha de ser siempre española.

Creemos que esta idea bulle en todos los cerebros, y late en todos los corazones. ¡Fuera los nombres que trascienden á deslealtad! ¡Sustituyamos, siquiera en este caso, sílabas atávicas con otras más sonoras del gran verbo castellano, y los sonidos de traición con vibraciones de gloria!





EL PLAZO

ESPIRA el plazo; no el concedido con inusitada magnanimidad y largueza por la lealtad á la traición, por el poder á la debilidad, por la nobleza á la perfidia, plazo en que la hidalguía y la grandeza españolas, una vez más, se han superado á sí mismas: espira ese otro plazo, más alto aun é improrrogable, que Dios señala á la iniquidad, porque no puede prevalecer el escandaloso imperio de ésta contra el bien y la verdad, la razón y la justicia; se extingue ese otro plazo cuyo término acelera la Historia interrumpida, para reanudar su trama indestructible y abrir de nuevo sus páginas

de oro, cuyo fin aguarda impaciente la civilización para arrollar con sus plantas triunfales los obstáculos interpuestos en su camino por la brutal barbarie que, como el mal, renace de sí misma, y alza su rostro repugnante que afean las ferocidades del instinto siempre rebelde y contumaz, aunque siempre pisoteada y vencida.

Largo ha sido el plazo; como que en él se ha cerrado el proceso de la justicia, y la propia iniquidad ha tenido tiempo de apurar su impotencia y deshonrarse á sí misma: el fraude y la mentira tanta luz recibieron en plena cara, que la escondieron con vergüenza; enmudeció la enemistad extraña, y el mundo civilizado dictó, contra la causa infame, irrevocable sentencia.

Esta se cumple: el plazo espira, y la ejecución se acerca: Dios ciega primero á los hombres que deben perecer purgando sus crímenes, y ciegos estuvieron; señalaba ya el tiempo la hora solemne del inexorable castigo y no quisieron mirarla; aniquilados y deshechos en Manila y Bulacán, en Laguna y Batangas, en Bataán y Zambales, cuantas veces intentaron oponer cobardes masas indisciplinadas á nues-

tras tropas valientes y aguerridas, mil veces les ha perseguido la evidencia de su incapacidad y su impotencia, y no han querido verla; y lejos de conocer su error, en él persistieron; lejos de rendirse ante las exigencias de su propio bien, de él se alejaron; en vez de penetrarse de su estéril inferioridad, continuaron en su actitud de imbécil desafío; á sus torpezas añadieron torpezas, á sus viles errores más errores, y sobre los crímenes horrendos realizados, consumaron mayores, más repugnantes y nefandos crímenes: y de tal modo se han emancipado de la ley, que ya no hay ley que les comprenda; de tal manera se han alejado del perdón, que ya no hay perdón que les alcance; nada queda, pues, por hacer á la acción gubernativa, sino al ejército; nada queda que hacer al perdón, sino al castigo; solo queda que hacer á la justicia suprema de las armas.

No se trata, pues, de un duelo, sino de un castigo ejemplar; no se trata de una lucha sino de un triunfo; no habla ya la voz de la piedad nacional, sino la voz de los cañones que reclama puesto y espacios para la santa bandera española, desconocida y ultrajada; y cuando se estreche el círculo de hierro y se ciña el avance

incontrastable de nuestros soldados, y pensemos todos en el heroismo que se derrocha y en la sangre que se vierte y en la infamia que se ahoga, que una sola frase descienda de nuestra conciencia á nuestros labios: ¡que caiga esa sangre sobre la envilecida frente de esos malvados y que sobre ellos caigan también, por los siglos de los siglos, las maldiciones de la humanidad y las execraciones de la Historia!





POR EL TRIUNFO



LAS noticias de las primeras y brillantes victorias obtenidas por nuestras armas en Cavite han despertado entusiastas ecos en nuestra amada Patria, no por inesperadas, que eso y mucho más España espera del caudillo ilustre á quien se ha encomendado la pacificación de este pedazo de tierra, prolongación del suelo glorioso castellano, y la misión altísima de la defensa del honor nacional y de la integridad de nuestro territorio, sino porque aquellos anuncios han asegurado á los corazones españoles que desde lejos nos contemplan con el alma, que llega á donde no alcanzan los ojos,

que ha sonado la hora del castigo y ha llegado el momento de que la santa bandera amarilla y roja, terror en Occidente y en Oriente de nuestros enemigos y admiración del mundo en estos días aciagos, tremole sobre las trincheras amontonadas por la deslealtad y abata el estandarte asqueroso alzado por la traición y la rebeldía.

Y yá esa bandera, abrumada con el peso de sus glorias, ondea sobre el suelo envilecido por tanta traición y cansado de tan larga infamia; esas trincheras que hace meses desafiaban nuestro poder, holladas fueron por plantas españolas al primer empuje incontrastable de nuestros soldados, que más allá de la línea del Zapote, nuncio son de muerte y de ruina de las brutales turbas y jalón primero de la indiscutible y decisiva victoria: avanza esa bandera, objeto de nuestro amor y nuestro culto, hácia la rebelde Siláng, tremolada por las valerosas manos del General Lachambre, y otro General, el señor Jaramillo, ya la clava sobre las cumbres casi inaccesibles del Sungay; la fiera que se revuelve en la deshonrada y próxima provincia, ruge de espanto encerrada en poderoso círculo de hierro, aún mas fuerte

que por las armas, por el corazón de nuestros heróicos soldados: la traición cerró los oidos de las incultas hordas, á la voz compasiva de la Patria, y ésta hoy cierra á la traición todos los caminos; cerró la deslealtad las entradas al honor, y hoy la lealtad cierra sus salidas al miserable miedo: ley es, así divina como humana, que las colectividades, como los individuos, purguen los horrendos crímenes que cometen; ley es de Dios, y de los hombres, ley, mejor dicho, de la propia naturaleza de las cosas, que el delito lleve en sí mismo la inexorable pena; y es, por último, providencial designio y ley suprema de la raza española y de esa enseña triunfadora que es el símbolo del espíritu nacional, que muera el cobarde que la niegue y sucumba el miserable que la ultraje.

Para todo esto sobra el valor, pero hace falta el talento; preciso es que cada soldado sea un héroe, cada batallón un baluarte, cada columna un ejército incontrastable, cada bandera una señal de gloria, cada cañón un eco de triunfo; pero preciso es también que cada paso sea un adelanto, cada avance una garantía, y una victoria cada gota de leal sangre derramada.

La impaciencia nunca realiza empresas grandes, que están reservadas al talento que espera, al cálculo inteligente, á la pericia que razona y al valor sereno que delibera y resuelve, determinándose después con la rapidez del relámpago, terrible como el rayo que de improviso hiere; corta empresa fuera para el caudillo ilustre en cien campañas vencedor, y para el heróico ejército en todos los siglos triunfante, hollar con planta vencedora los reductos de Bacoor, barrer los obstáculos amontonados en Silang, y arrollar las toscas defensas y las tenaces hordas en Imus apiñadas; pero otra cosa imponen previsiones que para nadie pueden ser un misterio; otro esfuerzo exigen más meditado y completo, intereses altísimos; otro plan reclama la sangre preciosa del soldado: una imprevisión malogra la más pensada empresa; una previsión asegura el éxito más difícil. Todo debe sacrificarse al triunfo.

Aguardemos, pues, que el desenlace se acerca: el nombre ilustre del Marqués de Polavieja es de ello sobrada garantía; nunca ejército alguno tuvo mejor caudillo; nunca tuvo la voluntad á su disposición un alma mejor templada; ni á su devoción el triunfo

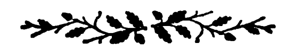
inteligencia más vibrante, ni la gloria halló jamás frente más alta, ni el honor nacional estuvo nunca en mejores manos. Hartos se verán los que ansíen triunfos; satisfechos los que el castigo esperan, y colmadas las impaciencias, tal vez irreflexivas, pero entusiastas y ardientes como españolas.

Ya lo hemos dicho en anterior ocasión: las miserables hordas que, volviendo las espaldas á la civilización y al honor, á Dios y á la Patria, á la gratitud y al deber, sólo pueden aspirar á volver á las cavernas primitivas, á la guarida de la fiera á la desnudez salvaje; los malvados y cobardes que, sin valor para luchar cara á cara, esconden su infame miedo y su vergonzosa alevosía en multiplicados é inútiles parapetos, para herir á mansalva el pecho generoso y descubierto de nuestros soldados, no valen el sacrificio gallardo de nobles vidas, ni su asquerosa sangre una gota siquiera de leal y valiente sangre española.

Hay que contestar á su perfidia con la superioridad de nuestros medios, á sus ardides cobardes con la ventaja de nuestras armas, y á sus astucias viles y á su prevista y vergonzosa fuga, con mano de

hierro que les cierre el paso, y con meditados planes que los acosen y aniquilen: grande es el entusiasmo patrio, en estos momentos, por nuestros primeros triunfos: pero si llegado el triunfo supremo, allá corre la palabra eléctica deslizándose por el fondo de los mares, con el anuncio de que nuestra santa enseña, esa bandera que al ser ultrajada *se tiñe de un color solo,* según la frase de inmortal poeta, al elevarse sobre las cumbres y alturas de la provincia rebelde, se alza, si, empapada en sangre, pero en sangre enemiga, el entusiasmo será frenesí, vítores, ovaciones y lágrimas de gozo, especialmente bendiciones y lágrimas de las madres españolas.

Entretanto, saludamos con entusiasmo al esclarecido General Polavieja, en él saludamos la esperanza nacional que se convierte en realidad inmediata y cumplida, el símbolo de nuestra grandeza y nuestra gloria, y el alma viril y entera que en sí resume toda el alma heróica y vigorosa, y todo el ardimiento y las excelsas certidumbres del pueblo español.





LA TOMA DE SILANG

PRESENCIAL testigo, por suerte que considero gloriosa, de la toma de Siláng, ese baluarte de la ya vencida insurrección, que hizo inexpugnable la naturaleza y allanó el valor increible de nuestros soldados; actor, aunque insignificante y modesto, en ese hecho de armas brillantísimo, que puede tener iguales, pero no superiores, en guerra alguna, tomo en mi mano la pluma, no para escribir lo que está fuera de toda descripción, sino para reflejar, como fotográfica placa, algunas de las impresiones recibidas, cuando aún pasan ante mis pupilas las imágenes de aquel día solemne y de aquel victorioso

combate, como figuras de un sueño de gigantes, y entre descargas de fusilería, ayes de heridos y gritos de triunfo, miro alzarse en la torre más alta la española enseña, y cuando aún repercuten en mis oidos los delirantes vivas á España y á nuestros Generales invictos, repetidos por millares y millares de soldados y por los ecos formidables de los precipicios profundos y abruptos barrancos que circundan la población, y aún me siento deslumbrado contemplando atónito aquel sol vivisimo que parecia asociarse á nuestra victoria con relámpagos de fuego, aquellos ojos, en que, sin excepción de un soldado, vibraban relámpagos de entusiasmo, y aquel oro brillante y aquella encendida grana en que parecían recogerse y difundirse por el espacio relámpagos de gloria, entre los pliegues, rizados por el aire, de nuestra santa bandera.

¡Dia solemne el 19 del actual para los fastos españoles! ¡día de vergüenza y luto para esa infamia sin nombre, á la que por darle alguno y enalteciéndola con ello, llamamos insurrección inícua y salvaje rebeldia! En esa fecha memorable ha recibido el mónstruo innoble la primera, pero mortal herida en medio del corazón: en

vano en los transcurridos meses, mientras la heróica Patria apercibíase para contestar á la traidora sorpresa, amontonaban sus enanos enemigos defensa sobre defensa y multiplicados reductos y trincheras en aquellas fragosidades inaccesibles casi á las plantas del hombre: en vano la naturaleza complacióse allí en desplegar lujo de obstáculos, cercando aquella planicie de ondulados precipicios inmensos que semejan olas gigantescas de hirvientes masas volcánicas, de pronto cuajadas y endurecidas en mitad de su titánico movimiento: en vano nuestros enemigos salvajes utilizaron aquellas escabrosidades enormes para prevenirse en resguardos de roca que ocultasen las astucias de su corazón pequeño y tapasen y defendiesen sus pechos infames y sus alevosas caras; todo en vano, porque allí, de frente y á pecho descubierto, fueron á buscarles y á dispersarlos las columnas españolas: allí fueron las tropas valientes y leales á deshacer á cañonazos los multiplicados reductos, á herirles en el rostro repugnante con la certera bala y á hundir en sus pechos innobles, con vigoroso empuje, la vengadora bayoneta. Allí cayerón sobre esos miserables, á la manera de alud irre-

sistible, nuestros soldados, entre los que se cuenta el número de héroes por el número de caudillos y combatientes, y el de los mártires del honor de la Patria, por los que faltan en las valientes filas: allá subieron al grito delirante de ¡Viva España! en impetuosa carga á la bayoneta, hasta las cumbres en que se asienta el pueblo, tres mil soldados españoles, arrollando las masas enemigas, que, incapaces de resistir la acometida brava, más bien se precipitaron que huyeron por los hondos barrancos; allí, para honra insigne del ilustre General Lachambre y de los esclarecidos Generales Cornell y Marina, que tan bizarramente le secundaron, se ha repetido la hazaña histórica del Condestable de Borbón al clavar, en los muros de Roma, el pendón castellano, porque, en efecto, el astuto rebelde *apenas tuvo tiempo de decir tres credos* cuando ya ondeaba sobre la torre de la iglesia de Siláng nuestra triunfante bandera, y fué tal la victoria y fué tan rápido y decisivo el combate, que en cinco horas se coronó el pueblo, con cerca de dos mil bajas del enemigo, de ellas quinientos muertos y sólo setenta bajas.—bien que muy sensibles,—de nuestros soldados; que así sabe batirse este insupe-

rable ejército español, causa legítima de la admiración ajena y del orgullo nacional, y así sabe escribir en páginas de inmortalidad líneas de heroismo, y asombros de bravura en páginas de gloria

Si asombroso ha sido el éxito obtenido en el ataque y toma de Siláng por el esclarecido y bizarro General Lachambre, mayor asombro, causa, á quien conoce el terreno en que se han efectuado las operaciones, la conducción y paso de la artillería de grueso calibre por caminos que ha habido que abrir, y á través de precipicios y barrancos de gran profundidad y pendientes tan rápidas, que las curvaturas tienen escasos grados, y los carros de los convoyes, arrastrados por lentos pero seguros carabaos, han de salvarlos contenidos en las bajadas y empujados en las subidas por centenares de hombres; habiéndose algunos, en tan peligroso trayecto, precipitado al fondo del abismo; pero nada ha faltado allí, ni esfuerzos de talento, ni milagros de voluntad ni derroches de valor: el general Lachambre, que á su actividad incansable, y á su arrojo que le lleva siempre al puesto de mayor peligro. une una inteligencia de primer orden, no sólo supo meditar un plan mag-

nífico de avance y de ataque, sino que— lo que es mucho más difícil—aseguró, asimismo, todos los medios de realización: el resultado lo pregona: Generales insignes le han secundado por modo admirable; el valeroso y entendido Cornell, el bizarro cuanto inteligente Marina, á quien se debe, mediante las confidencias de una mujer leal, ahorro de preciosas vidas y de sangre generosa; difícil es consignar los nombres de cuantos, ya jefes, oficiales ó soldados, se han distinguido en la toma de la población y en los combates que la precedieron, en las costosas trincheras de Munting-ilog y Malaquing-ilog, allí quedaron sepultados, al arrullo de las áuras gloriosas del combate y á la sombra de nuestra invicta bandera, el pundonoroso Vidal y el malogrado Jaen con un puñado de valientes; allí cayeron heridos el valeroso López Morquecho, los bizarros Escoll y Taboada; y en las sucesivas funciones de guerra se distinguieron muchos, innumerables jefes y oficiales, como el heróico coronel Zabala, el bravo y entendido comandante de E. M. D. Enrique Toral, ambos objeto de general elogio, el bizarro capitán de caballería D. Cárlos Maqueira, los ayudantes del

General Lachambre, señores Monteverde y Lachambre (D. Rafael), el Jefe de E. M. Sr. Ruiz Jimenez de excepcionales dotes de arrojo y de pericia, el comandante White, que no halla descanso á su actividad ni obstáculos á su valor, el Magistrado Ripoll, que ha cambiado la honrosa toga por el brillante uniforme de comandante de la guerrilla de S. Miguel y ayudante del general Lachambre, llevado sólo de su patriotismo ardiente y su bizarría, y otros cien que sería prolijo enumerar. Los combates en Siláng sostenidos, han constituido un certámen de abnegación, valor y sacrificios, en que entre todos ellos, como entre todos nuestros soldados, queda la victoria indecisa.

Y al llegar aquí, dudo de consignar el comportamiento brillante de la sección movilizada de la guerrilla de S. Miguel, ya que, por honra inmerecida, siendo el último de tan animosos voluntarios, hubieron éstos de elevarme al rango primero; pero, ¿cómo omitirlo?

Hoy, por otra parte, habla el entusiasmo que no admite silencios; hoy habla la justicia, que no permite olvidos, y menos si se entiende, con sinceridad honrada, que en cuanto se consigna queda excluido el que

traza estas líneas, que se refieren sólo á la sección que le precedió en marchar al campo de operaciones, en las que tan señalado puesto de honor se dignó concederle el ilustre General Lachambre.

Al lado y en seguimiento de tan digno General, la guerrilla, representada por aquella sección, ha tomado parte en los combates de Munting-ilog y Malaquing-ilog, y en el ataque y toma de Siláng: allá fué, no por estímulos de obligación, sino por impulsos de patriotismo, elevados á religión del deber; los trabajos pasados, los sufrimientos padecidos, no hay para qué enumerarlos, y presentes estarán en cuantos conozcan el terreno en que se opera y la índole de esta guerra; sufrimientos y penalidades compensados de sobra por las atenciones esquisitas, que nunca serán agradecidas por los voluntarios en cuanto valen, que les ha dispensado el general Lachambre, tan cortés caballero como valiente soldado: allá fué, pues, la sección, y en vanguardia, junto al dignísimo general, sufrió el fuego enemigo, vomitado con fúria por encubierta trinchera, y todo se dice con decir que se han conducido como soldados españoles.

Dificultades de orden material han en-



torpecido la continuación de estos voluntarios en las operaciones que por aquel lado se siguen, sintiéndolo tanto como por la privación del repetido honor que les cupiera en la participación en sucesivos hechos de guerra, por separarse de general á quien tanto deben; pero al alejarse de allí, conduciendo el convoy de los heridos, bien pueden estar satisfechos con la conciencia del deber espontáneamente impuesto y dignamente cumplido.

Con Siláng cayó la fortaleza más formidable acaso de la insensata y vil rebeldía: el golpe ha sido en el corazón; cayó el soñado baluarte como débil castillo de naipes ante el empuje irresistible de nuestros soldados: ¡qué hermoso día! ¡qué triunfo tan brillante! ¡qué nueva gloria para el ejército español! El viejo sol de España, aquel sol de otros días, encadenado á la perpetua esclavitud y á la presencia perenne de los dominios de la gran nación de Cárlos I, brilló otra vez con sus antiguos resplandores; y, ¿por qué no decirlo?, ¡el día de Siláng, cada rayo de ese sol era un rayo de gloria! El valor del soldado—ya lo hemos dicho—sólo tiene un rival, su entusiasmo en el combate; y un vencedor, su generosidad en la victo-

ria:“ ¡soldados,—álguien dijo á unos heridos durante la refriega,—resignación, y ¡Viva España!—“¡Viva!“—exclamaron aquellos héroes agitando en el aire sus crispadas manos. ¡Viva España!, gritaban los batallones triunfantes al penetrar en las calles de Siláng, y ¡Viva España!, contestaba delirante, desde una casa en que se hallaba prisionero, el soldado José Martín Arias, del batallón de cazadores número 15, mal herido en uno de los combates de los anteriores días, y vivo aún, por milagro, entre las manos de aquellos salvajes.

¡Espectáculo grandioso y deslumbrador! Siláng descansaba tranquilo, entregada la población á su vida ordinaria juzgándose inexpugnable: al error han sucedido la fuga y el pánico, que correrá á estas horas, como calofrío de muerte, por las entrañas y las venas de los insensatos foragidos: ha comenzado el término; la conclusión se acerca, pero sin añadir sucesivos timbres á tan glorioso hecho de armas, bien puede estar satisfecho el ilustre General Polavieja del comienzo de la campaña bajo su alta dirección y su pericia y su valor emprendida, y bien puede estar orgulloso del éxito el insigne Ge-

neral Lachambre, que contando triunfos tan preclaros en su carrera, mirará el de Siláng como de los más brillantes, porque es de esos de que puede una nación envanecerse; de esos que determinan el resultado de una campaña; de esos que virtualmente colocan sobre la bocamanga de un caudillo un entorchado más; de esos, en fin, que registra la Historia, recoje la fama, inmortaliza el poeta y conmemora un pueblo; de esos de que se afirma, con entusiasmo y con orgullo, que nunca se elevó más el honor de las armas, ni se honró más una bandera, ni quedó más alta la gloria del soldado.

Manila, 23 Febrero 1897.





LA ESCUADRA

EN este palenque de gloria representado por el ataque á la desleal provincia de Cavite, en que ha cosechado tantos laureles nuestro ejército insuperable, contando sus triunfos por sus hechos de guerra, corresponde puesto señaladísimo á la valerosa escuadra, que dirigida por General ilustre, de temple de acero y voluntad incansable, viene colocando tan alto el nombre de nuestra brillante Marina, cuyo arrojo, timbre de la historia patria en todos los siglos, aún parece agigantarse cuando el acierto le iguala.

Cortas horas han bastado á la ague-

rrida división del bizarro General Lachambre para posesionarse de Siláng, Dasmariñas y Salitrán, puntos en que fiaba su mayor defensa la insensata y torpe rebeldía: cortas horas de lucha, aumentadas por días de obligada inactividad, inevitable en estas guerras irregulares en que suele ser el menor obstáculo el enemigo: breves horas también han bastado á nuestra heróica escuadra para arrasar la costa desde Bacoor á Ternate, destruir multiplicadas trincheras, reducir á montón de pavesas ingratos pueblos, y, no satisfecha con vomitar sobre las turbas enemigas el hierro formidable de sus potentes cañones sembrando el estrago y la muerte entre la revuelta canalla, internarse por los ríos contrarios, en improvisadas embarcaciones, yendo á buscar y herir, en sus cobardes madrigueras, el oculto pecho de la escoria caviteña.

Como puede afirmarse de nuestro bravo Ejército, cabe decir de la valiente Marina, que lo yá realizado es sobrada garantía de lo que resta por hacer: contadas están yá las horas de la insurrección más miserable y desatentada que registran los fastos tristísimos y negros de esta funesta época; medida, por brevísimo

término, la existencia de ese foco de miserables conjuras y torpes apetitos y ambiciones, cuyo nombre odioso de Imus resonará como una maldición ó como el grito de un réprobo en los anales de Filipinas, aproximándose yá, con firme paso, ese dia por todos ansiado, esperado por todos, tan cercano que hasta en el aire que nos envuelve se sienten y se perciben alientos de lucha, ecos de júbilo, vibraciones de triunfos y resonancias de gloria.

El oprobioso centro de rebeldía ya ha recibido, con el hierro destructor lanzado por nuestros barcos de guerra, los primeros y terribles avisos de la ira española. Grandiosa ha sido en ese y en anteriores días el espectáculo ofrecido por la escuadra; rebeldes pueblos, escondidos entre lujuriosa espesura, como recatándose al merecido castigo, apenas muestran señal de su existencia en la entrevista techumbre de la casa parroquial y en la torre de la profanada iglesia, no más alta que los corpulentos árboles que la rodean: alrededor se adivinan esas sucias y miserables viviendas que no tienen el valor de un hogar, chozas inconsistentes y débiles, como el corazón de sus moradores, y por

donde pasa una granada sin destruirlas ni derribarlas, perforando nipas y cañas que sustituyen otras cañas y nuevas nipas sin esfuerzo y sin coste.

Frente á estos pueblos, donde no existe el hogar con sus recuerdos, su tradición y su santidad, ni el muro resistente que se desploma causando víctimas, ni monumentos cuya ruina avergüence, ni edificaciones cuya riqueza represente labor acumulada por varias generaciones, es difícil la misión de nuestros barcos de guerra, pero han sabido superarla: al descubierto blanco que ofrecen en cualquier nación de Europa las florecientes ciudades y ricos pueblos, ha sustituido el cálculo paciente, la inquebrantable constancia, la arriesgada aproximación á la costa, la pericia, el entusiasmo y el valor.

Y en verdad que al contemplar nuestros gallardos buques, ya acoderados hácia la costa rebelde, ya surcando las olas en hábiles maniobras, sin acallar el fuego de sus cañones: al ver cómo arde un pueblo cual hoguera gigantesca elevando en los aires las retorcidas llamas prendidas por proyectil cuya sola dirección parece un problema; al ver cómo se esparcen deshechas en liviano polvo las piedras

amontonadas en forma de trinchera traidora por la canalla; al contemplar á ésta sacudida por el terror, en remolino horrendo de heridos y muertos, al estallar las certeras granadas: al calcular la inmensa curva descrita en el espacio por las bombas que se precipitan á distancia de 11 kilómetros sobre Imus, como acudiendo presurosas á fúnebre cita, no puede menos de pensarse, con júbilo de españoles, que esa gloriosa Marina cuyo poder hoy renace con tal pujanza, cuya historia se enriquece con tales hechos, es la continuadora heróica de aquellos bravos marinos que en Lepanto aniquilaron la más formidable escuadra que ha surcado el Mediterráneo, entre hazañas como la de D. Juan de Austria aferrando su nave á la capitana turca, y Alejandro Farnesio, tomando él sólo, con el esfuerzo de su brazo, una nave enemiga y donde mancó, luchando como bueno, nuestro gran Cervántes; que son hijos legítimos de aquellos hombres que en las Azores destrozaron la escuadra de Strozzi compuesta de más de cuarenta navíos; que son los dignos descendientes de aquellos héroes que en el Callao con barcos de madera supieron abatir torres de hierro,

prefiriendo *honra sin barcos á barcos sin honra,* y en Valparaiso, con tres disparos tangentearon dos veces y derribaron á la tercera el palo que sustentaba la peruana enseña, y preclaros hijos de la que ha sido, y volverá á serlo, primera nación marítima de Europa, la que, con Cristobal Colon descubrió un mundo, con Magallanes halló el nexo de dos mares y con Elcano circundó el planeta.

Contadas están yá las horas de esa turbulencia indigna que llamamos, honrándola, insurrección de Cavite, sobre la cual nuestra brillante Marina ha sabido, haciendo sentir la dureza del castigo, obtener incomparables éxitos, que no serán los últimos ni los mayores: yá todo suena á triunfo, yá se respira el aire de la victoria, que conducen en sus alas momentos que se acercan. ¡Cómo, en medio de tantas luchas, de tantas infamias y traiciones, se agiganta esta gran Patria española, este pueblo de heróicos sacrificios, que lanza enormes ejércitos á América y á Oceania, y hace surcar todos los mares su poderosa y renovada escuadra, como si fulminase, con los rayos de su ira, los rayos deslumbradores de su gloria!

No acertó, no, en su rencorosa profecía el famoso historiador extranjero que afirmó que "España no se mueve; está hechizada al rededor de las tumbas del Escorial", aunque acertó al decir de su nación, á pesar de todo gloriosa, que aquellos hombres "no son dignos de ser soldados, sino con un hombre digno de ser general."

Aún sin generales, como en 1808, los españoles son siempre dignos de ser soldados, y la grandeza del pueblo español no reconoce límites ni sus triunfos tienen término cuando dirigen su invencible ejército caudillos como el heróico General Polavieja y el bravo General Lachambre, ambos de la raza de los vencedores de San Quintin, Bailén y Africa, y cuando rigen la valiente Marina española caudillos como el ilustre General Montojo, también de otra raza de gigantes, los Santa Cruz y García de Toledo, y los Gravina y Mendez Nuñez.

¡Honor, pues, y laureles al Ejército y á la Marina española, á los que debe y deberá España larga deuda de entusiasmo y de gloria por los grandes triunfos obtenidos y por los decisivos que se acercan!



IMUS

DESDE que se supo en Manila, con más júbilo que sorpresa, que la aguerrida división del bizarro General Lachambre, después de arrollar á las turbas sediciosas en Siláng, Dasmariñas y Salitrán y de rechazarlas en San Nicolás, se había unido á la columna establecida en Pamplona, punto de apoyo de las operaciones hábilmente combinadas por el esclarecido General en jefe Sr. Marqués de Polavieja, nadie dudó un momento de que había sonado la hora decisiva para Imus, la Meca pestilente de esta nueva peregrinación á la barbarie.

Y tan decisiva ha sido, en verdad, aque-

lla hora, que todos sintieron acercarse menos las hordas amparadas en la rebelde población centro de esa barbarie *fin de siglo,* que nadie acierta á explicar que fué mas pronto, si atacarla ó rendirla, si lanzarse las bravas tropas sobre los ilusos defensores, ó poner en fuga á las atemorizadas masas.

Sobre lo yá ocurrido, sobre los triunfos gloriosos logrados por la división Lachambre, en ese brillante paseo militar que empieza en Calamba y concluye en Parañaque, cruzando por el corazón mismo de la provincia traidora, la nueva victoria sobre Imus hace la total apología de esa rebelión audaz, inverosimil y abyecta. ¡Valiente insurrección redentora de la tribu salvaje, en que ni un hombre, por caudillo ó por combatiente, se ha alzado sobre el pavés, alcanzando sólo los honores de la resonancia sitios y pueblos, cuya resistencia y defensa han consistido, en definitiva, en las acechanzas de la emboscada, en el fuego desde la oculta trinchera y en el abandono de la cobardía! ¡Y para tan vergonzoso resultado, concertarse en la sombra durante largos años, abusando de la dormida confianza y de la nobleza española; erigir la sorpresa en éxito y la

traición en triunfo; reclutar humanas pero inconscientes masas, preparar en largos meses decantadas defensas conservando por inesperada ingratitud efímera dominación sobre una provincia mas ingrata todavía, y todo para que semejante simulacro, que resulta ridículo aún visto á través de la sangre derramada, se disperse como humo vano y se disipe como liviana sombra ante las bayonetas de nuestros soldados!

¡Difícil tarea para la historia futura recoger en sus páginas tanta torpeza, tan repugnante período! No recogerá, no, en modo alguno, los nombres míseros de los promovedores de actos tan bajos... ¡La Historia no recoge nombres de abyección, sino nombres de gloria, no relata hechos de cobardes, sino timbres de valientes, no ampara vergüenzas ni infamias, sino abnegaciones y heroismos, y si alguna vez refiere los crímenes de las pasiones humanas, es cuando esos mismos crímenes cubren sus desnudeces con mantos de grandeza!

No recogerá, no, la Historia en modo alguno, nombres tocados de oprobio, hundidos en el bajo nivel de anónimas masas sociales, ni sonarán siquiera en los senos

de la posteridad los aborrecibles nombres de los arrasados nidos de salvajismo de Cavite, ni los que desaparecerán al estampido de nuestras armas, porque, por encima de tanta infamia, sólo flotarán, como hundiéndola en el olvido, nombres de caudillos y héroes, como Polavieja y Lachambre, Cornell y Marina, Arizón y Zabala; sólo flotará una bandera, mecida por auras de triunfo, acariciada por besos de gloria, la enseña de Isabel primera, que hoy corona las cimas de la rebeldía; y aún por encima de todo ello, flotará y vibrará un nombre augusto, en la duración de los siglos y en las inmortalidades de la Historia, el nombre sagrado y gloriosísimo de España.

Día es hoy de júbilo inmenso para la Patria, y de orgullo nacional y de entusiasmo vivísimo para todo corazón español; vencida la insurrección cubana, rueda exánime á las plantas de la excelsa España; deshecha la rebelión filipina, yace humillada bajo las garras del león castellano: ¿á dónde irán ahora esos vencidos en tantos combates, esas muchedumbres sin fé y sin ideas, sin fin ni objeto, que no sientan sobre sus cabezas el anatema de sus crímenes, el peso de su vergüenza,

el pavor de sus culpas y la conciencia de su incapacidad? Allí donde vayan les seguirá el castigo, si no lo rescatan invocando el perdón generoso, nunca negado por España ni aún á los arrepentimientos tardíos, y hoy de nuevo ofrecido con gallardía hidalga por el ilustre Marqués de Polavieja, vencedor de la rebeldía; allí donde intenten refugiarse irán á buscarlos las bayonetas españolas; que llega una hora en las justicias de los pueblos, en que el delito y el crimen, por donde quiera que huir intenten, se dan de cara con la pena.

¡Ha corrido la sangre generosa! ¡Ese es el riego de la gloria que en Cavite se ha desbordado á raudales sobre las armas españolas! ¡Paz á los mártires del deber y del honor nacional! ¡Láuro á los héroes y vencedores! Por singular contraste, y como si la ingratitud fuese la ley de la humanidad, no parece sino que al descubrir Colón un mundo al Occidente y Magallanes este archipiélago en el extremo oriental, giraron á plazo de siglos contra la España de nuestros días letra de ingratitud inmensa y de inmensas amarguras; y es verdad, sí; pero rescatada está con usura, y pagada con exceso, en lar-

guezas de heroismo, triunfos de generosa lucha, oro de victorias y derroches de nacional grandeza.

Aún tronará el cañon sobre los últimos refugios, los pueblos ingratos, míseros restos de esa rebelión insensata que antes que rendirse á las justicias del vencedor, han preferido, hasta ahora, agotar las vergüenzas de su perfidia y apurar las ignominias de su estado y de su condición de fugitivos: pero el estampido de los cañones yá solo ofrecerá una duda: si suenan anunciando el término inmediato de la insurrección, ó si son los funerales por esa misma insurrección, muerta en Imus, y cuyo insepulto cadáver arrastran de aquí para allá las extraviadas turbas, sin tiempo, ni lugar en que darle sepultura.





EL TÉRMINO



NO en vano digimos, al caer Imus en poder de nuestras bravas tropas, que la insurrección más degradada y torpe de cuantas registran los tristes fastos coloniales, estaba, no agonizante, sino muerta: se han confirmado aquellas palabras: la invencible enseña española ondéa á estas horas con resplandores de gloria y harta de triunfos, en Cavite-Viejo, Noveleta, Rosario y San Francisco de Malabon, honrando con sus aureos destellos y su movible sombra aquellos campos envilecidos por la traición y hollados por la infamia.

El reto imbécil se convirtió en continua

derrota, la derrota en fuga y la fuga en desbandada: desbandados corren hácia el Sur los insensatos que creyeron fácil á su aliento escaso resistir la embestida de los soldados españoles, y allá van, aún á la ventura, y seguramente sin conciencia de su situación, y sin saber dónde se dirigen ni á qué término corren, desesperados de su impotencia, aventados por la vergüenza y el miedo, y barridos por la victoria: allá van con triste expresión de pánico en su desencajado rostro; en sus ojos con los deslumbramientos producidos por la visión, para ellos aterradora, de la gloriosa bandera roja y gualda, que ha de perseguirlos, como fantasma inexorable de la gloria española, y llevando en sus aterrados oidos los confusos clamores de las cornetas de nuestro ejército, dando á los aires las robustas notas del ataque, los ruidos sordos de las temidas descargas de nuestros batallones, los estampidos del cañón de nuestros cruceros sobre sus viles madrigueras, y las resonancias triunfadoras de invictos nombres, que serán, á un tiempo, amargura de sus días y pesadilla de sus noches, el del preclaro General Polavieja, vencedor de la insurrección, el del ilustre Lachambre, vencedor de Cavite, el del

exímio Montojo, aniquilador de sus incultos pueblos y sus arrogantes trincheras, inútiles ante el heroismo de nuestros combatientes de mar y tierra, y el de la noble España, madre excelsa de tales caudillos y soldados.

Hoy la gloria, inseparable y secular compañera de nuestro pueblo, se desborda en nuestras armas, como el entusiasmo se desborda en toda pluma española: aquellos nombres preclaros, el recuerdo de este valiente Ejército, de esta brillante Marina, que así renuevan las grandezas patrias, vertiendo su preciosa sangre por el honor y por el nombre nacional, palpitarán á estas horas en todos los lábios, caldearán todas las frentes y moverán todos los corazones de aquel gran pueblo: en Madrid, como en Manila y en todos los ámbitos de España, se pronunciarán, cual eco de grandes triunfos, los nombres de Noveleta, Rosario, Cavite-Viejo, y San Francisco de Malabon, y, al asociar á este entusiasmo, al unir en esta embriaguez nacional, los recuerdos de Cuba y Filipinas, los prodigios de nuestros bizarros soldados en América y Oceania, nó ya nosotros, sino Europa entera pensará que el heroismo es español de nacimiento, que España aún vale

más que su historia y que la bandera amarilla y roja vale más que la gloria, porque la gloria es su esclava.

Ya tienen quehacer constante y continuo empleo las campanas de Manila; si tuvieran conciencia, diríannos acaso que están cansadas de publicar victorias; pero aún así vibrarán jubilosas el próximo día del triunfo definitivo, ó mejor dicho del último triunfo, no por más grande, sino por nuncio deseado de la paz en los campos y en los espíritus; entonces Manila se vestirá de gala; entonces oraremos en los templos por nuestros héroes muertos, y lloraremos por la preciosa sangre derramada; entonces aclamaremos delirantes á nuestros bravos soldados, cubriéndolos de flores y coronas en su triunfal entrada; entonces elevaremos monumentos que perpetúen el nombre de los insignes caudillos, la vergüenza de esta rebelión infame, y la gloria de haberla vencido; para que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos aprendan que son inútiles las luchas sin la aureola de las grandes ideas de Dios y Patria; que son alarde vano las trincheras, si no hay detrás de ellas corazones enteros que las defiendan: que fué homérica la lucha de nuestros soldados

por los obstáculos amontonados en su camino, pero que el cobarde enemigo no fué digno de su valor; que triunfan siempre las santas causas, pero nunca la traición astuta ni la infamia alevosa; que España arrolló á sus enemigos y se sobrepuso á sus inmerecidos infortunios; que fué, por último, digna de si misma, y su triunfal bandera digna de su gloria. ¿No habían de arrollar, no habían de vencer, si las idolatramos?





DE NUEVO

TRA vez las tropas victoriosas en cien combates, ván á avanzar, como etapa última, sobre esas falanges insensatas que arrolladas en Siláng y Dasmariñas, Imus y Noveleta y S. Francisco de Malabón, y fugitivas siempre, aún abrigan el loco empeño de esperar y sostener el empuje de nuestros soldados.

Increible resulta lo que con esas turbas sucede, y tan raro es el caso, que bien merece larga atención de nuestros hombres de gobierno, en el presente, y provechosas deducciones y vigilante pre-

visión para lo porvenir: uniéronse esas masas en difícil concierto; preparáronse torpe pero tenazmente; asombra el fingimiento sostenido, pasma el silencio sigilosamente guardado; lanzáronse á la rebelión sin el faro de una inteligencia; desafiaron el poder de la metrópoli, á la que bastaba, para aplastarlas, mover la planta; uno y otro día desoyeron la voz de la razón, los llamamientos del deber, los salvadores ecos del perdón, generosamente brindado, repetidamente ofrecido; y al irse deshaciendo esa monstruosa querella promovida contra la civilización, al tomarse los pueblos foco de la rebeldía; al sorprender los documentos de los directores de ese crimen insensato y revelarse las formas ridículas de su remedo de gobierno, quedó al descubierto el más inverosímil vacío de ideas, mostráronse en los escritos de los cabecillas de la conjura, la vanidad más pueril y la ignorancia más supina, y vinieron á probar los hechos que aquellas turbas se juntaron sin saber porqué, que se movieron ignorando á dónde iban, que lucharon sin saber por qué luchaban, que resistieron sin saber para qué resistían, y que la astucia desleal, la traición alevosa, la barbarie por la barbarie

misma, la contumacia sustituyendo al valor, la hipocresía cobarde reemplazando al esfuerzo, el abuso y la explotación sustituyendo á la ley, el miserable escondrijo reemplazando al valeroso pecho, y la fuga sin honor ante las bayonetas de nuestros soldados, constituían la base deleznable de aquel fantasma que tomó, en un principio, las apariencias de proporciones colosales.

¿A dónde irán ahora? Fácil es predecir el triunfo incontrastable de nuestras tropas: arrolladas como están las hordas de esos insensatos sobre Naic y Ternate, Alfonso y Maragodón, Indang, Méndez-Núñez y Amadeo en territorio limitadísimo que hollarán en breve las plantas de nuestros caudillos y soldados, ¿qué esperan esos imbéciles en su último refugio con los elementos únicos á su alcance, que hasta ahora han constituído su resistencia, que son la contumacia del salvaje y la tenacidad de la tribu?

Porque no hay tenacidades ni contumacias que prosperen ante nuestros ejércitos; yá lo saben, por costosa experiencia, los vencidos de Siláng y de Imus, de Noveleta y S. Francisco de Malabón; es cuestión, por nuestra parte, de unos cuan-

tos combates más, y de tantas victorias como combates; después de escribir con letras de oro en la historia patria los nombres ilustres de Polavieja y Lachambre, se escribirá otro nombre glorioso, el del insigne Marqués de Estella, en cuyas manos heróicas debe exhalar la insurrección el último y miserable suspiro, cayendo á sus piés aniquilada y deshecha; es, pues, la odiosa tenacidad de aquellas masas impotentes, ocasión de grabar unos cuantos nombres más, y nuevos hechos altísimos y brillantes en las páginas de la inmortalidad con el buril de la gloria.

Reanúdase la campaña en memorable día, el 2 de Mayo, que es una fecha española, ejemplo de naciones y admiración del mundo: un caudillo ilustre, acostumbrado á vencer, y, lo que aún es más difícil, á saber vencer, conduce á nuestros insuperables soldados, al último y decisivo triunfo, por Dios reservado, acaso como el más glorioso y como coronación de obra espléndida y de epopeya inmortal, al heróico soldado de Montejurra y de Estella.

No hay lábios españoles que no pronuncien con orgullo tres fechas, que se sintetizan en una: el 2 de Mayo de 1808;

al 2 de Mayo de 1866; el 2 de Mayo de 1874: feliz la nación que escribe estas tres fechas en el seno de un siglo; y aún escribirá otra fecha semejante é igualmente gloriosa: ¡el 2 de Mayo de 1897!

¡Día de inmarcesibles laureles para el pueblo español! Bien hace el esclarecido Marqués de Estella al iniciar en fecha tan grandiosa, apenas llegado á este suelo de la Patria y sin dar á su naturaleza de hierro reposo alguno, el nuevo y victorioso avance de nuestras tropas.

Por ello, sin duda, á estas horas palpitan de entusiasmo y de impaciencia, al lado allá y al lado acá de los mares, todos los corazones españoles. ¡Singular coincidencia!

Hoy abre la historia, ante el pueblo del Dos de Mayo, una página de oro, aguardando esa fecha inmortal que pugna por ser escrita.

¡Y una espada española, invencible y heróica, se dispone á escribirla!

2 Mayo 1897.





NUEVAS VICTORIAS

CON la velocidad del rayo circuló por Manila la noticia de las nuevas y brillantes victorias obtenidas por nuestras armas en el Sur de la provincia de Cavite, simultáneamente que el alegre repique de las campanas anunciaba al vecindario el fausto acontecimiento.

Ayer circularon los partes oficiales: los barrios de Fuerte Quintana y Buenavista, y los pueblos de Naic, Amadeo é Indang cayeron en poder de nuestros bravos soldados: no hay obstáculos para la Patria que cuenta con ejército semejante; para este ejército sin igual, querer es avanzar, y avanzar es vencer, derrotando siempre

al enemigo: en su carrera de triunfos son éstos tan repetidos, son todos tan gloriosos, que siempre el último parece el mayor, y los alcanzados por nuestras tropas sobre las turbas tenacísimas de esos insensatos rebeldes, en sus postreras guaridas, por últimos y decisivos aún se engrandecen más.

Escasos pueblos quedan y superficie escasa á la torpe y agonizante rebeldía: muy pronto, los que logren escapar al merecido castigo, errarán por los montes, fugitivos y miserables, aún equivocados hasta el fin, porque allí irán también, á hacerles morder el polvo y purgar su delito, nuestros soldados: tras aquellos escasos pueblos, último asilo de la insensatez se halla, sin duda, el obscuro enigma de su tenaz rebeldía; ya lo descifraremos; en el rostro repugnante de esos malvados, reaparecen las líneas de la esfinge; la esfinge hablará, y sabremos entonces todas las infamias que se juntaron para amasar esa infamia, y todas las concupiscencias y las perversidades todas que se juntaron para esa obra cobarde y miserable de traición y barbarie, de oprobio y de execración.

En tanto que eso, ya en día próximo

sucede, las turbas sin patria y sin ideas, sin fé y sin alma, huyen vergonzosamente ante el avance de nuestros caudillos y el empuje vigoroso de nuestros soldados, y la enseña española, agobiada de frescos laureles, avanza de triunfo en triunfo y de pueblo en pueblo, cada vez más áurea con el brillo de las crecientes glorias, y cada vez más roja como reflejo de la sangre con que tiñe á sus piés el campo el enemigo: en Naic, punto en que las hordas multiplicaron inútiles defensas, quinientos de esa chusma han caído para no alzarse más, obligados por la muerte á hacer el último saludo á nuestra bandera: á ese triunfo brillantísimo, alcanzado por doce escasas compañías españolas á las órdenes del general Suero, y al no menos importante de Indang, seguirán los que faltan; tan grandes que superen el deseo, tan seguros que excedan á la firme esperanza, tan rápidos que se adelanten á toda impaciencia, á esa impaciencia que podrá constituir un fondo de defecto en el carácter nacional, pero que es, de cierto, en lo esencial, el acicate más poderoso y la virtud más alta del pueblo español, que hoy, como siempre, opina que lo último que puede perder un pueblo son las

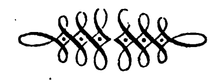
vehemencias por la gloria y las impaciencias del honor.

Se acerca el supremo día,—alboreando está,—del triunfo último y decisivo; el día de Cavite totalmente española; que vencido el disforme mónstruo que allí alzó su cabeza atávica, españoles serán, por los siglos de los siglos, los montes y los llanos honrados con la sangre de nuestros soldados; españolas las aguas de los ríos, que se tiñeron con orgullo, de esa sangre leal; españól el aire que se respire purificado por el repetido grito de ¡Viva España! lanzado millones de veces por nuestros batallones; españolas las alturas en que ondeó gallarda y victoriosa nuestra bandera, y españolas hasta las cimas profundas de los precipicios y barrancos que bajando del Sungay, á Siláng rodean y circundan á Indang, porque allí queda el asombro por la bravura de nuestros soldados, y en su fondo queda, como eco de gloria pronto á subir despertando al primer rumor y atronando los aires, ese mágico grito de ¡Viva España!, que tantas veces recogieron entre el fragor del combate y la embriaguez de la victoria.

¡Honor al valeroso Ejército, y una ora-

ción y lágrimas de inconsolable pena para los mártires del nombre y la integridad de la Patria! Nuestro parabién al victorioso General Suero, y nuestra enhorabuena entusiasta al ilustre Marqués de Estella, que regresará á Manila, que impaciente le espera, á un mismo tiempo vencedor y pacificador, porque á eso ha ido allá, á someterlos ó aniquilarlos, en uno y otro caso con la conciencia del deber cumplido, y en el último, si Dios ciega á aquellos miserables hasta el mayor extremo, renovando en sus lábios la frase célebre de uno de los más grandes romanos: "¡Tienen la tierra que les hemos dado, y la conservarán para siempre!"

6 Mayo 1897.



$ 1'50



